amantes al amanecer



Carole Mortimer

Amantes al amanecer

Leonie Faulkner estaba confusa. Cuando estaban casados, a Adam le había irritado la torpeza de ella. Pero ahora él parecía buscar y provocar su tendencia a dejar caer o golpear cosas. Así, Leonie se encontró rápidamente olvidando las inhibiciones que habían hecho de su matrimonio una agonía. Y, además, Adam estaba incontenible, de ningún modo como el marido que ella recordaba. ¿Cómo podría ella resistírsele?

Capítulo 1

¿Qué hacía aquel hombre en la cama de ella?

¡Gran Dios, ni siquiera era su lecho, era de él!, recordaba ahora. ¡Se lo habían presentado en su oficina apenas aquella tarde y, cinco horas después, ella estaba en su cama!

Miró al hombre que dormía plácidamente a su lado, cuyo fuerte brazo descansaba sobre la almohada, acostado boca arriba, tenía el cabello oscuro platinado de gris y todo el cuerpo de un bronceado profundo, resultado del fin de semana pasado en Acapulco —le había comentado durante la comida—. Y ella estaba consciente de la belleza de todo aquel cuerpo, había tocado cada centímetro de él, desde los anchos hombros, el pecho musculoso cubierto de vello café—gris, el vientre plano y tenso, muslos de fortísima consistencia, piernas flexibles y largas. La negra sábana de seda le caía hasta la cintura, revelando la fuerza de su pecho y brazos y el grueso pelo oscuro, desapareciendo en "v", partía del ombligo hacia abajo.

Volvió a contemplarle el rostro. Era fuerte y poderoso aun en el sueño, tenía una frente amplia e inteligente, cejas perfectamente delineadas y bajo los párpados de espesas pestañas que le cubrían los ojos de un gris profundo, destacaba la nariz larga y recta, boca firme e inflexible, y su mandíbula que lucía serena. Así dormido como estaba, era uno de los hombres más atractivos que jamás había visto y que no volvería a ver, probablemente, y ella había pasado casi toda la tarde allí, en su cama, con él, el primer hombre que la hacia suya desde que se separó de su esposo hacía ocho meses.

Pero, ¡por qué tenía que ser Adam Faulkner, rico industrial, dieciséis años mayor que ella y su más reciente cliente en la compañía de diseño de interiores para la que ella trabajaba!

Ella había acudido a trabajar inocentemente aquella mañana, después de seguir su ritual acostumbrado: se levantó como siempre a las siete treinta, alimentó al pez y al gato y le advirtió a éste que no se comiera a aquél mientras ella estuviera ausente durante el día; tomó su acostumbrado desayuno de pan tostado y café negro, los que consumió en el camino a la ducha, como usualmente hacía; aplicó un ligero maquillaje a su rostro de forma de corazón y ojos verdes siempre resplandecientes, estilizó hasta los hombros su emplumada cabellera cobriza y larga, antes de ponerse el traje sastre azul pastel hecho a la medida y la blusa azul que hacía a su pelo lucir más rojizo que oscuro, con un corpiño blanco bajo la blusa, sin lugar a dudas lo único que cubría sus pechos esplendorosos.

Después bajó al estacionamiento subterráneo hasta su deteriorado VW y renegó en él por los acostumbrados diez minutos que demoró en encenderlo. Cuando se integró al ajetreo del tráfico de Londres en las horas de mayor afluencia, tuvo que esquivar a todos los experimentados conductores mientras se dirigía hacia su oficina en Interiores Stevenson, maldiciendo el hecho de tener que usar su propio coche, ya que el infalible sistema de transporte subterráneo de Londres iba a todas partes, menos a algún sitio cercano a su apartamento o su oficina. Sí, había sido un día común por completo hasta aquel momento.

Hizo su fatigosa entrada al sexto piso que albergaba a los empleados de Interiores Stevenson, después de haberse quedado atorada en el ascensor durante quince minutos, como también era habitual; el ascensor se descomponía por lo menos una vez a la semana, y Leonie iba por lo general en él cuando esto ocurría; de no ser así, ella lo habría considerado extraño, sin lugar a dudas.

—¿De nuevo el ascensor? —le preguntó pesarosa Betty, la joven y atractiva recepcionista.

—Sí —suspiró resignada—. Un día de éstos voy a burlarlo y subir por la escalera.

—¿Los doce pisos? —Betty abrió los ojos, sorprendida.

—Eso sería drástico ¿no es cierto?

—En tu estado de debilidad mental eso sería suicida —Betty le entregó sus mensajes.

—Gracias. ¿Qué hay en la agenda para hoy?

—¿La reunión es a las nueve de la noche?

—Las nueve, ¡Oh Dios! —gimió Leonie, quince minutos retrasada ya para la reunión a la que David había advertido a sus empleados no llegar tarde—. Tal vez si me deslizo por la puerta posterior... —dijo esperanzada.

—David notará si entras en cuclillas y permaneces así toda la reunión —le dijo Betty, burlona.

Esta mujer tenía razón, desde luego. David la había elegido para su atención individual desde el momento en que la contrató hacía seis meses, y aunque ella accedía en ocasiones a salir a comer con él, se aseguraba de que sólo fuera así, pues no deseaba involucrarse seriamente, aunque David fuera uno de los hombres más simpáticos que ella hubiera conocido. Un matrimonio fracasado tiene el poder de amargarle a cualquiera la idea de otra relación permanente. David se mostraba impaciente ante la forma en que las cosas parecían sucederle y creía que debía poseer cierto control sobre los accidentes que parecían ocurrir dondequiera que ella se encontrara.

Leonie recordaba a otro hombre, su esposo, que también había encontrado irritantes aquellos accidentes y ella sabía que no necesitaba de esas críticas en su vida por segunda vez.

—Entraré de todos modos —poco faltó para que cayera encima de la enorme planta que parecía estar siguiéndola por la habitación —. ¿Con qué la alimentas? —miró al enorme árbol con horror—. Está invadiendo la recepción y casi al mundo.

—Darle amor y conversar con ella parece haber funcionado.

La oficina de David estaba repleta cuando ella se introdujo por la puerta trasera; a pesar de ello, una mirada de reproche la descubrió al instante, aunque esto no impidió que él notara lo bien que iba la compañía y cómo los nuevos contratos se multiplicaban día con día.

Leonie bostezó aburrida y deseó haberse quedado atrapada en el ascensor más tiempo del que estuvo, pero otra mirada reprobatoria de David la volvió al presente, aunque por breves momentos. Poco después sus pensamientos volaban hasta el recibidor de los Harrison, que había terminado apenas, y se recreó con el resultado, igual que lo había hecho la anciana pareja. Ella experimentaba una satisfacción inmensa siempre que terminaba un trabajo, porque sabía que era estupenda en lo que realizaba y que al fin lograba tener éxito en algo, aunque algunas personas la hicieran pensar diferente.

—Leonie, ¿me escuchaste?

Captó con sobresalto la pregunta hecha con impaciencia, y se sonrojó con culpabilidad al darse cuenta de que era el centro de atención de todas las miradas.

—Tranquila —sentenció Gary mientras se paraba a su lado, recogiendo con enfado los papeles que ella tiró del gabinete de archivos al entrar de manera atropellada. Leonie le agradecía a ese hombre que la hubiera tomado bajo su protección desde el día en que llegó a trabajar allí.

—Por supuesto que te escuché, David —contestó incómoda.

—¿No te importa entonces quedarte unos minutos después de que los demás hayan vuelto a sus oficinas? —sintió pena por ella, porque sabía que no escuchó una sola palabra de lo que le dijo.

—Pues no, por supuesto que no —volvió a poner los papeles en el archivero que Gary había dispuesto para ella y se preguntó de qué era culpable ahora.

Fue a sentarse al extremo del escritorio, mientras los demás se disponían a volver al trabajo.

—Excelente reunión, David —le dijo optimista.

—Y ¿cómo es que te has dado cuenta? —suspiró, mirándola, un hombre alto despreocupado y de pelo rubio que se negaba a ser dominado, a menos que lo mantuviera muy corto. Lo demás de su apariencia era impecable hasta el punto de precisión. Tenía sólo veintiocho años y había iniciado su negocio de diseño de interiores en sólo dos habitaciones y con tres operarios, pero había progresado y ahora tenía una docena de hombres trabajando para él. Leonie sabía además que ella podía contarse entre las afortunadas, y que Interiores Stevenson era uno de los negocios más prósperos en su campo, gracias a la iniciativa y manejo de David.

—¿Ayudaría si te dijera que lo siento? —mintió.

—Siempre lo haces —dijo David sin rencor—. Quería hablar contigo respecto a Electrónica Thompson.

Una sombra de preocupación le enmarcó la frente.

—¿Algo anda mal? Pensé que les había agradado mi trabajo.

—Cálmate Leonie —ordenó impaciente ante su exabrupto—. Quedaron satisfechos, demasiado, y por eso el nuevo presidente de la compañía desea que tú personalmente diseñes la decoración de su oficina.

—¿Lo desea?

—No te sorprendas así —se mofó David—. Hiciste un buen trabajo. Ni a mí se me hubiera ocurrido usar ese tono de rosa tan peculiar, más bien ningún tono de rosa para ese conjunto de

oficinas.

—Fue el café lo que acabó con su femineidad. Verás, tuve que…

—No tienes que explicarme nada, Leonie —gruñó—, ni a ellos. Sólo tienes que acudir allí a las cuatro en punto esta tarde para discutir los detalles.

Aún era relativamente nueva en su empleo, trataba de hacer de cada diseño una obra de arte, algo personal.

—La señora Carlson estará esperándote —continuó David—. Telefoneó y concertó la cita a primera hora de la mañana. Ella te presentará al presidente.

—¿Ronald Reagan?

—¿De dónde sacas ese gran sentido del humor?

—Eso es lo que me sostiene —ella lo miró burlona.

David captó molesto la seriedad que encerraban sus palabras. A excepción de la disponibilidad, y algunas veces la boba impresión que daba a todos allí, él conocía muy poco de la verdadera Leonie Grant. Su expediente revelaba que estuvo casada pero que ahora vivía separada de su esposo, pero ella jamás hablaba de su matrimonio.

—Debo admitir que cuando la señora Carlson dijo que el presidente te aguardaría a las cuatro, lo mismo pensé yo —David esbozó una sonrisa.

—Perverso David —movió ella la cabeza con desaprobación y sus ojos reflejaron un verde profundo.

—Trata de no llegar tarde a la entrevista —le aconsejó—. Por la forma en que estaba actuando la señora Carlson aquello le pareció terrible.

—¿Estás seguro de que deseas enviarme a mí? Podría entrar y resbalar sobre el piso e ir a caer directamente sobre el escritorio de ese presidente y en su regazo.

—Te solicitó a ti específicamente —David frunció el ceño mientras visualizaba mentalmente la escena que ella acababa de describir—. Me arriesgaré —dijo sin entusiasmo.

—¿Seguro?

—No —respondió con total honestidad—. Pero aparte de situarte a un lado del hombre no sé qué más podría yo hacer. Trata de no llegar tarde —le aconsejó de nuevo.

Y lo intentó de veras, pero parecía que la suerte estaba contra ella desde el principio: Se rasgó las medias en la puerta al subir al VW, dio vueltas por más de diez minutos tratando de encontrar dónde estacionarse para adquirir otro par y volvió al auto justo a

tiempo de aceptar personalmente el boleto de estacionamiento del guardia, buscando de prisa dónde cambiarse el par de medias, que también se le corrió en su precipitación, aunque lo bastante arriba de la pierna como para no notarse. Necesitaba arreglarse el maquillaje y su pelo había perdido ya su aspecto brillante por el calor del día. Iba retrasada unos minutos, así que tomarse uno más para cepillarse y refrescar su maquillaje no haría diferencia alguna.

Pasaban diez minutos de las cuatro cuando entró al Edificio Thompson, su pequeño cartapacio en la mano, y de no ser porque iba retrasada hubiera parecido una joven ejecutiva perfectamente adaptada. Diez minutos no eran mucho, podía culpar al tráfico, porque no tenía intenciones de repetir la historia de las medias rotas como excusa y tampoco lo del boleto del estacionamiento.

—¡Oh no! —simplemente no lo creía, esto no podía estarle sucediendo a ella. Se daba cuenta de que el suave movimiento del ascensor se convertía en un ruido terrible y se estremecía al hacer un alto inesperado entre el octavo y el noveno pisos. ¡Estaba atrapada en el ascensor por segunda vez en ese día!, y como siempre, estaba sola. Este era un ascensor grande, no como el de Interiores Stevenson, pero aun así ella preferiría estar del otro lado de aquellas gruesas puertas de acero. Bueno, por lo menos el piso estaba alfombrado, por si tenía que pasar un buen tiempo allí, entre incomodidades. No era muy probable que esto sucediera, porque estaba segura de que alguien se daría cuenta tarde o temprano de que uno de sus ascensores estaba inmóvil entre los pisos.

Se sentó en el piso después de oprimir el botón de emergencias, sabiendo por experiencia que las personas casi nunca hacen caso de la alarma. ¡Dios, qué día había sido aquél!, mucho peor que sus acostumbrados días de contratiempos. Si ella no lo supiera bien podría pensarlo... pero no, no tenía caso hacerse ilusiones. ¡Dios, este sitio era terrible para ponerse a pensar en el efecto desastroso que su esposo tuvo sobre ella, su desaprobación a casi todo la hacía sentirse más nerviosa, y por consecuencia comportarse con mayor torpeza!

Abrió su cartapacio decidida, y repasando el muestrario de telas que llevaba, se preguntó qué tipo de color favorecería al presidente de la compañía.

Había considerado algunas ideas, pero deseaba sobre todo escuchar de él cuáles eran sus gustos.

Se encontraba tan absorta combinando pinturas y telas y los muestrarios esparcidos por el piso, que por un momento olvidó que

llevaba más de una hora sentada allí, cuando de pronto perdió el equilibrio al comenzar a moverse el ascensor, sacudiéndose unos segundos antes de desplazarse normalmente. Leonie dio traspiés en el pequeño espacio y cayó, dando tumbos mientras llegaba el piso correspondiente y la puerta crujía al abrirse despacio.

Lo primero que Leonie vio desde su postura al nivel del piso, fue un par de bien calzados pies, con zapatos negros de hombre hechos de suave piel, y un impecable doblez que partía del centro de las piernas de un pantalón gris. Antes de poder levantar más allá la vista, la señora Carlson entró apresurada al ascensor para ayudarla a incorporarse, mientras que los zapatos negros bajo el pantalón gris desaparecían.

—Condúzcala a mi oficina tan pronto como la haya ayudado a levantarse —ordenó cortante una voz de hombre.

Leonie se volvió a mirarlo pero lo único que alcanzó a ver fue la parte posterior de la cabeza del hombre cuando entraba a la habitación final del pasillo.

—¿Estuvo mucho tiempo aquí?

Aquella mujer madura la ayudó a recoger los muestrarios del piso, era una mujer alta y fuerte que por más de veinte años había sido secretaria del último presidente de la compañía.

—Una hora más o menos —contestó distraída, metiendo los libros en el cartapacio. Stella Carlson la guió hasta el pasillo.

—En todos los años que llevo trabajando aquí, jamás me había enterado de que un ascensor se descompusiera —dijo Stella.

—Tengo un efecto extraño en los ascensores —contestó Leonie sacudiéndose la falda.

—¿En serio? —terció la otra mujer—. Bueno, mientras se encuentre bien en este momento...

—Estoy bien —dijo Leonie con desdén—. Ya estoy muy retrasada para mi entrevista, así que tal vez usted podría explicar a su jefe la razón de mi demora y concertarme otra cita para mañana.

—¿No escuchó que podrá entrar en cuanto esté en condiciones?

—¿Era el nuevo presidente de la compañía? —preguntó con temor y pensó en el hombre de zapatos negros.

—Sí —confirmó la señora Carlson.

"Oh David", se quejó Leonie mentalmente, “no me fui de bruces en su escritorio ni caí sobre su regazo, pero sí me desparramé a sus pies sobre el piso de un ascensor que ¡jamás se había descompuesto!"

—De seguro ya me retrasé demasiado.

—En absoluto —aseguró la otra mujer mientras bajaban el pasillo una al lado de la otra—. Las cosas han resultado un poco... agitadas, durante las últimas semanas.

El nuevo jefe estaba obviamente dando una sacudida a sus empleados, pensó Leonie apesadumbrada y de mal humor al darse cuenta de que ella recibiría el mismo trato. Después de todo, si ella no se hubiera retrasado diez minutos, no hubiera estado en el ascensor cuando éste se descompuso.

Leonie alisó la falda, mientras la señora Carlson tocaba a la puerta de la oficina, ajena al hecho de que su pelo estaba urgentemente necesitado de un cepillado, después de la caída, y que su boca se hallaba totalmente falta de brillo por haberse estado mordiendo los labios mientras revisaba los muestrarios.

La señora Carlson abrió la puerta después de que desde adentro se escuchó la suave orden de "adelante".

—La señorita Grant, señor —la presentó con sutileza.

Leonie miró al hombre sentado tras el escritorio, el mismo a quien pertenecían los zapatos negros y el pantalón gris. El resto del atuendo en gris oscuro era igual de impresionante: el cinturón tenso sobre su estómago plano, la tela de la chaqueta hecha a la medida se le ceñía en los fuertes y musculosos hombros, la camisa blanca bajo el traje hacía que su piel se v¡era más oscura...

Cualquiera que estuviera familiarizado en lo más mínimo con el mundo de los negocios hubiera reconocido a Adam Faulkner por sus fotografías en los diarios, uno de los hombres más prósperos y más ricos de Inglaterra, en la actualidad. Era también...

—Señorita Grant —se levantó con movimientos flexibles. La frialdad huyó al instante de sus ojos, su voz se tornó cálida y amigable, con su mano envolvió la de ella en un apretón que era deliciosamente cálido.

—Espero que su infortunado retraso en nuestro ascensor no la haya perjudicado demasiado —continuó con suavidad, soltando su mano lentamente.

—Yo... tengo ese efecto extraño en los ascensores —pronunció, la misma excusa poco convincente quq había dado a la señorita Carlson, consciente de que la otra mujer aún permanecía en la habitación con ellos.

Las oscuras cejas se levantaron interrogantes.

—¿Eso le sucede a menudo?

—Sí —contestó—. Escuche, no creo que... —se ruborizó.

— Despreocúpese, no espero realizar nuestra cita de negocios

después de su percance en el ascensor —le aseguró—. Sugiero que concertemos otra entrevista para mañana —miró a la señora Carlson para confirmar—. A cualquier hora de la tarde —la instruyó mientras ella abandonaba el salón para consultar su agenda.

— Por favor, yo...

—Tenga la amabilidad de sentarse, Señorita Grant —pidió Adam Faulkner cuando observó cuán pálida se había puesto—. Permítame ofrecerle algo de tomar. ¿Le gustaría un té, café o quizá algo más fuerte? —presionó un botón en su escritorio para mostrar una extensa variedad de bebidas.

Leonie no contestó.

—Algo más fuerte, creo —asintió él burlón ante la falta de respuesta, cruzando la habitación para servir un poco de whisky en un vaso—. Tómelo —le ordenó con firmeza al ver su nulo esfuerzo por tomar el vaso en los débiles dedos.

Leonie apuró la bebida, sin probarla, en una reacción definitivamente delatora.

Adam Faulkner fue a sentarse a la orilla de su escritorio frente a ella, peligrosamente cerca.

—Terrible experiencia, quedarse atrapada en un ascensor —tomó el vaso vacío de los dedos de ella y se mostró satisfecho de que se lo hubiera tomado como le ordenó—. Yo también me he quedado atrapado en algunas ocasiones —agregó con sequedad—, aunque no últimamente.

—Esta es mi segunda vez hoy —tartamudeó Leonie con torpeza al sentir el alcohol circular en sus arterias, así como recordar demasiado tarde que no había probado alimento y que el pedazo de tostada que tomó por desayuno no sería suficiente para detener el efecto que el whisky le estaba provocando.

—Tal vez tenga demasiada electricidad en su cuerpo —sugirió con sutileza Adam Faulkner—. Y tiene un efecto adverso en otros objetos de la misma naturaleza.

Ella lo miró escrutadoramente, y después deseó no sentir como si una ola de vértigo la envolviera. Iba a levantarse de aquella silla, hacer una salida digna y no caer de lleno sobre su cara, sólo para probar lo idiota que era, ¡si es que este hombre no se había percatado ya de ello!

—Tal vez —aceptó insistiendo en su esfuerzo por aclarar sus ideas y conteniendo la terrible urgencia de empezar a reír tontamente. En un rincón de su cerebro podía razonar con lógica que tenía muy poco de qué reír, y en el otro lo único que deseaba

era empezar a reír y no parar jamás. Mucho en esta situación resultaba gracioso.

—¿Señorita Grant?

—¿Por qué insiste en llamarme así? —frunció el entrecejo.

—Ese su nombre, ¿no es cierto? —él se encogió de hombros.

—Leonie Grant, sí —afirmó con movimientos exagerados—. Yo, hic. Yo... hic... ¡Oh, no! —masculló su humillación, mientras el hipo incontenible llenaba la habitación. Estaba comportándose como una boba, ¡más de lo acostumbrado!

—Quizás el whisky fue una mala idea —dijo Adam divertido, dirigiéndose al bar a servirle un vaso de agua.

Leonie le envió una mirada que decía demasiado, antes de tragarse el agua, ahogándose casi cuando el hipo la tomó a mitad del sorbo y la hizo lanzar agua por todas partes, sin excluir el zapato de piel negra... Adam Faulkner, quien había vuelto a sentarse en la orilla de su escritorio. "Oh Dios", invocó mentalmente y empezó a frotar el zapato con un pañuelo de papel que sacó de su bolso, sintiéndose más agitada al ver que varios pedacitos del pañuelo se quedaban prendidos en la superficie húmeda.

Cerró los ojos, deseando que la escena se esfumara y poder constatar que todo había sido un mal sueño. Pero cuando volvió a abrirlos, ella seguía allí y el hombre que llevaba puesto el zapato empezaba a reír. Leonie lo miró atolondrada atraída por la dulzura de esos ojos que lucían más pequeños al sonreír, el hoyuelo que le aparecía en la mejilla y los dientes tan blancos que resaltaban en la piel bronceada.

—Ya revisé su agenda, señor Faulkner, y está libre a las doce o a las tres —dijo la señora Carlson al entrar en la oficina después de tocar brevemente, rompiendo el momento de intimidad.

—A las doce, creo —continuó Adam, riendo—. Entonces la señorita Grant y yo saldremos a comer más tarde.

—Oh, pero yo...

—Reserve una mesa, ¿sí? —acalló las protestas de Leonie, sonriendo a su secretaria, que no ocultaba su sorpresa—. Mi lugar acostumbrado. Y puede ya marcharse, la señorita Grant y yo saldremos a comer.

—Eh... si, señor Faulkner —la mujer lanzó a Leonie una mirada curiosa que parecía no darle importancia mentalmente, antes de, abandonar la habitación.

—Se pregunta cómo puede ser posible que usted me lleve a comer —gimió Leonie, haciéndose ella la misma interrogación. Pero

al menos la sugerencia le había detenido el hipo. Adam se levantó después de sacudir el papel de su zapato.

—Es lo menos que puedo hacer después de su contratiempo en el ascensor.

—Pero esa fue mi culpa...

—Tonterías —bromeó.

Leonie parpadeó ante la determinación de él.

—¿Por qué habría de desear invitarme a comer?

—Señorita Grant...

—¿Quiere dejar de llamarme así?

—Preferiría Leonie? —interrogó con suavidad, miró los cajones de su escritorio y recogió su cartapacio, preparándose para salir de allí.

—Sí —dijo ella con brusquedad.

—Entonces usted debe llamarme Adam —sentenció él presuroso.

—Estoy muy consciente de su nombre.

—Uselo entonces, por favor —la urgió, le puso la mano en el codo y la volvió a la realidad.

Leonie se movió con ligereza, cayendo contra él, retrocediendo de la fuerte tibieza de su cuerpo.

—Por favor, no deseo ir a comer —protestó mientras él la impulsaba fuera del cuarto. El piso superior del edificio estaba extrañamente en silencio.

—¿Cuándo comiste la última vez? —le preguntó intencionadamente al verla vacilar de nuevo.

—Tomé pan tostado en el desayuno esta mañana. Necesito ponerme a dieta —se defendió acaloradamente mientras los ojos grises la miraban con desaprobación.

—Estás muy delgada —dijo él sin rodeos.

—Soy talla diez —contestó ella con orgullo.

—Muy delgada definitivamente —repitió él con arrogancia—. Sucede que yo soy uno de esos hombres que prefiere que su mujer tenga algo de carne en sus huesos.

¿Su mujer? ¡Su mujer! Pero ¿qué se creía él?

—Me gusta verme delgada —le contestó irritada.

¿Te gusta también morirte de hambre? —dijo Adam sarcástico.

—Sobreviviré —murmuró.

—¿Te sentirás bien en el ascensor ahora que ya funciona? —preguntó Adam cuando la puerta del mismo se abrió incitante.

—Estaré bien —disimuló su inquietud—. Aunque por lo que me ha ocurrido este día, podría descomponerse de nuevo —terminó

pesarosa.

—Con nadie estaría mejor atrapado en un ascensor que contigo —dijo Adam con voz ronca.

Leonie lo miró fijamente; esperaba sarcasmo pero encontró sólo una tibia invitación en los ojos gris oscuro. Estaba flirteando.

—Lástima —dijo él al llegar a la planta baja y encontrar el área alfombrada de recepción. Hizo una mueca al hombre de seguridad nocturna y guió a Leonie al estacionamiento, abrió la puerta de su BMW sport azul pálido, cuya parte superior se hallaba baja por el calor del día. Tomó el cartapacio de ella y lo puso atrás, junto al suyo, antes de situarse a un lado de Leonie y poner en marcha el automóvil—. ¿Quieres que suba la capota o que la deje baja? —preguntó con cortesía.

—Estoy hecha un desastre, así que bájala por favor.

—Tienes una cabellera hermosa. El estilo te va bien —comentó él con suavidad.

—Gracias —Leonie dio un suspiro de alivio.

Conversar era virtualmente imposible mientras se dirigían al restaurante, aunque el aire fresco le había aclarado a ella un poco la cabeza, dándole tiempo de preguntarse qué hacía allí con aquel hombre. Debió ser más tajante en su negativa, no debió permitir que la manipulara de aquel modo.

Ella ya habla visitado aquel restaurante y esperaba que nadie recordara que era la mujer que tropezó cuando volvía de empolvarse la nariz y que a uno de los desafortunados comensales lo tiró sobre su plato de comida.

—Buenas noches, señor Faulkner —el jefe de camareros los saludó calurosamente, sin ocultar su sorpresa al verlo en semejante compañía—. Señora —la saludó muy tieso.

¡El la recordaba! Hacía ya más de un año y la recordaba aún.

—¿Tenemos que comer aquí? —preguntaba con desesperación a Adam mientras ambos seguían al hombre hacia la mesa. El levantó las cejas.

—¿No te agrada el restaurante o quizá la cocina francesa no es tu preferida?

—Me encanta —afirmó ella—. Simplemente no me siento cómoda aquí, eso es todo.

—Gracias, Henri —Adam despidió al otro hombre halando una silla para ella—. Tranquilízate Leonie —sus manos las sintió ella tibias sobre los hombros, cuando él se inclinó hacia adelante para hablarle con dulzura al oído, su respiración le agitaba con delicia el

cabello.

Se sintió extrañamente despojada cuando él le quitó las manos y fue a sentarse al lado opuesto de ella, ante la mesa que se hallaba en un rincón íntimo del restaurante.

—Adam...

—Prueba el vino que sirvieron —la urgió él.

—¿Cuándo vamos a discutir el trabajo de tu oficina? —preguntó decidida.

—Mañana, antes de comer.

—Sobre la comida...

—Descuida, sé que va a gustarte el restaurante que elegí —bebió su copa—. Pruébalo, por favor —la animó con voz ronca.

—¿Por qué estás haciendo esto?

—¿Esto? —apuntó él suavemente.

—¿Por qué, Adam? Y no me digas que para reparar el daño causado por el incidente en el ascensor conmigo dentro, porque no voy a creértelo.

—Ya tenía reservada esta mesa antes de saber de tu contratiempo.

—¿Por qué?

—¿No acostumbras a asistir a comidas de negocios con tus probables clientes?

—Por supuesto —suspiró—, pero a desayunar generalmente, y hasta este momento no hemos hablado de algún negocio.

—Lo haremos —prometió—, mañana. Tal vez después de que hayamos comido —se comprometió.

El vino, uno de sus favoritos; su copa vuelta a llenar una y otra vez tras haberle dado unos cuantos tragos; la comida tan deliciosa como nunca que la hizo olvidar su dieta, convertían esa noche en única.

—Pareces un gato bien alimentado —la miró Adam con aprecio.

—Me siento como el más satisfecho de ellos, si puedes entenderme —sonrió feliz.

—Te entiendo perfectamente.

Era tan atractivo, tan reciamente varonil, que la hacía vibrar. 0, ¿era acaso el vino? No, estaba segura que era él, había sido tan paciente con ella cuando derramó el vaso de vino sobre la mesa, despedido al ansioso camarero cuando acudió a limpiar el excedente del líquido y resbaló en el piso cuando ayudaba a recoger el contenido del bolso que ella, por accidente, abrió por el fondo y lo vació completamente; también se había echado a reír cuando ella

golpeó el brazo del camarero y terminó con una patata en el regazo. Si, se había portado muy amable.

—¿Nos vamos? —sugirió él con voz ronca, mientras ella le sonreía soñadora.

—¿Por qué no? —se puso de pie, evadiendo apenas la otra mesa al volverse muy bruscamente—. Yo jamás vuelvo al mismo lugar por segunda vez si puedo evitarlo —le aseguró feliz.

—Debe ser difícil buscar nuevos restaurantes —sonrió él, de una manera que desbordaba felicidad.

—Muy rara vez como fuera —dijo Leonie—, es más seguro así, para los otros comensales.

—He notado que tienes una tendencia a...

—Tirar cosas, golpear otras, meterme en líos —terminó ella complaciente—. A mi esposo le parecía irritante.

—¿De veras? —dijo Adam sin inmutarse.

—Sí, eh... ¿a dónde vamos? —interrogó al darse cuenta de que se encontraban en una parte de Londres que ella desconocía, la exclusiva área residencial.

—A mi apartamento —Leonie parpadeó cuando entraron al estacionamiento subterráneo.

—¿Aquí vives? —preguntó ella.

—Desde mi separación —asintió él, dando la vuelta para abrir la puerta del lado de ella.

Las cosas se sucedían demasiado rápidamente, se daba cuenta mientras entraban al espacioso apartamento, sin tener tiempo de notar el elegante confort antes de que Adam la levantara en sus brazos, con los ojos oscuros relampagueando de deseo.

—He querido hacer esto desde que se abrieron las puertas del ascensor y te vi arrastrándote en el piso —le dijo de manera discordante antes de que su boca se apoderara de la de ella.

Deseaba preguntarle qué encontraba de romántico en una mujer que se comportaba como una tonta, pero la magia de ese beso alejó cualquier pensamiento de su mente, atrayéndola hacia él con el movimiento sensual de su boca, los brazos bajo la chaqueta de su traje, las manos tibias entre el fino material de la blusa y el corpiño, sus muslos apretados fuertemente contra ella, mientras sus manos bajaban, tomaban la forma de las caderas y las atraían hacia sí.

Leonie abrió los labios bajo el embiste de la lengua de Adam, sabiendo que eso era meramente un preámbulo de la relación que en realidad deseaban; ella se sentía llena y poseída por esa humedad tibia, y lo arrastraba profundamente hacia ella cuando le

devolvía el ataque.

La respiración de Adam era alterada mientras se separaba para besarle el cuello, quitarle la chaqueta de los hombros con manos expertas y lanzarla hacia un lado, así como empezar a desabrocharle los botones de la blusa, con movimientos seguros de sus manos que temblaban con anticipación.

Fue esta ligera perturbación, su mínima desconfianza en sí mismo. lo que animó a Leonie a ayudarlo a desvestirse, quitarle la chaqueta y arrojarla junto a la de ella en el piso, en seguida el cinturón; después, sus dedos titubearon en los botones de la camisa.

El era hermoso sin el atavío de poderoso hombre de negocios, ahora tenía puesto sólo el pantalón hecho a la medida, su despertar apenas contenido.

Dejaron un camino de ropa hasta la alcoba, y estaban desnudos ambos cuando cayeron juntos en la cama, besándose aún, las manos de Adam en su pecho la hacían jadear con placer, con los pezones endurecidos y adoloridos implorando el tirón de la boca masculina. No tuvieron que esperar demasiado.

Leonie no se detuvo a cuestionarlo por su falta completa de inhibiciones, prejuicios que habían hecho de su matrimonio una agonía. Estaba consciente solamente de que este hombre, con sus caricias gentiles, tenía la llave de su sensualidad en las manos.

Adam besó cada centímetro del cuerpo y encontró placer en los sitios secretos que ningún hombre había encontrado, haciéndose su temblor incontrolable mientras con la lengua le recorría el largo de la espina dorsal hacia la nuca; temblores de emoción la hacían a ella también arquear la espalda, mientras él se deleitaba en su piel sensitiva.

—Por favor, Adam, por favor —sus ojos se veían salvajes al mirarlo.

—Tómame —urgía él desesperado, con los ojos negros llenos de deseo.

—¿Qué?... —pero ella comprendió lo que él pretendía, cuando la haló sobre sí y fue a su encuentro con ansia, jadeando mientras la bajaba hasta él, llenándola en cada forma posible antes de capturarle la boca.

Era tan maravilloso que él le permitiera la libertad de elegir su forma de placer, un disfrute que ella jamás pudo conocer durante su matrimonio.

Estaba ebria de deleite, besaba la humedad de sus hombros y garganta con sabor a sal y se estremeció con su propia satisfacción

cuando él gimió ante la invasión de su lengua; sintió bajo ella apresurar los movimientos al no poder Adam detenerse más. La dureza de él aumentó su deseo cuando sintió la explosión iniciarse en las profundidades de su ser y empezó a sacudirse mientras el doloroso y tibio placer rasgaba todo su cuerpo en un holocausto febril.

—Mi preciosa Leonie —carraspeó Adam al alcanzar la cumbre de su propio placer, estallando en una cálida humedad tibia—. Sabía que esto era posible entre nosotros.

Y no había terminado allí, porque su fuerza y deseo volvieron en minutos. Su segunda entrega fue aún más intensa que la primera y el placer parecía no terminar jamás.

Leonie miró de nuevo al hombre que dormía a su lado, preguntándose qué había hecho. Oh Dios, ¡qué había hecho!

El se agitó ligeramente al moverse ella bajo la curva de su brazo. Los movimientos de Adam eran tranquilos y Leonie se dio cuenta de que él dormía aún. Se sonrojó al encontrar su ropa esparcida en un sendero desorganizado desde la alcoba hasta el vestidor, jamás antes se había dejado llevar así por la pasión. Empezó a vestirse de prisa.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—¿Qué parece que esté haciendo? —dijo ella con amargura.

—¿No es lo lógico pasar toda la noche en circunstancias como ésta? —palabreó. Su cabello oscuro aún enmarañado, su barba reclamando ser afeitada—. ¡No esperaba que escaparas durante mi sueño!

—No iba a escapar —le dijo con resentimiento—. ¡Y no hay nada de lógico en estas circunstancias! —se acomodó la blusa bajo el cinturón de la falda.

—Quiero que te quedes toda la noche.

Ella le lanzó una mirada fiera, dolida de que él lo considerara todo tan sencillo.

—¿Por qué?

—Estoy seguro de haberte mostrado dos muy buenas razones.

—¡Sexo!

—Y ¿qué tiene de malo eso? —levantó él las oscuras cejas.

—Nada, sabes que lo disfruté —contestó sabiendo que sería inútil negarlo, cepillándose el pelo con movimientos bruscos, sí estaba molesta con ella misma o con Adam no estaba segura.

—Así que quédate —la animó con suavidad.

—No puedo —dijo con impaciencia—. No sé qué clase de juego

has estado empleando conmigo esta noche.

—Un juego en el que parecías muy feliz —le recordó gentil.

—Parecía la forma más fácil en ese momento, mucho más fácil para mí, ser Leonie Grant y para ti ser Adam Faulkner —dijo presurosa.

—¿Por qué no? Esos somos nosotros.

—Porque mientras el divorcio no se consume, yo sigo siendo oficialmente Leonie Faulkner, tu esposa, y tú eres mi esposo.

—Y ahora soy tu amante —le brindó una sonrisa de satisfacción —. Fue tu idea, Leonie, fuiste tú quien dijo que nosotros no debimos casarnos sino ser amantes simplemente. Y después de esta noche eso es exactamente lo que seremos.

Capítulo 2

Recordaba vívidamente haber gritado aquellas palabras a Adam hacía ocho meses, antes de acabar con su matrimonio y con él, lo recordaba todo sobre su frustrado matrimonio con aquel hombre, y no pretendía volver a involucrarse con él en sentido alguno.

Estaba totalmente vestida ahora, arreglándose el cuello de la chaqueta.

—Esta noche fue un error.

—Yo lo llamaría de otro modo —dijo él despacio.

—Estoy más que segura de que tú planeaste lo que sucedió —sus ojos brillaban con resentimiento.

—No me digas que tú no lo deseabas también.

Ella se ruborizó ante aquella verdad; desde el momento en que lo había visto sentado detrás del escritorio en el Edificio Thompson, sus sentimientos hacia él se habían despertado, y el hecho de que hubiera actuado como si fuera la primera vez que se encontraban, aumentó su emoción.

—En realidad fue algo superior a todo lo que vivimos durante nuestro matrimonio —dijo ella con mordacidad, esperando la enfadosa explosión a la que estaba acostumbrada cuando discutían respecto al fracaso de su matrimonio en el aspecto físico.

—Estoy de acuerdo —una vez más la desconcertó, estuvo haciéndolo durante toda la noche, desde el momento en que ella descubrió que su distante marido era el nuevo presidente de Electrónica Thompson—. Tenías razón —continuó él sin darle importancia—. Somos mucho mejores como amantes que como esposos.

—¡No somos amantes! —buscaba desesperada su bolso para poder salir de allí—. Dejé mi bolso en el restaurante —dijo al fin percatándose—. Y ese maldito hombre...

—Henri... —apuntó Adam con suavidad.

—Ya me cree fugitiva de algún asilo de neuróticos —no le habían pasado inadvertidas sus miradas furtivas durante la noche—. Simplemente no puedo volver allí.

—No tienes que hacerlo...

—Tampoco necesito de tu interferencia arbitraria ¿Por qué habría de molestarme una visita más a ese lugar?

—Porque así es —la calmó Adam—, y no hay necesidad de que

te tortures al pensar que tienes que hacerlo, tu bolso está en mi auto.

—¿Estás seguro? —abrió desmesuradamente los ojos.

—Así es —replicó él con satisfacción—. Estabas tan ansiosa por llegar aquí que lo dejaste a un lado de tu asiento.

—No estaba ansiosa por llegar aquí —se defendió indignada.

—Tal vez deba corregirlo —dijo pensativo— Yo estaba tan ansioso por traerte aquí que no te di oportunidad de pensar en algo tan mundano como un bolso. ¿Está mejor? —levantó las cejas divertido.

Era aquel regocijo lo que la confundía, porque había existido muy poco de qué reír durante su matrimonio.

—¿Qué pretendes, Adam? ¿Por qué haces esto?

—Quiero una amante, Leonie —le dijo lentamente, a unos cuantos centímetros de ella—. Te quiero a ti.

—Me tuviste durante un año y resultó un desastre —le recordó.

—No obstante, te quiero.

—Acabas de deshacerte de mí —le recordó desesperada.

—Del matrimonio, no de ti, Leonie.

—No —sonrió ella gentil.

—A ambos nos pareció el matrimonio sofocante. La clase de relación que te sugiero...

—Tenerme como tu amante —le espetó.

—Mi amante —insistió—. Seremos amantes.

—¡No!

—¿Por qué no? —sus ojos se habían empequeñecido, aunque él permanecía aparentemente tranquilo.

—¡No quiero un amante! —su boca tembló.

—Acabas de probarlo, y con mucha eficacia, que sí lo deseas.

—Eso fue sexo... —el color subió a sus mejillas.

—El mejor que jamás tuvimos, admítelo —la animó—. Y como dije antes, ¿qué tiene de malo?

—Es que tú no entiendes —se sintió exasperada.

—Entiendo perfectamente —la interrumpió tranquilizador—. Todo esto ha sido como un impacto para ti...

—Tiene que ser el eufemismo de la década.

Adam sonrió, luciendo más joven.

—Pobre Leonie —hizo una mueca—. Lo que más te tiene impresionada es el hecho de que encontramos tal placer en la cama, juntos por primera vez, o que yo desee que esto continúe,

No podía negar que estaba sorprendida del gran placer que

había experimentado con Adam esa noche, un placer que ella sentía, fuera de toda duda, que él también disfrutó, pues sus respuestas habían sido abiertas y totales. Su vida sexual durante su matrimonio, como con todo lo demás durante ese año, había sido un desastre. Adam se mostraba tan experimentado, que en su inocencia ella se sintió inadecuada y resintió la forma en que él había tratado de controlar su cuerpo. Sus respuestas eran automáticas y sin emoción, rehusando ser dominada por él, pero la entrega que habían compartido esa noche no había sido frenada por resentimiento alguno, fue desinhibida por completo. El que Adam deseara que tal relación continuara, ella no lo podía aceptar, no cuando la ruptura de su matrimonio y la subsecuente separación habían sido una experiencia tan traumática para ella. Simplemente no podían fingir ser dos personas que no eran.

—Lo primero me lastima —replicó con frialdad—. Lo segundo me sorprende. Honestamente, ¿no recuerdas cuánto pesaron entre nosotros la amargura y el dolor de saber que todo iba mal desde el principio?

—Como pareja de casados, no como amantes —insistió contundente.

—¿Ya olvidaste cómo era lo nuestro?

—¿No comprobaste esta noche que no tiene por que ser así? —razonó.

—Soy la misma persona, Adam —le dijo con un suspiro—. Sigo siendo dieciséis años más joven que tú, con la misma inexperiencia, no importa lo que haya pasado aquí esta noche. Sigo siendo la misma mujer pusilánime que fui cuando estuvimos casados... —agregó con mordacidad.

—Ese es un nuevo adjetivo —rió suavemente.

Lo leí por allí en algún libro —contestó con impaciencia—. Parece quedarme a la perfección.

—Así es —asintió él riendo aún, sus ojos grises y cálidos, con pequeñas arrugas.

—¿Ya no recuerdas cuánto te enfadaban estos "incidentes"?

Tienes razón, era intolerante.

—Estás perdiendo mi punto, Adam —dijo frustrada—. Se necesitaría ser más que un santo para soportar que le sucedan a uno todas cosas que me pasaron a mí en un solo día... ¡y sé que tal santo eres por cierto tú!

—¿Me he enfadado esta noche?

—Fue sólo esta noche —lo miró con impaciencia—, pero te

volverías loco, en una situación normal.

—No has escuchado que los amantes son más tolerantes?

—¡Adam!

—¿Leonie?

—No has escuchado una sola palabra de lo que dije —ella lo miro furiosa.

Por supuesto que sí —replicó—, eres joven y pusilánime —sonrió—, me gusta de veras esa palabra, te describe con exactitud —apuntó—. Como esposo era rígido e intolerante, una nulidad para cortejarte; como amante seré generoso y comprensivo y excelente en la cama.

—Con tu experiencia —dijo ella mordaz.

—Pareces celosa, Leonie —él levantó las oscuras cejas.

—No lo estoy en realidad.

—No hay problema sí lo estás —sus brazos le rodearon la cintura, moldeándola a su cuerpo—. En una esposa sería de mal gusto, pero de una amante se escucha posesivo, y eso me agrada —afirmó satisfecho.

No era eso todo lo que le gustaba de sentir su cuerpo íntimamente presionado contra el de ella, por tercera vez esa noche, Leonie no podía fingir no darse cuenta de la evidencia de su deseo renovado, porque su vida sexual se había deteriorado tanto al fin de su matrimonio que era un esfuerzo para ambos entregarse una vez a la semana. ¡Adam jamás la había deseado tres veces en una sola noche!

—Adam, por favor, deja esto —se separó agitada, mientras su propio cuerpo se estremecía al reconocer sus reacciones —. Ya tuviste tu diversión.

—Fue mutua —dijo confiado.

—No es la clase de diversión —replicó—. ¡Cielos, no puedo creer que eres tú quien me está proponiendo este absurdo arreglo! ¿Has pensado en las consecuencias de tus acciones?

—Ya sé que tomas píldoras para regular tus períodos —desechó la idea de un embarazo.

—¡No esas consecuencias! —era molesto saber cuán íntimamente este hombre conocía su cuerpo y su funcionamiento defectuoso—. Los dos tenemos familia, Adam, ¿has pensado en la reacción que tendrían ante la relación que me estás sugiriendo?

—Mi padre y tu hermana —el brillo burlón de sus ojos desapareció por primera vez esa noche—. Tengo treinta y nueve años y tú veintitrés, ¿crees de veras que alguno de nosotros necesita

su permiso? —le preguntó.

—Tu padre me odia —no mencionó, deliberadamente, los sentimientos de su hermana hacia él, segura de que ambos estaban conscientes de que habían sido las razones de que su matrimonio hubiera sufrido tal fracaso.

—Mi padre no te entiende —Adam la corrigió con gravedad.

—No hay nada que entender —señaló ella despreciativa—. Soy lo que ves, un poco conflictiva respecto a ti y a tu padre, pero por lo demás un libro abierto.

—Pues entonces algunas de tus páginas debieron quedarse pegadas, porque tampoco sentí conocerte del todo alguna vez —dio un profundo suspiro—. No voy ahora a discutir del pasado, Leonie.

—¿Los amantes no discuten?

—Sólo cuando se percatan, pero vuelven a la cama a solucionarlo —la tomó de nuevo en sus brazos, su boca buscando la de ella.

Abrió los labios Leonie por deseo propio, permitiendo el acceso del empuje de la lengua masculina, temblando mientras el deseo la invadía, ciñéndose a la ancha musculatura de sus hombros mientras se reclinaba suavemente contra él.

—Quédate esta noche, Leonie —le urgía él presionándole con fuerza la cremosa tibieza de la garganta.

Estaba tentada, era enorme la tentación, pero no podía hacerlo; reponerse de aquel desastre que había surgido de amar a aquel hombre le había tomado ocho meses, no podía arriesgarse a sufrir aquel terrible dolor de nuevo.

—No, Adam —se apartó de él agitada, consciente por su propia agitación de que estaba tan excitada como él—. Hay algo más que los amantes pueden hacer —le dijo burlona—. Pueden terminar la relación en cualquier momento. Y eso es lo que estoy haciendo ahora —se volvió sobre sí misma.

—¿A dónde vas? —preguntó Adam con suavidad.

—A casa —ni siquiera se volvió.

—¿Cómo? —su pregunta gentil la exasperó—. Tu auto está aún en Electrónica Thompson, las llaves están en tu bolso, tu dinero también, por si pensabas volver a tu casa en taxi, y tu bolso está en mi auto allá abajo —le recordó él con dulzura.

¡Había vuelto a hacerlo!

—¡Enhorabuena por mi triunfo! —dijo ella torpemente al darse la vuelta.

—Ha sido realmente estupendo! —su sonrisa era amable.

—No te burles de mí, Adam, —replicó.

—Amantes...

—¡No somos amantes! —mascullo ella con los dientes apretados —. Y jamás lo seremos. Y ahora si me permites las llaves de tu auto un momento, bajaré por mí bolso.

—No.

—No puedes tenerme aquí por la fuerza, Adam —había un tono de desesperación en su voz.

—No es esa mi intención —la tranquilizó—. Voy a vestirme y llevarte a tu casa.

—Mi auto...

—Ya debe estar encerrado en el estacionamiento —señaló.

Vió su reloj de pulsera; ¡era después de media noche!

—Si me permitieras tan sólo tomar mi bolso, podría regresar a casa en taxi.

—No puedo dejarte hacer eso a estas horas de la noche —Adam movió la cabeza.

—Eso no se escucha posesivo, Adam, sino autocrático —le echó ella en cara.

—Me interesa tu bienestar —dijo él y sonrió—. Los amantes son así —le habló con suavidad antes de volver a su alcoba.

Leonie parpadeó frustrada, debió intuir que aquel día terminaría tan mal como había empezado. Debió intuir también que Adam tendría que hacer algo, tener una premonición de su presencia mientras esperaba ser rescatada del ascensor, su torpeza era más marcada cuando él se encontraba cerca.

Se había sentido tan aturdida, tan consciente de la presencia de la señora Carlson, cuando la otra mujer los presentó en su oficina, que no pudo hacer otra cosa que seguir la indicación de Adam de lo que sería su primer encuentro. Y cuando se repuso de la impresión de verlo de nuevo después de todo aquel tiempo, estaba tan intrigada por su comportamiento como para hacer otra cosa que seguirle el juego. Y como ella lo había admitido, fue fácil, pero la atmósfera agradable de su tarde juntos la había seducido a hacer algo que prefería olvidar y no permitiría que se repitiera: su reacción totalmente inesperada para Adam, dada su historia juntos.

Su respiración le agitó la garganta cuando Adam regresó a la habitación, con su atuendo de hombre de negocios puesto de nuevo, con una camisa y un pantalón negros. Adam jamás se vestía así casualmente.

—¿Cambiaste tu imagen, Adam? —lo provocó para ocultar su

reacción ante él.

—¿Te gusta? —sonrió él sin admitir el engaño.

Más que gustarle, lo deseaba de nuevo. Era ridículo, cuando estuvo casada con este hombre por un año y se habían separado durante ocho meses, sentir el mismo torrente de emoción hacia él, como cuando lo había conocido por primera vez hacia dos años. Y ahora, al volverlo a ver sentía la boca seca, y las manos húmedas.

—Te veo muy guapo —le dijo con esfuerzo— Y ahora, ¿podemos marcharnos, por favor?

—Por supuesto —recogió las llaves de su auto.

—Los amantes son también complacientes ¿no es verdad? —no podía resistir provocarlo mientras salían del apartamento para entrar en el ascensor.

—Siempre —dijo sugerente, presionando con su cuerpo la espalda de ella—. Dilo simplemente —la animó con voz ronca.

Ella hizo una mueca, apartándose graciosamente de él mientras se dirigían al auto, resonando sus pisadas en la oscura quietud de la noche.

—Puedes ir por tu auto mañana —sugirió Adam mientras la conducía a su casa, el auto cubierto ahora por el frío de la noche.

—¿Mañana? —se enfureció.

—Cuando asistas a nuestra entrevista —recalcó él.

Leonie abrió sus enormes ojos.

—No esperarás que acuda, ¿verdad?

El la miró con las cejas levantadas.

—Desde luego.

—Pero, ¿no fue eso un simple simulacro? —lo interrogo.

—Deseaba verte de nuevo —admitió—. Y esa me pareció una forma excelente en vista de la manera que pensabas respecto a volver a verme, pero también deseo decorar mi oficina.

—No por mí —denegó con la cabeza, decidida, temblando ante la idea de ver a aquel hombre un día tras otro en relación con el trabajo.

—Por ti —le dijo él con firmeza.

—¡No!

—Sí —insistió cortés—. Me impresionó de veras tu trabajo en el piso de abajo.

—Adam...

—¿Sí, Leonie?

—No voy a trabajar para ti. —le dijo con necedad. Su respiración se entrecortó con desesperación ante su tono tolerante.

—Sí, sí lo harás —asintió él confiado.

—No puedes forzarme.

—Ni siquiera lo intentaría —le aseguró tranquilo—. Pero creo que sería muy conveniente que se lo explicaras a tu jefe. David no pondrá objeción en que tú trabajes para mí.

—No me obligarías a hacerlo —carraspeó.

—No sé que otra cosa podrías hacer —Adam encogió los hombros.

—Pero David tiene muchos otros diseñadores, y mejor preparados que yo.

—No los quiero —dijo él sin prisa—. Te quiero a ti.

—Por favor, no involucres mi carrera en esto, Adam, —suplicó Leonie desesperada.

—Lo único que deseo es decorar mi oficina, ¿es demasiado pedir?

Su inocencia la exasperaba.

—No se lo estás pidiendo a cualquiera, ¡yo fui tu esposa!

—Eso no es probable que yo lo olvide —su expresión se suavizó en una sonrisa reminiscente.

—Pero yo sí he tratado de hacerlo —se revolvía intranquila en la silla mientras intentaba razonar con él—. He vuelto a rehacer mi vida, terminé mi carrera que yo misma había abandonado al casarme contigo. No estoy, dispuesta a arriesgarlo todo.

—Yo tampoco lo deseo —encogió sus anchos hombros.

—Me estás involucrando en una situación que no deseo. Deliberadamente me buscaste para este trabajo ¿no es verdad? —lo acusó.

El asintió.

—Compré la Compañía porque sabía que tú habías trabajado allí.

—Tú… ¿tú hiciste eso? —jadeó.

—Bueno, debía tener una buena razón para verte, sabía que rehusarías acudir a cualquier parte donde supieras que yo estaba —titubeó—. Así que compré Electrónica Thompson.

Era un ejemplo de la arrogancia que siempre había tenido asociada con él en el pasado. Si deseaba algo, simplemente salía y lo adquiría. El ya en una ocasión la había comprado con la misma riqueza y confianza que llegó a cegarla hasta el punto de no ver cuán equivocados estaban el uno respecto al otro.

—Entonces invertiste mal tu dinero —le dijo con sorna—, porque nada va a convencerme de trabajar para ti.

—No fue una mala inversión, la compañía reditúa excelentes ganancias —le anunció con calma—, y no pretendo convencerte de hacer algo, seguramente tú eres lo bastante madura como para diseñar mi oficina sin que tu personalidad se involucre.

—Esa no es la cuestión —dijo ella con dureza—. Simplemente no deseo trabajar para ti. ¿No te fue suficiente con un miembro de mi familia? —añadió con disgusto.

—Te refieres a Liz?

—¿A quién más? —masculló.

—Liz ha sido la mejor asistente de personal que he tenido.

Demasiado poco "personal", hasta donde concernía a Leonie. Se habían conocido gracias a la relación de Adam con su hermana, y se separaron por la misma razón.

—Escucha, hablaré con David mañana —le dijo como un reto—. Estoy segura que te enviará con gusto cualquier otra persona a trabajar contigo.

—No quiero a nadie más —expresó Adam categórico—. Por un momento pensé que tú y él... tú sabes... —añadió sin exasperarse.

Ella lo miró con ojos sorprendidos.

—¿Que David y yo?...

—Mmm... —asintió Adam.

—¿Y qué te hizo desistir?

—Tus citas con él son demasiado ocasionales como para atribuirles cualquier otra relación que no sea la de jefe—empleada —concluyó.

—Me has hecho espiar —Leonie abrió los ojos y reclamó incrédula.

—Eres mi esposa...

—Lo era —corrigió con dureza—, estamos legalmente separados, y cuando haya transcurrido el tiempo necesario nuestro divorcio será consumado.

—Sólo deseaba saber si no podríamos agilizar el proceso él —explicó él.

Leonie parpadeó, incapaz de creer lo que estaba escuchando.

—¿Estás insinuando que buscabas evidenciar un adulterio en mi contra? —le dijo con incredulidad. Adam fingió desinterés.

—Pensé que te sentirías mejor respecto a nuestro nuevo arreglo si el divorcio fuera ya un hecho; sabes que no podría esperar tres años sin ti.

—Lamento no poder agradecértelo —en cierto modo, saber que él había hecho tal cosa la hería profundamente. Por Dios que ella

tenía pruebas suficientes de adulterio en su contra, pero había preferido no someter ninguna de ellas al sufrimiento embarazoso de revelarlas en público. Por eso, saber que Adam se había atrevido a espiarla, la enfadaba.

—Tal vez fui yo quien debió hacerte seguir —lo miró desafiante.

—Oh, he vivido muy tranquilo desde que me dejaste —afirmó.

—Tranquilo no significa solo, —atajó Leonie.

—En este caso, sí.

Y ella conocía la razón para ello. Liz permanecía aún con su esposo Nick.

—Escucha, nos estamos saliendo del asunto —señaló Leonie—. Deberás buscar a otra persona para tu trabajo.

—No.

—Adam, no vas a manipularme para hacer algo que no deseo.

El levantó la mano defensivo.

—¿He tratado de manipularte? ¿Lo hice para tenerte esta noche? —añadió con voz ronca.

Tenía los labios apretados. Aquella noche había sido increíble, nadie lo estaba negando, y a muchas mujeres les encantaría aquel tipo de relación diferente que Adam le ofrecía ahora, pero no a ella. Ya una vez se había equivocado, ¡y no volvería a hacerlo!

—Admite que fue todo lo que pudiste imaginar —la animó con dulzura—. Sin las complicaciones de un matrimonio, otras personas, sólo tu y yo y un amor maravilloso juntos.

El sólo hablar de la experiencia la hacía temblar. Pero aquello no podía durar indefinidamente, razonó con impaciencia.

—Tarde o temprano alguno de los dos exigiría más.

—No yo —Adam le aseguró convencido—. Ya intenté estar casado contigo y no funcionó.

Ella se tragó el dolor que le infligió su comentario casual respecto al año que vivieron juntos. No había funcionado, ella debía ser primera en admitirlo, pero escuchar a Adam hablar de esa forma sobre el error que ambos habían cometido, le causaba un estrangulamiento en el pecho como si alguien se lo hubiera oprimido con rudeza.

—¿Tú?

—Lo siento —frunció el ceño al darse cuenta de que aún le faltaba escuchar lo que él iba a decirle.

—Tú tampoco lo deseabas más —movió la cabeza—. Después todo fuiste tú quien terminó con el matrimonio.

—Alguien tenía que tomar la decisión —se defendió ella.

—Oh descuida, me alegra que lo hicieras —asintió—. Simplemente no soy el esposo ideal.

Hasta entonces ella no había pensado en eso, aunque quizás debió hacerlo, Adam tenía treinta y siete años, había vivido varias relaciones serias, y algunas otras que no lo habían sido tanto, y antes de conocerla a ella no había mostrado inclinación por casarse con alguna de aquellas mujeres, había disfrutado su libertad al máximo. No era fácil para cualquier hombre de esa edad aceptar de pronto los cambios que un matrimonio trae a su vida. Para un hombre como Adam, que había tenido tantas mujeres, sin importar su estado civil, eso era imposible. Y entonces ella tampoco se había enterado de lo de Liz.

—¿Crees que serías mejor como amante? —se mofó.

—¿No es así? ——levantó las oscuras cejas.

Ella se llevó la mano a las sienes adoloridas.

—Es tarde —murmuró— Y estoy muy cansada para seguir hablando al respecto ahora.

—No hay prisa —se volvió a sonreírle después de detener el auto frente al viejo edificio victoriano de tres pisos que formaba su casa—. ¿Vas a invitarme a entrar?

—A Harvey no le agradaría —movió la cabeza.

—¿Harvey? —hubo una tensión súbita en él.

El se había reído toda la noche a sus expensas, y ahora ella no podía resistir divertirse un poco también.

—A Dick tampoco le agradaría.

—No sabía que compartías tu casa con dos hombres. —Adam frunció el ceño.

—¿No te lo dijo tu investigador privado?

—No —gruñó—. El… ¿de que te ríes? —le preguntó con suspicacia cuando ella ya no pudo disimular su excelente buen humor.

—Harvey es mi gato —explicó entre risas.

—¿Y Dick?

—Moby Dick

—¿Tienes una ballena allí dentro?

—Un pez dorado — pudo decir al fin y una risa fresca la sacudió —. Pensé que el nombre haría desistir a Harvey de comérselo, y hasta ahora ha sido así.

—Mujercita pusilánime, loca y adorable —Adam movió la cabeza tolerante y gimió mientras la halaba hacia él, antes de apoderarse con fiereza de su boca—. La vida no ha sido fácil desde

tu partida —recargó la frente en la de ella mientras la tomaba en sus fuertes brazos.

—Hasta una dieta regular de caviar puede aburrir después de un tiempo, ¡y yo no soy como el caviar!

—Tú jamás me aburriste, jamás supe lo que pretenderías hacer después —sonrió.

—Eso no es práctico para la saludable esposa de un industrial. Y tampoco podría ocultarme de todos como una amante —le dijo antes de que él pudiera expresar que deseaba una amante y no una esposa—. No es que me haya convertido en eso —añadió rápido, al darse cuenta de que al decir aquello se había escuchado como si lo fuera.

—Lo eres —sus besos rápidos detuvieron en su boca la protesta —. Dulces sueños, Leonie —la soltó al fin—, te veré mañana.

No discutió la cuestión con él; hasta ahora parecía no haber tenido resultado. Muy pronto se daría cuenta de que si en verdad deseaba decorar su oficina otra persona tendría que hacerlo.

—Buenas noches, Ad... ¡oh, ouch! —gimió inquieta. El cabello se le había enredado en el cuello de la blusa—. Adam, ayúdame —rogó con lágrimas en los ojos.

—Quédate quieta, mujer —le indicó con divertida paciencia, sus hábiles dedos hacían hasta lo imposible por ayudarla—. Ya está —soltó el último mechón, con los ojos brillantes por la risa—. Sé que los amantes se obsequian mechones de su pelo, ¡pero esto es ridículo!

—Tú eres el ridículo —gruño ella bajando del coche, tropezando al hacerlo por no poder abrir de inmediato la puerta. Tenía las mejillas rojas por la turbación cuando se volvió a hablarle por ventanilla—. Buenas noches, Adam. Gracias por esta noche, fue una experiencia interesante.

Su sonrisa ni siquiera se inmutó ante la frialdad de su voz.

—Una de tantas... —prometió él con rapidez.

Apretó ella los labios antes de volverse sobre los talones y dirigirse hacia la enorme puerta de enfrente que era la entrada de todos los arrendatarios del edificio. Estaba consciente de que el BMW se hallaba en el mismo sitio y Adam la estaba observando.

Se felicitaba por haber llegado hasta la puerta sin contratiempos, cuando las llaves cayeron de su mano y precisamente dentro de la botella de leche, vacía, que se hallaba en el quicio de la puerta esperando a ser llenado por la mañana.

Por un momento sólo vio las llaves dentro de la botella,

incrédula. Alguien tenía que encerrarla por su propio bien, y desaparecer la llave en seguida.

—¿Estás bien?

Ella se volvió con desgano al darse cuenta del interés de Adam por su demora al entrar al edificio. Bien, se dijo optimista, ahora que él se hallaba fuera del auto, apoyado sobre la capota para poder mirarla.

¿Cómo podría ella levantar con indiferencia una botella de leche y empezar a sacudirla para sacar las llaves? ¿Cómo podría entrar en el edificio si no lo hacía? ¡Dios, se sentía una estúpida!

—Leonie, ¿seguro que estás bien? —Adam se veía asombrado al ver que ella aún titubeaba.

—Sí, desde luego —respondió ella, mordaz, tratando con discreción de levantar la botella, las llaves dentro sonando ruidosamente en el silencio de la noche, mientras hacía esfuerzos por sacarlas.

—Pero ¿qué estás haciendo?

Se quedó tan perpleja por la repentina aparición a su lado; estaba tan entretenida en recuperar el llavero que no se había percatado su proximidad, y la sorpresa la hizo tirar la botella. Adam atrapó ésta con destreza antes de que cayera al piso, y miró las llaves dentro.

—¿No es un lugar extraño para guardar un llavero? —reprobó mientras daba vuelta a la botella y veía con agrado que las llaves caían en la palma de su mano.

—No las escondí —replicó —, se me cayeron —Leonie se las arrebató.

—¡Ah!

Sus ojos verdes brillaron al volverse hacia él.

—Qué quieres decir con ese "ah"? —lo desafió.

—“Ah” que debí adivinarlo o que, esa infortunada ocurrencia, debió pasarme a mi.

—Desde luego, que semejante ocurrencia debió sucederte a ti, —dijo ella burlona.

Sus movimientos eran agitados al abrir la puerta.

—No sé por qué no puedo confiar en ti —tartamudeó.

—Cariño, cálmate —la tomó una vez más entre sus brazos— En verdad no me importan estos pequeños accidentes que suceden donde quiera que tú estás —añadió.

—No recuerdo que hayas dicho lo mismo la vez que se atoró el dobladillo de mi traje en el pisacorbatas de tu papá y le tomó media

hora separarnos —trató de apartarse de él, pero su fuerza superior no le permitió alejarse demasiado, él presionaba íntimamente sus caderas contra las de ella.

—Fue papá quien estaba muy molesto, y no yo —le recordó divertido—. Tómalo de esta manera, Leonie, al menos estuvo pendiente de ti durante media hora, tú siempre dijiste que él jamás te escuchaba.

—El solía examinarme siempre —dijo ella despacio.

—¡Pues esa tarde no lo hizo!

—Aquel traje costó una fortuna, ¡y se echó a perder! —le recordó.

—Valió la pena tan sólo por ver la expresión del rostro de papá. Cada vez que me acuerdo del incidente me ataco de la risa —aún ahora se veía sonriente.

—Jamás me dijiste eso —lo acusó—. Creí que te había hecho pasar un mal rato.

—Tú jamás me das malos ratos, Leonie —admitió él muy serio y movió la cabeza—. Jamás podrías.

Estaba más perpleja que nunca y su rostro lo reflejaba. Mientras Adam la dejó esta vez, cuando ella se soltó de sus brazos.

—Tengo que entrar. Harvey no ha comido todavía —dijo ella con voz preocupada.

—Tendrás que presentármelo alguna vez —dijo Adam—, siempre me gustaron los felinos.

—No lo sabía —dijo ella displiscente.

—Tal vez tú no sabes tanto de mí como supones.

Empezaba a darse cuenta de eso, pensó mientras subía lentamente por la escalera rumbo al segundo piso. Ella jamás hubiera soñado que Adam pudiera comportarse con esa nobleza de corazón como lo había hecho esa noche, que pudiera reír de sí mismo como también de su padre, que encontrara divertidos sus contratiempos. Estuvo casada con él durante más de un año, y seguía siendo un enigma para ella.

Harvey estaba sentado sobre la cornisa de la ventana de afuera cuando ella entró en el apartamento, pero al verla llegar se introdujo maullando quejumbroso.

—Está bien, está bien —dijo reprimiendo su actitud—, no eres tú el único que puede pasar la noche afuera en los tejados, sabes —le dijo mientras le destapaba una lata de comida para la cena, gimiendo al darse cuenta de lo que había dicho—. Oh, Harvey ¿qué voy a hacer? —se inclinó para levantar la bola de pelo rojizo y

blanco—. Fue una noche perfecta —dijo dolorida.

El gato dio un fuerte maullido de indignación antes de saltar al piso.

—Está bien —le dijo enfadada por su falta de atención—. Me doy cuenta de que estás más interesado en tu estómago que en mis problemas —le colocó el plato en el piso y el gato saltó sobre él de inmediato—. Sé que cazas ratones afuera, así que deja de actuar como si te estuvieras muriendo de hambre —le dijo malhumorada, volviendo los ojos hacia el cielo de pronto—. Dios, ahora platico en serio con el gato —se sentó con desaliento en uno de los brazos de la silla, sin preocuparse del tiempo, mientras el gato mitigaba su apetito. Después Harvey saltó a su regazo y al instante se quedó dormido ronroneando, mientras Leonie le cosquilleaba detrás de las orejas, ausente.

Su primer encuentro con Adam había sido inesperado por completo. Lo conocía, por supuesto, su hermana Liz había sido su asistente durante un año, pero no era en absoluto lo que ella esperaba del rico industrial.

Liz y Nick habían salido de vacaciones por dos semanas, aún les faltaba una, y Leonie estaba cuidándoles la casa cuando Adam llegó a visitarlos sorpresivamente. Liz era ocho años mayor que ella y había sido como una segunda madre para Leonie desde que sus murieron hacía tres.

Leonie había abierto la puerta aquella noche y se enamoró desde el momento en que vio aquel rostro varonil y hermoso, los grises ojos cálidos, extrañamente luminosos con un círculo negro alrededor del iris. No había escuchado una sola palabra de lo que él le dijo, y tuvo que pedirle que se lo repitiera.

El deseaba saber si Liz se encontraba en su casa a pesar de ser sus vacaciones, ya que necesitaba hablar con ella. Leonie lo había invitado a pasar mientras le explicaba que Liz y Nick habían salido en lo que habían dicho sería su segunda luna de miel.

Ella se sintió cohibida, pues habría deseado estar vestida con algo más glamoroso que aquel viejo vestido que ocultaba sus ya bien acentuadas formas; quería encontrarse muy bien peinada; después se maldijo a sí misma por ser tan boba; por lo que Liz le había contado de la vida amorosa de aquel hombre, era muy poco probable que a él le atrajera una pelirroja que le llegaba apenas a los hombros, sin importar lo que llevara puesto.

Pero Adam parecía no sentir deseos de marcharse aquella noche, aun sabiendo que Liz no se encontraba allí. Los dos hablaron

durante horas, hasta que Leonie se dio cuenta de pronto que pasaban ya de las doce y tenía que trabajar por la mañana.

Llena de confusión, aceptó cuando Adam le pidió salir a cenar la noche siguiente.

Fue una semana de salir a comer juntos, de platicar hasta muy entrada la noche, y cada vez que Leonie lo veía, se enamoraba un poco más de él, a pesar de que Adam dejaba ver muy poco de sus sentimientos y la trataba más bien como a una niña divertida a la que hacía caer de un contratiempo en otro.

La noche anterior a la en que se suponía debían volver Liz y Nick fue mágica, Adam la llevó al ballet, algo que la entusiasmaba pero a donde rara vez podía asistir, llevándola a la casa que él compartía con su padre. Pasaban de las once cuando llegaron, pero a pesar de ello todas las luces de la casa estaban encendidas, el mayordomo los recibió a la entrada y una sirvienta les llevó una charola con café y emparedados. Leonie se había sentido tan nerviosa que tropezó sobre el plato de emparedados. Pero ni eso parecía tener importancia. Adam había ignorado el incidente después de ayudarla recogerlos y colocarlos de nuevo en el plato, y sus ojos se veían casi negros al seguirla en la alfombra frente al fuego, su boca buscando fieramente la de ella. Fue la primera vez que él hizo algo más que rozar los labios de ella al despedirse, y después de su sorpresa inicial por lo ardiente que había sido con ella, Leonie le abrió los brazos y el corazón. Pudo haberla poseído en aquel momento, allí sobre el tapete, y a ella no le hubiera importado, pero no lo hizo, su respiración se agitó al apartarse de ella.

—Cásate conmigo, Leonie —le había suplicado—, cásate conmigo.

—Si —dijo con la voz entrecortada al responder.

—Pronto —la urgió.

—Cuando tú lo desees —le prometió ansiosa.

Cuando su hermana y Nick volvieron al otro día, se encontraron con que Adam y ella iban a casarse el sábado siguiente. Liz se mostró asombrada y Leonie pensó que se debía a que estaba sorprendida de que su pequeña hermanita fuera capaz de atrapar un hombre tan atractivo y sofisticado. Así fue como ella lo había catalogado, pero... ¡debió averiguarlo mejor!

Adam se había adueñado de su vida desde el momento en que le puso el anillo de compromiso en el dedo aquella noche, una esmeralda enorme que dijo que hacía juego con sus ojos. Ella se

sintió feliz con la decisión de que abandonara su empleo, pues deseaba estar con él a cualquier hora que él restara al imperio que le tomaba tal cantidad de su tiempo. También había accedido a vivir en el apartamento que Adam había ocupado siempre arriba de la elegante casona de su padre en Londres. Ella había accedido a todo lo que Adam le pidió.

Sólo dos semanas después ya se encontraba casada con un hombre que apenas conocía y quien muy pronto se convencería de que tampoco la conocía. Su noche de bodas fue una tragedia, actuando Leonie como la virgen temerosa que era a pesar de la gentil comprensión de Adam hacia ella. El dolor había sido increíble, demasiado para soportarlo, hasta que tuvieron que dejarlo. Ella se había acurrucado en su lado de la cama, sintiéndose muy desdichada, mientras Adam dormía. La siguiente noche había sido igual de desastrosa y también la posterior, hasta que a la cuarta Adam ni siquiera intentó tocarla. Volvió de su luna de miel siendo aún virgen, demasiado abrumada para discutir su problema con otra persona. Adam no había sido tan ecuánime, concertó una cita con el ginecólogo y le ordenó asistir a ella aunque Leonie protestó. El doctor le había desvanecido a Adam todo el desconcierto de su problema, explicando que aquello ocurría en ocasiones y que en poco tiempo el problema se habría solucionado.

Pero el daño ya estaba hecho, y ella se resistía a todos los esfuerzos que él hacía para que compartiera su pasión, hasta que al fin perdió la paciencia, una noche y la llevó a la cama, a pesar de que ella se aferraba con desesperación tratando de alejarse, ignorando sus protestas hasta que la condujo al clímax del éxtasis. Después de aquella noche tuvo la certeza de que ella también disfrutaba, pero tenía que luchar primero para romper las barreras de resistencia que Leonie había levantado. Al final él se cansó de la lucha, y apenas la tocaba a pesar de que ambos compartían la cama todas las noches.

Ella trató de compensar su ineficiencia en la cama comportándose como la esposa perfecta en otros aspectos, pero Charles Faulkner se había percatado del desprecio de la chica porque era la esposa de su hijo. y ella ni siquiera contaba con Liz para buscar su apoyo, sintiéndose demasiado cohibida para discutir el fracaso de su matrimonio, aun con su hermana.

Su tendencia a hacerlo todo mal se acentuó con el correr de los meses, tanto que la ponía nerviosa bajar y encontrarse ante la burla del padre de Adam.

Ella y Adam intentaron hacer sus comidas en su propio apartamento, pero después de una semana de ofrecerle platillos mal cocinados, éste había decidido que su digestión no podría soportar una más y sugirió que bajaran a acompañar a su padre en la hora de las comidas. Se sintió herida sobre todo porque presumía de buena cocinera, pero para conservar la paz y la buena digestión de Adam, aceptó. Era sólo un bloque más cayendo de los cimientos de su ya endeble matrimonio.

Adam empezó a quedarse hasta tarde en su oficina, trabajando —decía—. También dejaron de salir, como medio de evitar que su nerviosismo aumentara frente a los amigos de él, pero aquello sólo la hundía más y más en sus pensamientos y le hacía preguntarse cuál era la falla entre ellos.

Leonie había decidido no ser una esposa regañona y sacar partido de sus vidas en común. Para disgusto de su suegro se ofreció para organizar la decoración y restauración de la casa, pero la respuesta fue llamar a la compañía de diseño más famosa de Londres. En sólo un año de matrimonio ya estaba aburrida y segura de algo: si no estaba a punto de romper una reliquia de la familia, se encontraba vaciando vino en cualquier objeto valioso, ¡un desastre!

Era suficiente y después de un mes de no ver a Adam en otro momento que cuando se metía a la cama, a su lado, decidió ir a su oficina y ponerle fin a aquella situación.

Ignoraba por qué la secretaria de Adam trató de impedir que fuera a la oficina; le extrañaba especialmente porque antes le había informado que Liz estaba con él a solas. Lo que vio y escuchó le había revelado por qué Adam ni siquiera intentaba salvar su matrimonio, y por qué su hermana se había asombrado de que él se casara con ella.

Adam había intentado darle una explicación cuando la siguió a su casa, pero ella sólo necesitaba respuesta a una pregunta: ¿él estuvo acostándose con Liz hasta poco antes de conocerla a ella? Su respuesta la hizo abandonarlo de inmediato, y le gritó que jamás debió casarse con ella; para sustituir a su hermana hubiera bastado una aventura que habría sido menos complicada para todos. Ella había descubierto, al acercarse inconscientemente, a Liz en brazos e Adam. Su decisión de terminar la aventura con éste y de que Liz se reconciliara con Nick había sido un fracaso. Y ahora ambos estaban atrapados en matrimonios que no deseaban. Pero Liz esperaba un hijo de Nick, no podía dejarlo, y Adam estaba involucrado con su

joven e inexperta hermana.

El evitaba a Liz desde hacía mucho tiempo, a pesar de que ésta continuaba casada con Nick, y su hija Emma tenía ya tres meses.

Ahora, Adam le proponía que ellos, Leonie y él, vivieran una aventura que ella misma le propuso alguna vez.

Capítulo 3

Pero David… —protestó ella la mañana siguiente—, ya te dije que todo resultó pésimo.

El ignoró este argumento.

—Faulkner no sabía cómo disculparse por tu contratiempo en el ascensor. No quise decirle que eso es ya un hábito en ti.

Esa mañana ella había llegado a trabajar decidida a informar a David lo desastrosa que había sido su cita con el presidente de Electrónica Thompson, segura de que cuando escuchara todos los detalles estaría de acuerdo en asignar a otra persona para el trabajo, sólo para enterarse de que Adam ya había hablado con David por teléfono y se culpó de todo absolutamente.

Sus súplicas a David no habían servido, estaba decidido a que trabajara para Adam, y ella estaba igual de decidida a no hacerlo.

—David. no quiero trabajar para él —le dijo con franqueza.

—¿Por qué no? —el entrecerró los ojos.

No tenía intenciones de decir a David que Adam era su alejado esposo. Por más que le simpatizara el otro hombre, sabía lo ambicioso que era, y tener a la esposa de Adam Faulkner trabajando para a él, podría dar a su compañía el empujón, que él estaba buscando, hacia la sociedad elitista de Londres.

—No… no me agrada —aseveró mientras constataba que aquello tampoco era verdad. Cuando dejó a Adam hacía ocho meses no había querido volver a verlo, lo odiaba por su actitud hacia su hermana casada. Pero la última noche, el placer que finalmente había compartido, había cambiado todo. No podía odiar a un que le había brindado aquella liberación sexual.

—¿Te hizo alguna proposición? —preguntó David.

—No, no lo hizo —contestó tensa, David pareció aliviado al escucharla.

—Entonces, ¿cuál es tu problema?

—Ya te lo dije: No quiero trabajar para él.

—Pero si parecía muy amable en el teléfono.

Ella parpadeó, sabía muy bien lo amable que podía ser Adam cuando se lo proponía. Una vez deseó tanto tenerla en su cama que la desposó, qué ironía que lo único que había deseado de ella hubiera resultado tan desastroso.

—Cualquiera puede mostrarse amable el tiempo que dura una llamada telefónica —disimuló.

—Entonces, ¿no se portó amable contigo ayer cuando se conocieron? —interrogó David.

—Sí lo hizo —afirmó—, muy amable —el color subió a sus mejillas sólo de recordar cuán amable había sido.

—Entonces, ¿por qué no quieres trabajar con él? —David le repitió desesperado—. ¡Se impresionó demasiado contigo!

—Me porté como una tonta —dijo exasperada—. Me siento confusa.

—Siempre te comportas así inevitablemente —replicó David.

—Gracias.

—Pero lo haces —razonó—. Aún no he sabido que pases un día sin hacer algo mal, y casi siempre tienes la culpa.

—Eso es lo que más me atrae de ti, tu enorme simpatía y comprensión —lo miró aturdida.

—Los problemas parecen seguirte. Escucha, te diré lo que voy a hacer, llamaré a la secretaria de Faulkner y le diré que voy a acompañarlos a comer. Si noto alguna razón, cualquiera que sea, por la que no debas trabajar con él, enviaré a alguien a sustituirte, ¿de acuerdo?

Era lo mejor que podía sucederle. Y con seguridad podría hacer que Adam abandonara su amable tolerancia por unos minutos, para que David se diera cuenta de que sería mejor enviar a Gary o a Sheila.

—Iré contigo —movió la cabeza accediendo, sintiéndose un poco más feliz.

—¿Qué le pasó al VW? ¿Volvió a fallar? —preguntó David.

—Sigue en Electrónica Thompson —le dijo incómoda—. El señor Faulkner insistió en llevarme a casa después de mi problema en el ascensor —inventó. David sonrió.

—No te conoce bien si cree que un detalle como ése va a convencerte.

—En realidad trabajé un poco mientras esperaba.

—¿Lo ves? —él rió.

Poco después, cuando ordenaba su escritorio preparándose para reunirse con David, llegó un mensajero de la florería cercana. La solitaria rosa roja de largo tallo la tomó por sorpresa, y la escueta nota escrita en la tarjeta le avisaba que Adam no había cambiado un ápice en cuanto a la relación que pretendía. "Por una experiencia inolvidable… una de muchas", decía la tarjeta.

Ella arrugó en la palma de su mano el mensaje escrito y hubiera hecho lo mismo con la rosa, si David no hubiera entrado a su oficina.

—¿Otro admirador? —levantó las rubias cejas mientras ella ponía la rosa en un vaso nada apropiado y la colocaba en un rincón de su escritorio.

—Otra disculpa del señor Faulkner —ella movió la cabeza.

—Bello gesto —David la ayudó a ponerse la chaqueta, la blusa verde pálido que llevaba abajo atenuaba su aspecto pesimista—. Lástima que no haya sido tan generoso como para enviarte una docena —dijo con mordacidad poco característica en él.

Las cejas de David se elevaron.

—Estoy seguro de que el… ¡cuidado! —tuvo tiempo de gritarle a ella mientras la manga de su chaqueta se le atoraba en el injerto rojo simple, balanceando el pequeño vaso que fue a estrellarse en el piso, la rosa quedó aplastada entre los gruesos vidrios.

Leonie miró la destrozada flor con lágrimas en los ojos, arrepintiéndose al instante de lo que había hecho. Por primera vez en su vida, cometió un acto destructivo deliberadamente. Tiró la flor a propósito, no deseaba encontrar aquel recuerdo de Adam a su regreso.

—¡Cuidado! —le repitió David cuando ella se inclinó para levantar la aplastada flor y mostró su impaciencia al ver que un afilado pedazo de vidrio se le clavaba a Leonie justo en la palma de la mano.

Ella carraspeó, quitándose como autómata el vidrio; la sangre que empezó a brotar al instante era el mismo color que la rosa que sostenía.

—Estás regando sangre por toda la alfombra —dijo David impaciente, al sacar un pañuelo para envolverle la mano—. Será mejor que limpies esto antes de salir de aquí —la llevó a su oficina —. El botiquín de primeros auxilios debe estar por aquí.

Tomó la rosa que ella aún asía y la arrojó al cesto de basura, concentrándose en lavarse la mano y colocarse un vendaje.

Leonie se sentía enferma, y no por el dolor de la mano, sino por haber destruido a propósito tan inocente belleza. Aunque Liz y la engañaban, no deseaba tomar venganza o retribución, había sentido pena por su hermana, aunque Adam parecía seguir su vida como si nada hubiera pasado.

—¿Te sientes bien? —David se preocupó por lo pálida que se había puesto—. Tal vez deberíamos cancelar la cita con Faulkner,

parece que necesitas ir a tu casa a descansar.

Ella movió la cabeza con determinación, no intentaba demorar aquella confrontación más de lo necesario, ya había pasado una noche de insomnio y no pretendía pasar una sola más por culpa de Adam Faulkner.

—Se me pasará —insistió, moviendo la mano bajo el vendaje, estaba algo adolorida, pero podía moverla.

—¿Segura? —David aún se veía preocupado.

—Sí —sonrió optimista poniéndose de pie—. ¿No deberíamos marcharnos ya?, el señor Faulkner va a pensar que la impuntualidad es normal en nosotros.

—Para ti lo es —se burló David mientras se dirigían al auto.

Ella tenía sólo una pequeña punzada en la mano cuando llegaron a Electrónica Thompson, la venda no mostraba señales de su abundante sangrado.

La señora Carlson los recibió con una sonrisa, informó al instante a Adam de su llegada y la condujo hasta su oficina.

—Sentimos llegar tarde —David saludó al otro hombre con un apretón de manos—. Un pequeño accidente nos demoró.

Leonie iba detrás de David, sintiéndose incómoda al ver de nuevo a Adam. La natural masculinidad de él era mucho más fuerte de lo que ella imaginó después de la pasión que habían compartido la noche anterior.

Su vista saltó de David hasta la ruborizada cara de ella.

—¿Qué hizo la Señorita Grant esta vez?

El rubor de Leonie se acentuó mientras David sonreía.

—Un accidente con un vaso, me temo.

Durante segundos interminables Adam le sostuvo la mirada, enviándole un mensaje que le hizo subir el color a las mejillas.

—La rosa puede ser repuesta fácilmente —dijo con suavidad—. Sólo existe una Leonie Grant.

—Gracias a Dios —dijo David agradecido.

Leonie estaba consciente del doble significado de las palabras de Adam.

—Podemos también hablar después de comer —decidió Adam con arrogancia—. Si le parece bien —preguntó al hombre más joven después de pensarlo un segundo.

—Bien —acordó David impaciente, aceptando la forma en que aquel hombre se hacía cargo de todo.

Era molesto ver la facilidad con que David cayó en el encanto de Adam, pensó Leonie enfadada. Se suponía que él también se hallaba

románticamente interesado en ella y, aún así, no parecía encontrar algo anormal en la forma en que los dedos de Adam se cerraban posesivos sobre el brazo de ella al abandonar la oficina juntos; tampoco parecía notar cuando Adam le movía los dedos eróticamente sobre el dorso.

—¿Qué te pasó en la mano? —preguntó Adam al notar la venda, entrelazando sus dedos con los de ella mientras se la levantaba para verla de cerca.

—Se cortó con un vaso roto —dejó que David contestara por ella, su respiración golpeaba su garganta ante las intimidades que Adam se tomaba frente al otro hombre.

—¿Viste ya a un doctor? —la mirada de Adam la taladró.

Ella se atragantó, sacudió la cabeza para despejar el hechizo que él estaba ejerciendo sobre ella.

—Sólo a David —contestó a la ligera, poniendo la otra mano en el codo de éste—. Pero él sabe cómo cuidarme —agregó mordaz.

—¿De veras? ¿Tiene usted alguna práctica en el cuidado de la señorita Grant, señor Stevenson? —la pregunta fue hecha con inocencia, pero Leonie pudo sentir la tensión en la mano que seguía asiendo la suya.

—Un poco —esta vez David tampoco se percató de la indirecta en las palabras de Adam—. La llevé al hospital cuando se mareó por usar pegamento en su oficina una tarde, y otra vez cuando se incrustó el abrelatas en la pierna.

Los ojos de Adam centellearon con diversión reprimida; la estratagema de Leonie para implicar intimidad entre ella y David fracasaba sin remedio.

—No sé cómo se hizo esa cicatriz —dijo Adam con voz ronca.

Leonie se ruborizó al recordar la forma en que sus dedos acariciantes habían explorado la cicatriz de media pulgada de su rodilla, igual que habían explorado todo su cuerpo, y se zafó de su mano para acercarse a David.

—El siempre rescata a "La Dama en Peligro", —sonrió a David con dulzura— no sé qué haría sin él.

David se veía complacido con ese estímulo, ya que había percibido muy poco durante los últimos seis meses.

—Iremos en mi auto —decidió Adam de pronto, saltando sobre su BMW—. No le importa si la señorita Grant se sienta adelante conmigo, ¿verdad Stevenson?, se marea en la parte trasera —dijo con tono convincente. David se veía sorprendido.

—No lo sabía.

¡Tampoco ella!, pero si quería llamar a Adam un embustero y reclutarlo como posible cliente de David, no podría decirlo. Ella casi dio un grito cuando Adam tomó ventaja de su relativa privacía frente del auto para tomarle el muslo, manteniéndola allí. El sentía su pierna firme y tibia bajo la tela de su pantalón y ella podía sentir el calor subiendo por sus mejillas; mientras ambos actuaban como si no hubiera habido intimidad entre ellos.

Cuando llegaron al restaurante, los nervios de Leonie estaban deshechos, y sus sentimientos confundidos al luchar contra el deseo de Adam, que ella había instigado deliberadamente.

Se daba cuenta de que David estaba impresionado por el otro hombre y por el lugar que había elegido, mientras revisaban el menú.

—Y bien —se sentó David después de que habían ordenado comida—. ¿Existe algún inconveniente para que la señorita Grant vaya a trabajar para mí?

David se veía desconcertado por la franqueza del hombre.

—¿Inconveniente? —dijo. Adam se encogió de hombros.

—¿Acostumbra el dueño de Interiores Stevenson asistir a entrevistas rutinarias de negocios con sus empleados?

—Eh... bueno... no... —contestó David —. Es que Leonie es más bien novata en su empleo, aunque no quiero decir que no sea eficiente —repuso de pronto—. Lo es, pero nos preguntamos si preferiría usted a alguien más experimentado.

—¿Cuál es la experiencia que tiene la señorita Grant? —preguntó Adam con suavidad, mientras su mano buscaba la rodilla de ella bajo la mesa, y la acariciaba con los dedos.

—No la suficiente para usted, estoy segura —le espetó, mientras los dedos de él la apretaban con reproche.

—Estoy seguro que lo será —le dijo él quedo.

—Y yo estoy igualmente segura de que no —contestó ella.

—No soy un hombre exigente, señorita Grant —dijo con calma —. Sé lo que me gusta, así de simple.

También ella, después de la última noche de haber explorado todo su cuerpo, más detenidamente que nunca.

—Me satisface lo que ya ha hecho por mí —continuó tranquilo —, y me gustaría que lo continuara.

—No creo que pueda trabajar para usted, señor Faulkner.

—¡Leonie! —carraspeó David—. Lo que intenta decir Leonie es que tiene algunos trabajos pendientes que requieren su atención —inventó de pronto—. Y, sinceramente, esta conversación resulta

monótona.

—Y ¿cómo debería ser? —Adam lo miró.

David sonrió nervioso ante la intensa calma del otro hombre.

—Bueno, sé que somos los mejores, pero seguro usted tendrá otras cotizaciones para el trabajo, y...

—Ninguna —dijo Adam con arrogancia—. Quiero que la señorita Grant me haga el trabajo —David se ruborizó de placer, y Leonie pudo entender por qué. El diseño de interiores era un negocio competitivo, y se ganaban tantos trabajos como se podían perder, pues con frecuencia interferían otras compañías. ¡Si Adam hubiera podido leerle la mente!

—En ese caso —sonrió—, puedo designar a otra persona para que termine los pendientes de Leonie.

—Se lo agradecería —pronunció Adam—. Pero necesito a la señorita Grant ahora mismo.

Y tampoco mentía. Le había atrapado la mano cuando ella trataba de quitarle los dedos de las rodillas, guiándola hacia la palpitante dureza de sus muslos. Se apartó de él como si la hubiera quemado, recriminando con furia su subterfugio.

—Y, desde luego, si su trabajo es tan satisfactorio esta vez como lo fue el último, podría considerar emplearla cuando reacondicione mi apartamento —añadió en tono desafiante.

—¡Pero si está nuevo —casi grita cuando se dio cuenta de que había revelado al aturdido David que había estado en la casa de aquel hombre—. El señor Faulkner insistió en llevarme a su casa y darme un trago para tranquilizarme anoche antes de llevarme a mi casa —explicó con rapidez.

—Leonie tiene la costumbre de ir de una catástrofe en otra —sonrió David.

—Ya lo había notado —dijo Adam con sequedad—. Siento que mi apartamento necesita el toque femenino y de hogar, estoy seguro que la señorita Grant podría ayudarme a crearlo.

Estaba tan molesta con Adam en aquel momento, que si no dejaba de atacarla de ese modo iba a levantar su copa y a vaciársela en la cabeza.

—Seguramente existirá otra mujer en su vida que podría desempeñar el trabajo con mayor eficiencia —le sugirió con voz ronca.

Los ojos de Adam se abrieron interrogantes, y después sonrió deliberadamente.

—Siempre he creído que estas cosas resultan mejor si las realiza

una persona responsable.

Ella se ruborizó al devolverle la indirecta.

—Estoy segura de que peca de modesto, señor Faulkner.

—Por el contrario, desde que mi esposa me dejó, a mi vida le hace falta el toque… femenino.

Quizá Liz no estuviera a su alcance en aquel momento, pero había demasiadas mujeres disponibles, y por el cielo que él no había encontrado la mínima satisfacción durante su breve matrimonio.

—Y usted, ¿qué me cuenta Stevenson? —se volvió Adam al otro hombre—. ¿Su vida tiene ese toque femenino tan especial?

—No estoy casado —respondió David con inocencia, recibiendo una mirada de frustración de Leonie ante su candorosa réplica.

—Tampoco yo… ahora —contestó divertido—. Pero no hay que estarlo para tener a una mujer especial en la vida.

David dirigió una mirada de desconcierto a Leonie.

—Supongo que no —balbuceó.

—Igual que una puede tener a un hombre especial en la vida aunque esté casada —agregó Leonie con dulce sarcasmo, y miraba ahora desafiante a Adam, cuya expresión era afable.

—¡Leonie! —David estaba impresionado por el giro que había tomado la conversación. Ella le dirigió una mirada despectiva.

—Estamos entre adultos, David. Y la santidad del matrimonio parece haber perdido su significado para algunas personas. ¿No lo crees Adam? —agregó con dificultad.

El se encogió de hombros, tranquilo del todo.

—El divorcio se ha vuelto muy común — dijo por toda respuesta.

—¿Común? —repitió ella incrédula—. Discúlpame si no estoy de acuerdo.

El inclinó la cabeza cortésmente.

—Parece que ahora, a la primera señal de problemas en un matrimonio uno de los integrantes acude al primer abogado que encuentra, en lugar de buscar una solución al problema con la persona lógica: el cónyuge.

—¿Cree que eso fue lo que le hizo su esposa, humm? —preguntó Leonie.

—¡Oh no —negó él de inmediato—. Mi esposa tuvo toda la razón de abandonarme, yo fui un esposo incompetente.

David tosió, incómodo, obviamente la conversación le resultaba molesta.

—Tendrá que disculparnos —Adam se volvió hacía él con una sonrisa—. A ambos nos lastima un matrimonio frustrado, me temo, y Leonie y yo nos dejamos llevar haciendo comparaciones. Seguiremos hablando otro día, Leonie —había una promesa en su voz—: Estoy seguro que tú como esposa debes haber sido mejor que yo.

¿Era verdad? Ella lo dudaba, era tan joven y tan poco sofisticada para hacer frente al trauma de su luna de miel, que no se había esforzado para romper la barrera que se levantó entre ellos por ese motivo, el acto físico le había resultado embarazoso. Entonces, ¿por qué la última noche había sido tan diferente? ¿Tendría Adam razón? ¿La falta de compromiso entre ellos lo hacía todo menos complicado, más fácil de calmar y disfrutar?

Miró hacia arriba para encontrarse unos ojos luminosos sobre ella, percatándose de que él aún esperaba una respuesta.

—No —parpadeó—, no creo haberlo sido.

El le sostuvo la mirada durante interminables momentos, antes de volverse para pedir la cuenta, rompiendo el hilo; su mano le soltó finalmente la rodilla cuando todos se levantaron para salir.

—Y, ¿cuándo cree que la señorita Grant esté lista para trabajar? —pregunto a David de regreso a su oficina.

—El lunes —contestó David con firmeza, ignorando la expresión de desmayo de Leonie—. ¿Le parece bien?

—Perfecto —asintió Adam. Sus labios sonreían triunfantes a Leonie. Ella se volvió a mirarlo.

—Usted deberá, desde luego, abandonar la oficina una vez que empiece el trabajo —le dijo con dureza.

—Comprendo. Pero usted estará supervisando la operación personalmente, ¿no es así?

—Por lo general lo hago —accedió con enfado, sabiendo que debería someterse a varias semanas de trabajo para Adam. Pero si él esperaba algo más del convenio, ¡la iba a pasar muy mal!

¡Cas¡ me haces perder el contrato!

Había estado esperando el reproche de David desde que se separaron de Adam hacía una media hora, pero no hablaron mientras bajaban al estacionamiento y entraban a la privacía de su oficina.

—Toda esa faramalla de no ser eficiente para el trabajo —continuó David furioso—. Pudo haber pensado que sólo contrato a novatos.

—David…
—Y quise que el piso me tragara cuando empezaste a hablar de la "santidad del matrimonio". La vida privada de ese hombre no es de tu incumbencia, Leonie —le dijo con disgusto.
—Yo…
—Y ¿cuánto tiempo te quedaste en su apartamento anoche?
—Yo… ¿de qué hablas? —preguntó ella.
—Los dos parecen muy familiarizados con su vida privada. Yo te he tratado durante los últimos seis meses y ese hombre en una tarde parece saber más de ti que yo —la acusó.
Estaba dándole la oportunidad de decir que Adam era el esposo de quien estaba separada, pero el momento para confesárselo había sido por la mañana, antes de que ella y Adam hubieran actuado como extraños por segunda vez, y de hacer que David se sintiera mal al saberlo. Este jamás le perdonaría si le dijera la verdad ahora.
—Sabía que estabas separada de tu esposo —continuó David forzado—, pero no tenía idea de que estuvieras divorciándote.
Ella se encogió de hombros.
—Es la conclusión usual para ese tipo de errores.
—Pero es que tú se lo dijiste a Faulkner sólo unas horas después de conocerlo.
—Yo… eh… tal vez el hecho de que él esté separado también haya provocado un interés mutuo en el problema —inventó.
—¿Qué tan mutuo? —preguntó David suspicaz y ella lo miró.
—¿Demostré desear verlo de nuevo, aún como profesionista?
—No —reconoció él con lealtad—. Pero no fue sólo porque te sintieras molesta por lo de ayer.
—Creo que nuestros temperamentos chocan —habló con suavidad.
—¿De qué forma?
—De todas formas creo yo —aseveró—. Detesto todo lo que provenga de ese hombre.
—¿Estás segura de que no te insinuó algo?
David se preocupó, aún sin entender.
—Sí —reafirmó ella.
—¿Disgustada porque no lo hizo? —David se veía divertido.
—No creo que esa pregunta merezca siquiera una respuesta —rechazó ella disgustada—. Escucha, sé qué clase de hombre es, David, porque… porque yo estuve casada con uno —admitió con brusquedad. La expresión de David se suavizó al escucharla.
—Lo lamento, Leonie —dijo gentil—. No tenía idea, si crees de

veras que no puedes trabajar con ese hombre...

—Y ¿cómo piensas explicarle el cambio después de asegurarle que yo estaba disponible? —gimió.

—¡Puedo decirle que te rompiste el cuello!

—Sí, creo que va a confiar en ti —devolvió la sonrisa a David—. Pero no voy a permitir que arriesgues el contrato. Me comporto como una tonta, pero sé que puedo manejar a Adam Faulkner.

Cuando volvió a su oficina, había sobre el escritorio otra caja envuelta en celofán de la misma florería. Ella la abrió con dedos temblorosos, era una rosa solitaria hecha de la más fina seda y se veía tan delicada como si acabara de ser cortada del jardín. La tarjeta decía: "esta rosa no se romperá y yo tampoco", no tenía firma, pero Leonie conocía muy bien al remitente.

—¿Un admirador? —Gary le sonrió desde la entrada. Ella se volvió.

—Podría decirse.

Gary entró en la habitación, era unas pulgadas más alto que ella, tenía el cabello rubio y los ojos azul claro. El tocó la rosa.

—Tiene buen gusto —murmuró mirándola a ella y no a la flor.

Siempre había rechazado sus invitaciones, sobre todo porque él estaba felizmente casado desde hacía cinco años. Pero hoy ella no estaba de humor para un flirteo despreocupado.

—Ha sido un día muy largo —dijo ella y volvió a su trabajo.

Sin hacer caso Gary salió de allí. Leonie suspiró enfadada con Adam por ponerla de tal humor y hacer que se hubiera comportado así con un hombre que, aunque flirteaba, siempre había sido amable con ella. Se levantó para dirigirse a ofrecerle una disculpa.

Capítulo 4

Frustrado, ¿no es cierto? —miró triunfante a Harvey mientras éste, asombrado, olfateaba sentado sobre la mesa admirando lo que parecía una flor de sabor delicioso pero que no lo era—. No vas a poder comértela.

Se había llevado la rosa a su casa, muy impresionada por su belleza, no para tirarla como la otra. Y para su deleite se había dado cuenta de que Harvey, quien por lo general acababa con cualquier flor que ella llevara, no tenía interés en el delicado capullo.

—Sal de aquí —le abrió la ventana—. No, no voy a volver a salir esta noche —le dijo al verlo crisparse de mala gana—. Con una vez bastó —le dijo mientras dejaba la ventana abierta.

Miraba ansiosa la rosa mientras trataba de convencerse de que desde el lunes empezaría a trabajar para Adam.

"La segunda rosa... indestructible"... era como una advertencia de que aún pretendía tener una aventura con ella. Por qué no podría él... se volvió con fiereza cuando sonó el timbre, y supo de inmediato quién era... David era su único, su raro visitante y se había ausentado el fin de semana.

—Adam —sonrió resignada, al comprobar que estaba en lo cierto.

—Leonie —habló Adam de pronto, ¿interrumpo?

—Sí.

—¡Oh, Dios! —se acercó hasta ella en la habitación contigua, los jeans ajustados fuertemente a sus caderas y a sus piernas, la sudadera negra que sólo ocultaba la masa de músculos de sus brazos y pecho; recorrió con la mirada el piso vacío, para volver a postrarse en la de ella—. Creí preguntar si interrumpía algo.

—Interrumpes —cerró la puerta con fuerza—, mi privacía.

Sonrió e introdujo sus manos en las bolsas del pantalón.

—No hay nada privado entre nosotros —le dijo, mirándola apreciativamente.

Leonie trató de ver el decorado a través de sus ojos, a sabiendas de que el durazno y crema, y los muebles de respaldos bajos y alfombras esponjadas, no eran del agrado de todos.

—Papá debió permitirte decorar y amueblar la casa después de todo —dijo Adam tranquilo—. Tal vez así no se vería y sentiría como un mausoleo.

—Tú estuviste de acuerdo con la sugerencia cuando dijo que deseaba contratar a profesionales —lo acusaba hiriéndolo. El encogió los hombros.

—Era su casa... Pero no vine aquí a hablar del pasado —gruñó.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —preguntó resentida.

—Vine, por ti. Vas a divertirte —le prometió él, animándola y rió con suavidad—. ¿Tienes pensamientos negativos, Leonie? —se mofó.

—Dejemos mis pensamientos, negativos o no, al margen —dijo ella con agudeza—; no deseo ir a ninguna parte contigo.

—Oh sí, claro que sí —la contradijo de inmediato—. Y tal vez más tarde te lleve allí, pero en este momento voy a llevarte a esquiar.

—¿A esquiar?

—Mmm —asintió él. Ella refunfuñó.

—¿Qué tipo de esquís?

—Bueno, por fortuna de los que nos sostienen de pie —gruñó—. Aunque no pondría objeción si tú caes encima de mí.

—Adam, ¿has estado bebiendo? —lo miró con suspicacia.

El movió la cabeza.

—Simplemente estoy actuando como un...

—Amante —añadió ella resignada.

—Exacto. Los amantes cometen locuras, escapan con frecuencia.

—¿Quién te dijo eso? —se mofó.

—Lo leí en alguna parte —dijo él con humor reprimido.

—Sigues sin decirme qué clase de esquís usaremos —gruñó Leonie.

—Patines de ruedas.

—Pero yo no sé patinar.

—¿Sabes esquiar sobre hielo?

—No —ya no pudo reprimir más tiempo su sentido del humor, mientras Adam la empujaba en dirección al recibidor para recoger su chaqueta—. ¿Y tú sabes?

—¿Sobre ruedas o hielo —arqueó las cejas.

—En cualquiera.

—No —le dijo él feliz—, pero piensa en cuánto vamos a divertirnos intentándolo.

Y se divirtieron. De hecho, ella casi había dominado el deporte al terminar la tarde, mientras que Adam seguía cayendo en posturas ridículas sobre sus glúteos, casi siempre, y ¡eso que él siempre había parecido tan digno!

Este nuevo e irrefrenable Adam era imposible de resistir; se reía de sí mismo y de ella en forma que jamás pensó que podría. Si esta tarde era un ejemplo de su indulgencia, ella no sabría de qué manera poder seguir negándose como amante.

—Voy a entrar —le dijo cuando llegaron al piso, poniéndose muy serio de pronto.

—Adam...

—Quiero verte la mano.

La declaración la dejó perpleja, no era eso lo que ella esperaba en absoluto.

—¿Mi mano? —preguntó incrédula.

—Bueno quiero verte toda —le dijo de prisa—, pero creo que empezaremos por la mano. ¿Crees que no me di cuenta de que algo te molesta? —la reprendió cuando entraba a su casa.

Ella esperaba que no fuera así, pero debió suponerlo. ¡Adam lo notaba todo! La mano le había dolido casi toda la tarde, pero ella había supuesto que era el proceso de cicatrización.

Se quitó la chaqueta, descubriéndose la mano para que Adam la revisara.

—Puedes sentarte si lo deseas —dijo él y se quitó, la chaqueta—. Voy a quedarme un rato más —se sentó en cuclillas frente a ella, irresistiblemente atractivo, y fue muy gentil mientras le retiraba el vendaje y la gasa que la cubrían, para dejar ver una herida demasiado roja e inflamada. Leonie parpadeó cuando él le desabrochaba el puño de la blusa para mostrar que la inflamación se le había extendido a lo largo del brazo.

—Está infectada —balbuceó, mirándola con fijeza—. Tendrás que ir a curarte al hospital, me temo.

—¿No podría esperar hasta mañana?

—Podría, pero, ¿para qué sufrir toda la noche cuando podrías sentir algún alivio al dolor que seguramente sufres? Voy a cambiarte las vendas y después iremos —Adam se puso de pie decidido al percibir su consentimiento—. ¿Tienes botiquín?

—En el baño —señaló la puerta—. Con mi tendencia a accidentarme sería muy arriesgado no tenerlo —añadió.

Adam sonrió.

—No debes sentirte tan mal si haces gala de tan buen sentido del humor. Fue una de las cosas que siempre me atrajeron de ti.

Unas de las cosas, pensó Leonie pesarosa mientras se dirigía al baño. Esa declaración le había recordado con exactitud quiénes eran y el hecho de que estaban en vías de divorcio.

Se encontraba aún en el baño cuando el teléfono empezó a sonar. ¡Dios!, lo había olvidado, era viernes por la noche y no se había percatado de que eran las once y media.

—¿Sí? —levantó el auricular sin sorprenderse en lo mínimo cuando reconoció la voz de quien llamaba, dio un gruñido mental al ver salir a Adam del baño, que se extrañó al verla en el teléfono—. Oh sí —contestó Leonie tranquila—. Qué interesante. Mira, lo siento —se detuvo de pronto al acercarse Adam—, pero no puedo hablar en este momento —dejó caer el teléfono, sonriendo a Adam con optimismo. El la miró con enfado.

—¿Quién demonios te llama a estas horas? —le preguntó despacio.

—Recuerdo que tú lo hacías dos veces durante las dos semanas anteriores a nuestro matrimonio.

—Eso era diferente —disimuló él.

—¿Por qué?

—Porque si no podía estar en la cama contigo deseaba por lo menos hablarte cuando lo estuvieras tú.

—Tal vez quien llamó sentía lo mismo —su voz sonaba aguda ante la ironía de aquella declaración.

—¿Es el dueño de la rasuradora que está en el baño?

—La rasuradora de hombre que está en el baño me pertenece a mí —le contestó resentida—. No sé por qué razón son más baratas y fáciles de encontrar que las llamadas "rasuradoras para dama”, y por favor no preguntes para qué la necesito —lo miró con dureza.

—No lo haré —él hizo una mueca.

—Entonces permíteme decir que no me hace gracia tu intromisión a mi gabinete de baño. El botiquín está junto a él —concluyó.

—Y las tijeras brillan por su ausencia —señaló él con sutileza.

Lo recordaba ahora, las había usado para cortarse una uña rota, y quizá las puso en el gabinete que no debía.

—Bien, no creo que te interese si la rasuradora pertenece a un hombre —le dijo de mal humor.

—Soy un amante muy posesivo —Adam se encogió de hombros.

—No lo eres.

—Así como espero que tú lo seas —continuó tranquilo, la miraba apremiante.

—Ser posesiva no me hizo ningún bien cuando fui tu esposa —le recordó mordaz. El disimuló.

—Ya he admitido que fui un fracaso como marido.

—Y asegurado que eres un amante fantástico —le dijo con sorna.

—Y muy posesivo —añadió entrecerrando los ojos—. Por eso quiero saber quién te llamó a estas horas de la noche.

—Un amigo —dijo— Yo… trabaja por la noche.

—¿Se supone que con ello justificas que te llamen a las once y media de la noche?

—¿Lo dices por la cuenta telefónica? —le sugirió con una mueca por su ineptitud para mentir.

—No es suficiente, Leonie —movió la cabeza—. Quiero saber… —se interrumpió cuando el teléfono empezó a sonar de nuevo, y levantó el aparato antes de que Leonie pudiera hacerlo. Ella palideció, sabiendo que la persona que estaba del otro lado de la línea no se daría cuenta, por el silencio de Adam, que no era ella quien hablaba. Adivinaba cuál sería la reacción de Adam.

—Es muy interesante —estalló de pronto con fiereza—. Escucha, lo que me gustaría hacerte… —sus dientes se apretaron mientras su interlocutor, golpeando su propio receptor con suprimida violencia, le colgaba—. ¿Desde cuando sucede esto? —preguntó con firmeza.

Ella se estremeció, sabía que no podría evitar la respuesta.

—Casi desde que me mudé aquí.

—¿Y cuánto hace de eso?

—Seis meses… más o menos —titubeó.

—Y siempre es tan… tan…

—¿Obsceno? —terminó ella con un suspiro—. Creo que es así como puede llamarse a ese tipo de llamadas.

La primera vez que ella recibió una llamada semejante se había sentido tan mal que casi se enfermó físicamente. Se consideró tan amenazada que fue a hospedarse a un hotel por aquella noche. La segunda se había enfadado tanto, que llamó a la policía. Enviaron a una persona a hablar con ella, pero al final lo único que pudieron aconsejarle fue cambiar su número telefónico. Pero las llamadas continuaban y aún se sentía enferma por las cosas que le decían.

Cada semana, ya sin sentirse amenazada, sabía que recibiría aquella llamada, que quien quiera que llamara prefería insultarla por teléfono y que en realidad no vendría a su casa ni cometería los actos con que la amenazaba.

—¿Has hecho algo al respecto? —Adam se veía irritado, una vena de su mandíbula hacía patente su disgusto.

Leonie tomó aire.

—Ya he cambiado mi número telefónico dos veces, pero de nada

ha servido.

—Ha conseguido tu número dos veces? —gruñó Adam.

—Aunque no viene en la guía —asintió ella.

—¿Cada cuándo llama? —los ojos de Adam se veían empequeñecidos.

—Todos los viernes a las once treinta de la noche. No hay nada que podamos hacer, Adam, y mientras él permanezca del otro lado de ese teléfono, puedo arreglármelas. La verdad, ya se está aburriendo —parpadeó—. Parece que su fantasía se ha vuelto rutinaria.

—Ya lo escuché —dijo él con voz áspera—. Interesante idea, ¿no es cierto? —señaló con desdén.

—Le dije que yo también puedo hacerle una travesura, pero él...

—¡Leonie! —le advirtió Adam furioso—. ¿Nada puedes tomar en serio?

—Pensé que te agradaba mi sentido del humor.

—¡No en algo como eso! —dijo dolido, metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón vaquero—. Ese hombre es un maldito maniático, ¿cómo puedes hacer bromas con eso?

—¿Cómo? —su voz se oyó emocionada—. ¡Voy a decirte cómo! Porque todos los viernes por la noche vivo con el temor de esas llamadas, y todos los viernes por la noche llama sin fallar. En cierto modo es un alivio cuando llama, porque entonces puedo estar tranquila por otra semana. Verás, tengo una teoría —su voz sonaba chillona—, que mientras continúe llamando no se atreverá a venir.

—¿Crees que sepa dónde vives? —interrogó Adam.

—Yo diría que es una pretensión lógica —movió la cabeza—. Si ha podido obtener mi número telefónico tres veces, también podrá conseguir mi domicilio.

—Entonces no puedes quedarte aquí —decidió Adam.

—Oh, claro que puedo —le dijo—. Ya he pensado en mudarme, pero si lo hago, lo sabrá también, así que para qué tomarme la molestia —se encogió de hombros.

—Entonces no puedes quedarte aquí sola —le dijo Adam muy serio.

—¿Estás ofreciéndote como guardaespaldas, Adam? —gimió.

—¿Y si así fuera?

—No necesito, ni quiero un amante permanente.

—¿Ya has reportado esto a la policía?

—No pueden hacer nada. Ese hombre no me amenaza, sólo habla obscenidades.

—Dice que va a violarte.

—¿Y te has puesto a pensar cuántas llamadas de ese género se reportan y se reciben cada año? Puedo decirte que miles —le dijo con disgusto—. La policía no tiene personal suficiente para seguirles el rastro a todos. Me hicieron el interrogatorio usual: que si conozco alguien que desearía hacerme esto, que si reconozco la voz. ¡No, y jamás lo hice! Es todo lo que puedo hacer para dejar de sentirme enferma cuando él llama. Y ahora lo dejamos por la paz, ¿eh? —dijo eufórica.

—Creo que deberías mudarte de aquí —le dijo él con terquedad, endureciendo las mandíbulas.

—No tiene caso hacerlo —suspiró—. Y a excepción de las llamadas telefónicas, y las que van a continuar en cualquier parte que yo viva, me gusta estar aquí. No, Adam, no voy a mudarme —le dijo con firmeza—. Y cualquier día de éstos va a cansarse de esas llamadas.

—Y ¿qué crees que va a pasar entonces?

—Me dejará en paz —simuló tranquilidad.

—En paz… —repitió Adam entre dientes—, y ¿qué tal si decide venir a actuar su fantasía?

—El porcentaje de los que en realidad llevan a cabo lo que dicen es muy bajo —contestó.

—Tú podrías ser una de las víctimas de ese porcentaje. Leonie —gimió—, no pretendo asustarte pero no soporto la idea de que algún maniático te quiera hacer daño.

Le tenía el rostro oculto en su pecho y durante unos minutos ella se permitió el lujo de apretarse contra esa fuerza, de sentirse protegida. Después se volvió a sonreírle con alegría.

—Tal vez el hecho de que hayas contestado tú esta noche lo atemorice —le sugirió con sorna—. No creo que haya sentido la misma satisfacción al decirte al oído a ti todas esas cosas.

—No —acordó Adam muy serio, sacudiéndose con esfuerzos la preocupación—. Esperemos que tengas razón. Y ahora será mejor ir al hospital. ¿Qué demonios fue eso —saltó nervioso al escuchar un ruido en la ventana.

Leonie rió tranquila.

—Es sólo Harvey que quiere entrar —se abrió la ventana para que el atigrado gato pudiera entrar. Adam lo miró con alivio.

—Después de esa llamada mi imaginación está muy alterada —admitió con tristeza, poniéndose en cuclillas para acariciar el brillante pelo del gato mientras Harvey se daba la vuelta para

inspeccionarlo.

—Se supone que acariciar a un gato es bueno para el corazón y la presión arterial —se burló Leonie y Adam se volvió a mirarla.

—Pienso en otra pelirroja a quien preferiría acariciar.

Leonie se rió con pesar.

—Ya sé a quién te refieres.

—¿En serio? —le preguntó—. ¿Alguna oferta? —ella movió la cabeza.

—Creo que con un libidinoso por casa es suficiente, y a juzgar por la cantidad de féminas que esperan a Harvey afuera todas las noches, ¡es él!

Adam sonrió suavemente, olvidando de momento su tensión.

—Este es el mujeriego, ¿no es cierto?

—Exactamente —parpadeó—, tengo la impresión de que la población felina del área va a aumentar durante los próximos meses.

—¿Vas a darle algo más antes de marcharnos?

—Ya le di de comer, sólo ha venido a descansar después de una noche de correrías —se paseó por la habitación para revisar la tela metálica del acuario del pez dorado que se hallaba en el aparador.

—Así que este es Moby —Adam se paró a un lado, mirando al pez que nadaba entre las plantas en el fondo de la pecera.

—Yo creo que a veces molesta a Harvey —sonrió—, como diciéndole "ja ja ja, mira, no puedes atraparme".

—Esta casa está como tú: local —comentó Adam.

—A mí me gusta —contestó ella.

—También a mí —dijo él con voz ronca—. Leonie... —se contuvo mientras ella se volvía—, ¿está empeorando tu mano?

—Me... duele —concedió, pero ni la mitad de lo dolorosa que resultaba la forma casual en que él la tomaba en sus brazos. Lo había estado haciendo toda la tarde, primero en la pista de patinaje, donde aprovechaba cualquier oportunidad que tenía para tocarla, y ahora cuando la situación era mucho más crítica, por la cercanía de su habitación.

En algún momento durante la tarde ella había perdido la noción de que eran adversarios, no amantes. Después de su comportamiento desagradable en la comida ni siquiera debía estar hablando con él, mucho menos haber aceptado salir —lo admitía—, con Adam. Con ese humor irrefrenable, era un poco difícil seguir enfadado, pero en realidad ella no debía estar disfrutándolo.

—¿Nos vamos? —dijo ella de pronto— Es muy tarde, y yo tengo

que salir por la mañana.

—¿Adónde?

Ella lo miró tranquila mientras bajaban las escaleras.

—Siempre visito a Liz y a Nick los sábados por la mañana —le informó despreocupada—. A Nick le parecería extraño si no hago ningún esfuerzo por visitar a mi sobrina.

—¿Y Liz?

—Estoy segura de que sabes perfectamente la razón por la que no es fácil para mí llevarme con ella —le aspetó, deteniéndose un poco mientras salían—. Gracias por esta hermosa noche, Adam —le dijo—. Aunque no sepa esquiar como ya viste.

—Voy al hospital contigo.

—No soy una niña —dijo con brusquedad ante su arrogancia—. Yo puedo irme sola al hospital.

—¿Ir conduciendo hasta allá?, ¿con una sola mano?

Ella se sonrojó ante aquella verdad. A diferencia de su auto, el de ella no era automático. Necesitaba definitivamente dos manos aptas para conducir, y no podía usar una de ellas.

—Puedo tomar un taxi.

—Como te dije ayer, no a estas horas de la noche, no tú. Sobre todo ahora que sé que anda por allí un pervertido sexual con los ojos puestos en ti —agregó solemne.

Dios, había sido tan sólo ayer cuando ella y este hombre habían compartido tanta pasión, aunque ella sabía que este Adam era diferente del otro con el que ella no había podido seguir conviviendo. Este Adam tenía el poder de la seducción, que él no tenía aversión de usar siempre que ella se hacía la difícil, lo cual era en la mayor parte de las veces.

El se hizo cargo por completo cuando llegaron al hospital, declarándose a sí mismo su esposo mientras se instalaba a su lado para observar cómo le limpiaban la herida, le daban unas tabletas para prevenir la infección y otras para el dolor.

Este se parecía más al Adam del que ella se había enamorado por primera vez, y mientras salían juntos del hospital había decidido aclararle, de una vez por todas, cuál era exactamente la posición de la relación que él pretendía.

—Acepté tu oferta de traerme al hospital, pero eso es todo —le dijo duramente.

—Pero, ¿de qué hablas? —le preguntó con fingida inocencia mientras le abría la puerta del auto, reuniéndosele con rapidez al acomodarse tras el volante.

—Hablo de que no vas a pasar la noche conmigo.

—¿Te pregunté si podía?

—Adam —suspiró—, puede ser que ya no viva más contigo, pero sé que tú no eres un hombre de los que piden, tú tomas.

—Te tomé porque no ibas a darte espontáneamente.

—Y no iba a hacerlo, porque mientras más te conociera más tomarías.

—Deseaba hacer mía a mi esposa. No lo considero malo. La mayoría de las mujeres se quejan de que sus esposos no les prestan la atención debida en la cama.

—El acto sexual no me proporciona el mismo placer que a ti —le dijo.

—Pero eso va es secundario, ¿no crees? —razonó tranquilamente—. Anoche exigías igual que otorgabas.

Se ruborizó a la sola mención de sus respuestas la noche anterior

—Anoche yo también te deseé —admitió—. Quería saber si podía responderte.

—Y lo hiciste.

—Sí.

—Entonces no hay problema ¿o sí? —preguntó Adam.

—Sí, hay un problema —le dijo enfadada—. El problema eres tú, Adam, no puedo negar que lo de anoche fue un éxito, pero no deseo repetirlo. No quiero trabajar para ti, no quiero estar contigo.

—Lástima, el contrato ya está firmado. Y por lo que a mí respecta, tú también disfrutaste anoche, ¿no es cierto?

—Pero no eras tú, Adam —protestó con impaciencia—, eres el hombre que ahora posee un imperio.

—Algunas compañías —la corrigió con suavidad.

—No importa cuántas —suspiró ella—. Eres rico, con éxito, sofisticado, no eres realmente el hombre que me llevó a esquiar anoche.

—¿Entonces quién era él? —le preguntó Adam tranquilo.

Y Leonie no podía contestarle. El hombre con el que había pasado la noche e ido a la cama, era uno que podía gustarle demasiado. Y ella no deseaba que así fuera, sabía que si alguna vez le gustaba en realidad Adam, más que tan sólo estar enamorada de él, sería su perdición.

—Te veré a las nueve y media el lunes por la mañana —le dijo cuando se despidieron en la puerta—. ¿Estás segura de que no tendrás problemas tú sola?

—Mi mano ya está bien.

—No pensaba en tu mano —dijo muy serio.

—¿Las llamadas telefónicas? —se dio cuenta, moviendo la cabeza—. El sólo llama una vez a las once y media los viernes por la noche.

Y sólo hasta que se hallaba en su cama, con Harvey acurrucado a su lado, se percató que por primera vez desde que empezaron las llamadas ella no se había preocupado por la de aquella noche, estaba tan fascinada con Adam que se había olvidado por completo de aquello.

Capítulo 5

Liz estaba tan bella como siempre. No, más hermosa. Desde que Emma había nacido hacía tres meses, Liz poseía un resplandor interno de belleza que hacía resaltar su ya obvia hermosura física. Su cabellera rubia, muy corta ahora por propia conveniencia, se veía atractivamente estilizada sobre su cabeza, porque disponía de menos tiempo para esmerarse en su apariencia ahora que tenía un bebé a quien cuidar. Sus ojos enormes de color avellana se veían a veces más verdes que cafés, brillando con la felicidad que sentía ahora en su nuevo papel; tenía la boca curvada en una sonrisa perpetua y su figura había recuperado su elegancia de sílfide.

Sí, para un extraño Liz parecía la esposa y madre perfecta, exitosamente feliz en ambos papeles. Y si Leonie no hubiera visto a su hermana con cuatro meses de embarazo en brazos de Adam, ella misma se hubiera engañado con aquella imagen.

Pero ella la había visto así, la había escuchado sollozar cuando estaban juntos. Adam había levantado el rostro y visto la cara afligida de Leonie cuando ésta los contemplaba desde la entrada, pero no fue a buscarla de inmediato, se quedó abrazando a Liz que seguía llorando.

Cuando Adam volvió a la casa después de una hora, Leonie tenia ya sus maletas hechas y sólo esperaba que llegara el taxi que la conduciría a un hotel, hasta que decidiera qué hacer con su vida ahora que su matrimonio se había terminado. El Porsche que Adam le obsequió cuando volvieron de su luna de miel estaba estacionado frente a la casa, las llaves puestas sobre la mesa para que Adam las recogiera, todos los trajes que él le había comprado seguían colgados en el guardarropa. Ella no quería nada de lo que él le había dado.

Había intentado razonar con ella, explicarle lo que había visto, pero ella sólo deseaba la respuesta a una sola pregunta: ¿se había acostado con Liz? La culpabilidad de su rostro era una respuesta afirmativa. No se trataba de que ella pudiera culparlo por eso, Liz era una mujer muy hermosa, lo que no podía perdonar era el hecho de que la hubiera involucrado en aquel triángulo miserable.

Ella había abandonado a Adam, pero Liz aún permanecía con Nick, adorando ambos a la hermosa chiquilla que habían creado entre los dos. Pero Leonie se había preguntado cuánto podía durar

aquello; en cuanto Liz considerara que había compartido a Emma con Nick lo suficiente, volvería con Adam. Lo peor de todo era pensar cómo reaccionaría Nick al saber que su esposa había dejado de amarlo, que se había quedado con él sólo porque esperaba a su hijo. Nick adoraba a Liz, había estado presente en sus vidas desde que Leonie podía recordarlo. Su amor por Liz era evidente en todo lo que hacía.

Nick no era un hombre atractivo, pero era fuerte, tanto física como mentalmente. Había cumplido ya los cuarenta años, pero se conservaba admirablemente bien, su pelo rubio salpicado de plata le daba un aire distinguido. Cuando los padres de ellas murieron, él hizo las veces de hermano mayor, y se quedó extasiado cuando Liz aceptó su proposición.

Leonie deseaba que hubiera algo que ella pudiera hacer para evitar el dolor y la desilusión que sentiría cuando Liz se cansara de jugar a la casita y decidiera dejarlo, pero por ahora él era feliz, ¿para qué terminar con aquella felicidad desde ahora?

—Te quedarás a comer, ¿no es cierto Leonie? —Nick se volvió a sonreírle.

—Eh... no... no lo creo —se negó, hasta esta visita de dos horas a la semana la encontraba como una pesada obligación.

El sonreía abiertamente, con Emma en sus brazos.

—Puedo asegurarte que los platillos de Liz han mejorado desde que está todo el día en casa —prosiguió él.

—Sólo por eso, Nick Foster, puedo decidir no cocinar para ti el domingo —Liz fingía estar ofendida, pero no podía evitar sonreír.

—No vas a hacer eso a un muerto de hambre —protestó Nick.

—Parece que estuvieras muriendo de inanición, —contestó Liz señalando el físico musculoso de su esposo.

—Tu mamá insinúa que he aumentado de peso —comentó Nick a su hija su indignación ante tal sugerencia.

—Ella no insinúa nada —rió Liz suavemente quitándole al bebé —. Te lo diría si así fuera. No puedo haberte hecho florecer con sólo unos meses de matrimonio —empezó a alimentar a Emma

No había nada más natural que una mujer con un bebé en su pecho, y aun así, la visión de Liz y Emma juntas de aquel modo hería profundamente a Leonie. Ella había sugerido a Adam que tuvieran un bebé, esperaba que eso los uniera más, que le daría a ella confianza en sí misma como mujer, ya que había fracasado tan amargamente en su relación física. Pero Adam había declinado la idea, le había dicho que tener un hijo no estaba entre sus planes

futuros. Sin duda un pequeño con Liz hubiera sido algo muy diferente.

Se mantenía en pie con terquedad, incapaz de aceptar nada más.

—De veras, tengo que marcharme ahora.

—Pero si acabas de llegar —Liz frunció el ceño.

—Yo... me duele la mano —no mentía en realidad, sí le dolía, a pesar de los calmantes que estuvo tomando.

—¿Cómo te sucedió? —Liz se veía preocupada.

—Es sólo otro más de mis pequeños "accidentes".

Nick le sonrió amable.

—Me alegra que nunca me hayas ofrecido un seguro de vida, me hubiera molestado no aceptarlo de mi cuñada, por representar un grave peligro para mí.

Ella le devolvió la sonrisa.

—No creo que hubieras podido tener la prima, de todos modos.

—Antes no hablabas con tanto pesimismo —su sonrisa se volvió clara ante la observación de su hermana.

—No —ella lo reconoció apenas.

—Recuerdo que Adam solía tener un afecto negativo sobre ti, —musitó Liz—. ¿Has sabido algo de él?

—Lo vi ayer, a propósito —replicó presurosa—, se ve bastante bien.

—Siempre lo está —observó Liz con afecto—. ¿Ya han resuelto sus dificultades los dos?

La mirada que Leonie lanzó a su hermana era mordaz, por no decir otra cosa.

—Jamás lo haremos —dijo torpemente, sabiendo que Liz debía estar más consciente de ello que nadie—. Nuestro matrimonio se acabó.

—Lo siento, lo supuse porque ayer se vieron.

—Voy a trabajar para Adam por algunas semanas, nada más que eso —dijo.

Los ojos de avellana se abrieron desmesuradamente.

—¿Te ha contratado Adam para trabajar con él?

—Sí —le espetó—. Tal vez como esposa sea un fracaso, pero como diseñadora de interiores soy un éxito.

Liz parecía sorprendida por su amargura.

—De eso estoy segura, sólo que me parece un arreglo extraño.

—Ni la mitad de extraño que el otro que me ha sugerido —se encogió de hombros—. Adam no es un hombre al que le importe la apariencia de las cosas. Y yo tengo poco que decir al respecto,

David es quien decide.

—¿Cómo está David —preguntó Nick con interés.

—Muy bien —ella enfocó su atención en este asunto de manera más bien neutral, miraba agradecida a Nick, dándose cuenta, por la compasión que podía ver en sus ojos de azul profundo, que él comprendía que prefiriera no hablar de Adam. Ella llevó a David a cenar con Liz y Nick una noche y le resultó el amortiguador perfecto que necesitaba para ayudarse a pasar una velada con Liz. A la pareja, David le cayó de maravillas de inmediato.

—Tú lo ves con frecuencia, ¿no es cierto? —dijo Liz con familiaridad. Leonie se puso muy seria y resentida.

—Trabajo para él —le recordó con aspereza.

—Quise decir socialmente, tonta —le reprochó su hermana.

—Lo veo en ocasiones —le dijo— ¿Acaso tú ves a Adam? —la desafió.

¿Era su imaginación o Liz de pronto puso demasiada atención en alimentar a Emma?

—Algunas veces —repitió Liz distraída, viendo a la nena.

—Vino a cenar la semana pasada. A propósito —se apresuró Nick a decir—, es extraño que no mencionara que pensaba verte.

—Quiso darme la sorpresa —su voz era aguda—. Y lo logró, definitivamente.

—Debe haber sido —asintió Liz.

—En verdad debo marcharme —les dijo Leonie decidida—. Los veré la semana próxima.

Nick le acompañó hasta la puerta, Liz seguía atendiendo a Emma. Leonie se sentía aliviada de poder salir, detestaba aquellas visitas forzadas, segura de que Liz y ella estaban conscientes de la razón por la que ya no podía llevar un nivel de vida social y de cortesía.

Sin duda alguna, saber que iba a ver a Adam a primera hora de la mañana hizo que el fin de semana pasara muy rápido. Pero por lo menos él no le hizo una visita sorpresa durante aquellos dos días, ella esperaba que lo haría, y sintió una especie de anticlímax al no llegar Adam.

Su mano mejoró mucho para el lunes por la mañana, la línea roja de infección en el brazo había desaparecido.

—Cielos, ¿quién podrá ser? —murmuró cuando sonó el timbre de la puerta mientras se cepillaba los dientes y tomó el camisón de seda para ponérselo sobre el sostén y las pantaletas.

—¿Eso es crema dental o te lavaste la boca con jabón? —Adam

la miró tozudamente.

El color ruborizó sus mejillas al darse cuenta de que había olvidado quitarse la crema de la boca con la toalla de mano.

—¿Qué haces aquí? —dijo ella sin gracia.

—Necesitas que alguien te lleve al trabajo, y vine a hacerlo.

Leonie lo siguió hasta el recibidor, gesticulando mientras Harvey caminaba con pereza delante para frotarse en el pantalón de Adam, dejando sus pelos brillantes en la tela café oscuro.

—Puedo ir sola a trabajar —le dijo.

El hizo un ademán mientras ella movía el dedo con libertad para probar su punto de vista.

—Se supone que debes descansarla.

—Lo hice, lo hago —agregó impaciente—. Ya estoy mejor, tal vez no me crees y quisieras inspeccionarla tú mismo, —lo desafió.

—Puedo ver desde aquí que está lista para trabajar —dijo sin inmutarse, poniéndose confortable en un sillón—. ¿Tuviste un buen fin de semana?

—¿Y tú? —le preguntó ella.

—Muy bueno —asintió—. ¿Visitaste a Liz?

—Sí —apretó los labios.

—¿Cómo está?

—¿No lo sabes?

—Si lo supiera, ¿te lo preguntaría? —dijo con suavidad.

—Probablemente —rezongó Leonie—. Después de todo, tienes que guardar las apariencias. Es Nick el que me aflige, él ni idea tiene ¿verdad? —añadió con disgusto.

—Leonie, no sabes lo que estás diciendo, así que mejor no sigamos ¿eh? —aún se comportaba con cortesía.

—Sé que vivías una aventura con mi hermana cuando estuvimos casados.

—Sabes que fui a la cama con ella, que no es lo mismo.

—Por supuesto que es lo mismo.

—No —el movió la cabeza, sus ojos se entrecerraron—. Y un día de éstos vas a querer escuchar la verdad. Mientras tanto quisiera concentrarme en nuestra aventura.

—Yo...

—¿Qué tienes para desayunar esta mañana?

—Pan tostado y café —contestó como autómata.

—Pan seco y café negro —repitió él poniéndose de pie—. Un peinado sofisticado es para mejorar, Leonie, pero la pérdida de peso, no —le dijo mientras se dirigía a la cocina. Leonie lo siguió.

—¿Qué piensas que estás haciendo? —le preguntó al tomar él la mantequilla, ya había sacado la leche y los huevos del refrigerador.

—Preparo nuestro almuerzo —contestó sin darle importancia.

—¿No has desayunado? —él negó con la cabeza.

—Quise esperar para hacerlo contigo.

—Pero te dije que ya desayuné.

—Basura —decidió. Batió la leche con el huevo—. Ve a terminar de vestirte y después vienes a desayunar.

—Adam...

—Te prefiero como antes de tu dieta —su mirada era firme.

—Así que pretendes engordarme —protestó.

—Esa es la idea —asintió—. Apresúrate a vestirte, Leonie, los huevos estarán listos en unos minutos.

—Llegaré tarde al trabajo.

—Soy tu primera cita, y no me importa si llegas tarde —señaló con una sonrisa—. Anda, apúrate —le dio una sonora palmada.

Leonie le lanzó una mirada fiera antes de salir de la cocina. ¿Cómo pudo ignorarla todo el fin de semana y después volver tranquilamente aquí esta mañana e intentar hacerse cargo de su vida de nuevo?

—Muy bien, muy profesional —Adam la aduló cuando volvió con él a la cocina—. Ahora quítate la chaqueta y ponla sobre esa silla con la mía, quiero desayunar con una amante, no con una mujer de negocios.

La había apartado con efectividad de su línea de defensa. Se había puesto un formal traje color avena y blusa café, en un esfuerzo por permanecer distante de la situación que él estaba tratando de crear. Pero él se había desabrochado la chaqueta y el cinturón y se mostraba varonilmente atractivo. Y ya sin la chaqueta ella, se les veía como cualquier pareja desayunando antes de salir a trabajar.

—Eso está mejor —Adam repartió los huevos revueltos en dos platos, poniéndolos sobre la mesa con la canasta de pan tostado y la olla de café. Sirvió sendas tazas para los dos, mientras se sentaba enfrente de ella, poniéndole leche y azúcar al de Leonie.

—No...

—Sabes que adoras la leche y el azúcar en tu café —dijo al agregar neciamente otra cucharada.

—Pero no me hace bien —parpadeó—. Adam, no puedo tomar eso —protestó, mientras él untaba mantequilla a un pan tostado para ella.

—Yo te voy a alimentar —le dijo con voz ronca, sosteniéndole el pan frente a la boca.

—¿Hacen algo más los amantes? —dijo irritada.

—Siempre —murmuró él.

—Acabo de ceder todos mis vestidos talla catorce al bazar de caridad, —agregó implorante.

—Entonces te compraré nuevos, —dijo él. Y abrió desmesuradamente los ojos ante la declaración arrogante:

—Eso no voy a permitirlo.

—Tan independiente como fiera —le sonrió Adam—. Come, Leonie la sonrisa no abandonó su rostro, pero su tono era firme.

La mirada de ella era furiosa y al morder un pedazo de pan saboreaba cada migaja. Había pasado tanto de que se permitió el lujo de tomar mantequilla, pero después de probarla ahora con el pan tostado, le fue más fácil tomar los huevos revueltos y el café con azúcar.

—¿Por qué no te dio ella de almorzar? —gruñó.

—¿Ella?

—La mujer con la que pasaste el fin de semana.

—Ah, ¿con que ella? —asintió él y levantó una de sus manos para entrelazarle los dedos—. Pasé, el fin de semana en juntas de negocios, Leonie —le dijo con reproche.

—¡Así se les llama ahora! —lo miró, mientras Adam se negaba a soltarle la mano.

—¿Te molestaría que hubiera pasado esos días con otra mujer?

—¿A ti te molestaría que yo los hubiera pasado con otro hombre?

—Como si me clavaran un puñal —contestó sin meditarlo.

—¿De veras pasaste el fin de semana trabajando? —preguntó desconcertada.

—Sí.

—¿Por qué?

—Para poder tener tiempo de dedicarme esta semana a mi bella amante —contestó.

—¿Y lo pasaste solo?

—Con mi asistente personal...

—Ah...

—Jeremy —apuntó al fin— me acompañó.

—Entiendo —se mordió el labio inferior—. También yo pasé el fin de semana sola.

—Lo sé —asintió, levantándose para sacudirse los restos de la

comida, antes de volver a ponerse el cinturón y la chaqueta.

—Si todavía tienes quien me siga... —Leonie lo miró.

—No es así —le extendió su chaqueta.

—Entonces, ¿cómo supiste que pasé el fin de semana sola?

—Harvey me lo dijo.

—Adam —le advirtió con dificultad. El la encaminó hasta la puerta.

—El único hombre que has estado viendo desde que nos separamos es David Stevenson, y él mencionó en la comida del viernes que saldría este fin de semana.

—Oh —ella lo miró resentida al salir a la calle; el BMW se hallaba estacionado tras el suyo, el rústico y anaranjado VW. La diferencia entre sus autos reflejaba la que había entre ellos mismos, Adam, un hombre de caviar y salmón fresco, Leonie, de pescado y papas del McDonalds—. Te veré en tu oficina —le dijo con torpeza.

—¿Leonie? —lo asombró su salida repentina.

—Ya se nos hizo tarde, Adam —señaló cansada—. Y mi auto no tiene un motor muy confiable —abrió la puerta.

—¿Es tuyo? —la emoción matizó la voz de Adam, caminó hasta el VW, y tocó una de sus salpicaderas casi con reverencia—. Yo tenía uno idéntico, lo conservé casi hasta que se desintegró —se rió recordarlo—. Tuviste suerte de encontrar éste en tan buenas condiciones.

—Adam, el auto tiene diez años. Y ¿cuándo fue que tuviste un peligro rodante como éste? —se mofó.

—Cuando estudiaba en la universidad. Papá quería que me comprara algo de más prestigio. Pero yo había trabajado en un bar por las noches para comprármelo y no iba a cambiarlo.

Sabía perfectamente lo que ella sentía por aquel auto rústico. Le había obsequiado el Porsche durante su matrimonio y no cabía duda de que era fantástico, pero aunque ella se quejara y se fastidiara por la poca seguridad del VW, no lo cambiaría por el Porsche a ningún precio.

—Te veré en tu oficina —le repitió ella, subiendo al auto.

Haciendo un ademán despreocupado con los amplios hombros, Adam volvió a su BMW, se sentó y esperó pacientemente a que arrancara el auto de ella. Como siempre el VW dio problemas y Leonie se sentía demasiado molesta cuando la máquina dio señales de vida, deteniéndose al instante para tener que comenzar el proceso de encendido de nuevo.

La señora Carlson levantó las cejas interrogante cuando entraron

ellos juntos a la suite del último piso, y Leonie se ruborizó por lo que la mujer debía estar pensando. Los había visto por última vez cuando se dirigían a comer el viernes. Estaba segura de que la secretaria imaginaba que habían pasado el fin de semana acompañándose.

—El señor Spencer lo espera en su oficina —informó a Adam con frialdad, sin aprobar obviamente la relación jefe—secretaria, aunque empleada indirectamente.

—Gracias, Stella —dijo Adam—. ¿Puede traer café para tres? —pidió con arrogancia al tiempo que acompañaba a Leonie a su oficina.

En la entrada se encontraba un joven, su sonrisa era tierna y amigable al mirar a Adam, pero se enfrió ligeramente al mirar a Leonie, y observarla con crítica.

Adam se encontró su mirada interrogante.

—Leonie, él es Jeremy Spencer, mi asistente personal —lo presentó tranquilo—. Jeremy, ella es Leonie Grant, la joven que va a transformar estas oficinas en algo muy confortable.

Leonie estaba consciente de la mirada de asombro sobre ellos. Ella y Jeremy continuaban viéndose uno a otro con ojo crítico.

—Señorita Grant —Jeremy Spencer no intentó estrecharle la mano—. Espero que no intentes hacer cambios muy bruscos, porque creo que esto refleja a Adam ni más ni menos.

Ella miró la austeridad de la alcoba y reconoció que le hacía falta luz, que tal vez iría bien con el hombre con el que se había casado, pero no con el Adam que ahora conocía, no con el Adam que era su amante.

—Es muy... masculino —reconoció.

Jeremy Spencer se volvió a Adam.

—Traje estos contratos para que los firmes.

Leonie fue ignorada por los dos hombres durante los siguientes diez minutos que discutieron sobre el contrato que obviamente habían decidido el fin de semana, no era capaz de resistir compararlos mientras se inclinaban sobre el escritorio. Jeremy Spencer no la atraía en absoluto.

El inclinó la cabeza hacia ella, con torpeza, cuando tuvo que marcharse, y Leonie apenas pudo contener la risa hasta que la puerta se cerró tras él.

—Por Dios, Adam. ¿Qué demonios te hizo emplearlo?

Adam no le dio importancia.

—Es inofensivo. Y ahora ven acá, todavía no nos hemos dado el beso de buenos días —la atrajo presuroso.

—¿Crees que debamos? —se detuvo burlona.

—Por supuesto, después de un fin de semana sin vernos no deberíamos ni siquiera soltarnos la mano.

—¿Entonces cómo es que ha sucedido? —se mofó.

—Después de la forma en que me saludaste esta mañana, tenía miedo de tocarte y no soltarte hasta comerte a besos.

—Tú no tienes miedo de nada, jamás lo has tenido.

—Tengo miedo de que si no me besas, voy a incendiarme de deseo por ti —gimió.

La respiración se le cortó en la garganta a ella y echó la cabeza hacia atrás para recibir su beso, sus labios se abrieron bajo los de él, sus brazos se movían en la cintura de Adam, bajo la chaqueta. Lo sentía tibio y sólido, su mandíbula olía a suave lima.

—Adam, olvidé… oh… —un Jeremy Spencer asombrado estaba de pie en la entrada, mirándolos con incredulidad.

—Sí, Jeremy, ¿qué pasa? —la voz de Adam era suave y sostenía a Leonie en sus brazos.

—Yo… eh… olvidé que me firmaras estas cartas —Jeremy ignoró a Leonie al poner las cartas sobre el escritorio de Adam—. No supuse que podría interrumpir, algo… —agregó.

Adam le cerró el ojo, advirtiéndole:

—Nada que no pueda continuarse cuando tú te hayas marchado —dijo—. Después las firmaré —añadió con lentitud, mientras el joven desaparecía de su vista.

—Lo dejaste boquiabierto —reprobó Leonie. Adam frunció el entrecejo.

—Eso no es nada para lo que él acababa de hacerme.

Ella sonrió con suavidad ante su malestar obvio.

—Se te pasará.

—Tal vez, por un rato —agregó previsor—. Pero sólo será un retraso, Leonie, no un indulto.

—No es hora de posponer nuestros negocios, tengo otros clientes aparte de ti, tú lo sabes.

—Nada que no pueda esperar —dijo él turbado—. No tengo intenciones de discutir hasta que haya recibido mi beso de buenos días con el sentimiento debido.

—Eso es chantaje —protestó ella.

—Terrible, ¿verdad? —Adam sonrió, no parecía arrepentido.

—Los amantes tienen el mismo poder físico —le advirtió ella

mientras se refugiaba en sus brazos e iniciaba el beso. Esta vez ella movió la boca eróticamente contra la de él, sintiendo el acelerado latir de su corazón bajo la mano, moviéndose con sensualidad contra él, mientras gemía y se retorcía de placer al sentir que él le acariciaba el pecho.

—Buenos días, Adam —lo saludó con la voz ronca.

El dejó escapar un suspiro.

—Fue con el debido sentimiento —dijo con pesar.

—Lo pensé —ella sonrió.

—Lo disfrutaste, ¿no es cierto? —sus ojos se empequeñecieron.

—Inmensamente —asintió ella.

—Hmm —murmuró él—. Y ahora vamos a elegir la decoración de esta oficina.

Las decisiones tornadas sobre colores y materiales la hicieron volver a su oficina y empezar el orden y el arreglo, la fase que a Leonie le agradaba más, aparte del resultado final, desde luego.

—A comer, es hora —Adam se puso de pie, decidido, mientras ella recogía los muestrarios.

—Espero no haberte demorado —ella gesticuló. Era después de la una.

—Hablo de comer los dos —se puso él la chaqueta—. Juntos —añadió en seguida.

—Oh, por lo general no salgo a comer…

—Te estoy atiborrando, recuerda —cerró su cartapacio y lo levantó, tomándola a ella del brazo con la otra mano.

—Aún estoy llena con el almuerzo —protestó mientras salía del ascensor, ruborizándose al percatarse de que la señora Carlson había escuchado su protesta—. Ahora debe tener una idea completamente equivocada respecto a nosotros.

—Correcta —la corrigió él sonriendo.

—Mi auto —protestó ella al ver que la guiaba al BMW.

—Puedes regresar por él.

—No he olvidado lo que pasó la última vez que intenté hacerlo —lo miró furiosa.

La única respuesta de él fue una sonrisa burlona.

Leonie no habló durante todo el trayecto al restaurante, resentida de su gran solicitud, sintiendo como si todas las decisiones ella las sugiriera desde que estaba en su compañía. Había disfrutado su independencia durante los últimos ocho meses, no necesitaba que él manipulara su vida por segunda vez. El…

—Vamos, soñadora —la reprendió Adam, quien le había abierto

la puerta y esperaba que se le reuniera.

Ella salió muy resentida.

—No estaba soñando. Yo... Adam, esto no es un restaurante.

—No, no es un hotel —reconoció guiándola hasta el lujoso recinto.

—Pero aquí no van a servirnos —le musitó con firmeza.

—Por supuesto que lo harán —le dijo.

—No...

—¿Has escuchado hablar del "servicio en su cuarto”? —se burló mientras la guiaba hasta la recepción.

—¿Cuarto?... ¡Adam! —ella se detuvo sorprendida.

—Hice que nos reservaran un cuarto para esta tarde.

Capítulo 6

—¿Que hiciste qué? —carraspeó incrédula, viéndolo con una mezcla de horror y fascinación.

—Reservé una habitación en este hotel para pasar la tarde —le repitió con suavidad.

Leonie miró a su alrededor, segura de que todos sabían que estaban allí para pasar una tarde de amor ilícito, pero nadie parecía haberse percatado de su presencia.

—Adam, no puedes hablar en serio —murmuró.

—Es en serio, de veras.

—Pero yo... nosotros... pensé que sólo las personas casadas se refugiaban en hoteles durante las tardes.

—Nosotros somos casados.

—Me refiero a las personas que no están casadas entre sí —ella lo miraba con frustración—. Seguro tienes tu apartamento para este tipo de cosas.

—No sé a qué te refieres con "este tipo de cosas”. Tengo mi apartamento para vivir en él.

—Pero allí me llevaste la última vez —le dijo desesperada al notar que una de las recepcionistas los miraba con curiosidad.

—Pero, ¿no es más excitante? —le preguntó.

Era excitante, nadie podría negarlo. Se sentía deliciosamente ebria.

Pero no podían simplemente desaparecer, ambos tenían responsabilidades.

—Adam, tengo que volver al trabajo, y tú también.

—Ya te dije, intento dedicarme a mi huidiza amante, cancelé todas mis citas esta tarde para poder pasarla contigo. También avisé a Stevenson que te tendría ocupada todo el día —acordó.

—Oh Adam, no es verdad —musitó—, estoy segura de que David tendría curiosidad de saber en qué podías necesitarme durante todo el día si sólo íbamos a discutir sobre materiales y colores.

—Es verdad —le dijo Adam presuroso—. Y esa necesidad se está volviendo incontrolable —señaló con mordacidad.

—Me siento avergonzada sólo de encontrarme aquí —murmuró.

—Vamos, señora Smith —se rió mientras le tomaba la mano con firmeza entre la suya y caminaba hasta la recepcionista—. ¿0

preferirías ser la señora Brown? —hizo una pausa con su pluma en la tarjeta de registro.

—Preferiría marcharme —gimió descontenta.

El movió la cabeza y llenó el formato antes de entregarlo a la recepcionista.

—Buenas tardes, señor Faulkner —la hermosa y joven recepcionista saludó después de ver la tarjeta—. La suite nupcial ha sido preparada según sus instrucciones —continuó con amabilidad —. Y si llega a necesitar algo más, por favor no vacile en llamar —le entregó una llave.

—No será así —dijo él con cortesía, tomando la llave sin ver a Leonie, que se habría marchado en cuanto la otra mujer mencionó la suite nupcial.

—¿Traen equipaje? —preguntó la recepcionista.

—Lo traerán más tarde —le dijo Adam tranquilo—. El aeropuerto es un desastre.

—¡Oh!, qué contratiempo para usted —dijo la joven con pesar.

—Demasiado —sonrió Adam—. Vamos, querida —apresuró a Leonie que se hallaba aturdida a su lado—. Sé que desearás descansar después del terrible día que hemos tenido.

—Adam, ¿cómo pudiste? —le preguntó tan pronto como las puertas del ascensor se cerraron despacio tras ellos.

—Con una llamada telefónica —la confundió deliberadamente.

—Me refiero a que cómo pudiste decir a esa mujer que acabamos de casarnos —lo acusó—. ¿Qué piensas decirle cuando el equipaje no llegue y tengamos que marcharnos en unas horas?

Adam abrió la puerta señalada como "suite nupcial, empujando la puerta abierta para que ella entrara.

—Podría inventar que me dejaste —dijo sin pesar.

Leonie estaba demasiado absorta en la belleza de la suite como para detectar el lado áspero de la verdad de sus palabras. Hermosos floreros llenaban todos los rincones visibles, la decoración clásica parecía de un toque irreal, de ensueño.

—¡Oh Adam, es hermosa! —le dijo agitada.

—Aún no has visto lo mejor —le aseguró conduciéndola hacia la alcoba.

—Adam, ya sé cómo son las alcobas —se ruborizó ante la urgencia de él por ocupar la enorme cama matrimonial.

—No sólo la alcoba —murmuró él, abriendo la puerta contigua.

La alcoba era tan grande como el sofá, dos muros cubiertos totalmente de espejos, y un enorme baño hundido dominaba la

habitación. Pero no fue aquello lo que llamó su atención, champaña, ella ya estaba intoxicada sin ella.

—¿No está un poco fuera de lugar en un baño, Adam? —preguntó.

—Demasiado —dijo él, inclinándose para abrir el agua del baño.

—Champaña a un lado del baño está apenas a tono con la modestia de una pareja de recién casados —dijo sin pensarlo, preguntándose lo que el administrador de aquel hotel se habría imaginado de aquellas "instrucciones" de Adam—. Oh Adam —su grito de sorpresa era una mezcla de desesperación y de emociones encontradas—. Es un *jacuzzi* —observó mientras la profundidad del agua hacía espuma y giraba al toque de un apagador.

—Creo haber llamado a todos los hoteles de Londres para encontrar una suite nupcial que tuviera *jacuzzi*; la mayoría opina que los novatos aún no están preparados para compartir un baño.

—¿Por qué Adam? —su voz se escuchaba grave.

—Bueno, supongo que pensaron que la novia y el galán estarían un poco cohibidos como para empezar...

—No es eso, Adam —habló tranquila—. ¿Por qué has hecho todo esto? —no se había dado cuenta al principio, había estado tan fascinada con la idea de una tarde en la cama con Adam como para notar las similitudes de su fracasada luna de miel. Cierto era que no se habían hospedado en un hotel entonces, pero la mansión de Adam en las Bahamas también había estado llena de flores a su llegada, una botella de champaña fría en la alcoba, un *jacuzzi* en el baño contiguo.

Esa noche ella se había sentido molesta, sus inhibiciones ante la idea de compartir el baño con Adam, la hacían sentir avergonzada por mostrar su cuerpo con tanto descaro.

—Tenemos que mandar algunos fantasmas a dormir —Adam se puso de pie al ver los recuerdos dolorosos asomando en las profundidades de los ojos color verde botella,

—No así —movió la cabeza, los recuerdos eran demasiado vívidos para ser rechazados.

—Así precisamente —asintió él con firmeza, tomándola en sus brazos—. Jamás debí casarme contigo —le murmuró—. Cualquier otro hombre hubiera sido mas comprensivo respecto a tu púdica inexperiencia. Pudo haberte dado la confianza en ti misma como mujer que yo jamás te di.

—No hubiera habido ninguna diferencia —le recordó ella con brusquedad.

—El sexo no lo es todo entre un hombre y una mujer.

—En la luna de miel sí lo es —le reprochó.

El suspiró.

—Estamos aquí para olvidar todos esos recuerdos, Leonie. ¿Me dejas intentarlo?

—No puedo ser seducida a olvidar ese... fiasco, con champaña y un... maldito *jacuzzi*.

—Admito que habría sido mejor si hubiéramos regresado a la villa, pero ya tuve bastantes dificultades al traerte aquí sin levantar tus sospechas; ir a las Bahamas habría sido imposible.

—¿Por qué querrías intentarlo, Adam? —suspiró cansada.

—Quiero cambiar los malos recuerdos por buenos, borrar las amarguras del pasado.

—¿Y puedes también borrar tu aventura con Liz? —lo desafió.

—No hubo aventura alguna.

—El que se hayan acostado juntos, entonces —enmendó.

—No, eso no puedo borrarlo —reconoció apenas—. Pero me agradaría explicártelo algún día, cuando estés preparada para escuchar, no hoy —se rehusó como si ella lo hubiera pedido—. Borraremos un mal recuerdo a la vez, y hoy empezaremos por nuestra luna de miel.

—Quiero marcharme —dijo con necedad.

—¿Sin probar el *jacuzzi* antes? —se burló.

—Sin probar nada —lo miró con frialdad.

—No puedo permitírtelo —él movió la cabeza.

—No puedes detenerme —se mofó ella.

—Y ¿qué pensará esa soñadora recepcionista cuando te vea salir después de quince minutos?

—Que te dejé —gruñó—. Si hubiera tenido algún sentido me hubiera marchado después de la luna de miel.

—Esta es la luna de miel de nuestra aventura —le dijo de prisa, sin soltarla.

—Las aventuras no tienen luna de miel —se burló Leonie.

—Esta sí —insistió—. Y también una argolla —sacó una cajita café de la bolsa de su chaqueta.

—Un especial de Woolworth, para convencer a una boba.

—Un especial de Cartier —le dijo él abriendo el estuche para mostrar una argolla de oro cuajada de diamantes.

Leonie se admiró de su delicada belleza.

—No puedo aceptarla, Adam —movió la cabeza.

—Desde luego que puedes —le levantó la rechazante mano

izquierda—. Noté que ya no llevas las argollas que te obsequié —colocó el anillo de diamantes en el tercer dedo—, quiero que lleves éste en su lugar.

—¿Por qué? —se sofocó ella.

—Es una argolla de la Eternidad —le dijo él con dulzura.

—Las aventuras, por lo general duran muy poco, Adam —movió la cabeza.

—Esta no —le dijo él con cierto dejo de arrogancia—. Quiero que te mudes conmigo, que te quedes conmigo.

—Nos estamos divorciando, Adam —le recordó desesperada.

—Después del divorcio, entonces, si tú crees que vivir juntos puede hacerlo difícil. Creo que puedo esperar todo ese tiempo, si puedo verte todas las noches en tu apartamento o en el mío.

—Adam, vivir juntos sería como estar casados —protestó.

—No sería algo semejante —su voz era áspera—. Odiabas estar casada, ¿recuerdas?

—Sí —se estremeció al recordar cuánto dolor le había causado —. Lo odié —lo confirmó con vehemencia. El asintió.

—Pero has disfrutado los últimos días que hemos pasado juntos, ¿no es cierto?

—Sí… —contestó con reservas, sabiendo que iba a caer en una trampa.

—Entonces, ¿no te gustaría que continuara?

—No podría —movió la cabeza—. No indefinidamente.

—Lo intentaríamos —insistió él.

—Adam, tú y Liz…

—Ya me harté de sentirme culpable por Liz —tenía los labios apretados.

—Pero, ¿qué pasaría con nosotros cuando ella encuentre finalmente el valor de dejar a Nick?

—¿Dejar a Nick? —Adam se veía asombrado—. Ella no va a dejar a Nick.

—¿Jamás? —Leonie gesticuló.

—Jamás —repitió él con firmeza.

—Pero yo pensé…

—No me importa lo que hayas pensado —le gritó—. Liz es una de las mujeres que hacen votos matrimoniales para toda la vida.

—Así que yo la haré de segunda parte ¿hmm?

—No eres ninguna segunda parte —su voz era grave—. Jamás lo fuiste, ni lo serás. Lo que pasó entre Liz y yo ya se había terminado cuando te conocí. ¡Dios!, ya admití que jamás debimos casarnos,

pero eso no significa que no podamos estar juntos ahora. La otra noche fue increíble, no puedes negarlo.

—No.

—Y ¿puedes negar que me deseas ahora?

Sabía que no podría, que él estaba tan consciente de sus sentimientos como ella. Lo deseaba, deseaba la aventura tan seductora y sin compromisos que él le estaba ofreciendo.

—Vamos —Adam sintió su debilidad y tomó ventaja de ella, empezando a desabrocharle la blusa—, o el baño estará frío y el champaña sin gas —habló despacio mientras le dejaba caer la blusa por los brazos y continuaba con el broche de la falda—. Y no lo habríamos disfrutado entonces, de la forma que pretendo disfrutarlo ahora —agregó con entusiasmo al tiempo que la despojaba de sus prendas.

—¿Estás seguro de que ésta es una suite nupcial? —le preguntó irritada.

—Sí —él rió muy suave—. Pero creo que es para los… más experimentados.

—¿No deberías desvestirte también? —le sugirió con dificultad.

—Sí —la miró con audacia.

Ella tenía poca experiencia en desvestir hombres, jamás llevó la iniciativa durante su matrimonio y la otra noche se habían despojado de la ropa en un apartamento a oscuras, no a la luz del día, con imágenes de ellos reflejadas por todas partes. Sus dedos eran torpes al principio, pero su confianza creció al ver el efecto que tenía sobre Adam, su mano confiada en la de él al meterse juntos al agua.

Era un baño tan enorme que bien podían sentarse con facilidad uno frente al otro, pero Adam tenía ideas distintas y se sentó para halarla frente a él, apoyándole la espalda contra el pecho y los brazos alrededor de su cintura. Se acurrucó contra su garganta.

—Olvidamos el champaña —murmuró él, la hielera y los vasos estaban fuera de su alcance.

—Eso no tiene importancia —ya ella se sentía intoxicada por su cercanía y jadeaba mientras él movía las manos para acariciar la plenitud de sus senos—. Oh Adam, yo…

—No, no te muevas, —le indicó al ver que ella se revolvía en sus brazos—. Aún no te he enjabonado —tomó el jabón en sus manos y empezó a frotarle el cuerpo. Pero cuando terminaron de lavarse uno a otro, el baño se había llenado de burbujas y las inhibiciones habían desaparecido, al tiempo que jugueteaban en el agua. Leonie

estaba frente a él ahora, recargada sobre su pecho y descansando sobre sus piernas.

—¿Crees que podríamos ahogarnos si hiciéramos el amor aquí adentro? —la idea la había estado tentando durante los últimos minutos, sabiendo que Adam estaba tan excitado como ella.

—Ya no podemos evitarlo —gimió él mientras su boca reclamaba la de ella.

No se ahogaron, pero la alfombra alrededor del baño se veía muy húmeda cuando ellos salieron de allí, sin tomarse la molestia de vestirse, sólo envolviéndose en toallas y tomando el champaña para llevarlo a la alcoba.

Adam mojó un dedo en el champaña para pasar éste entre la pronunciada "v" del pecho femenino.

—Oh, Adam —gimió ella mientras él le lamía el vino de su acalorada piel, volviéndose en sus brazos, jadeando en su desmayo mientras todo el champaña del vaso mojaba el estómago de Adam y caía hasta la cama—. ¡Oh, no! —gimió—. Yo también lo estaba haciendo muy bien.

—Es cierto —añadió él seductor.

—No, quise decir... —ella se sonrojó.

—Sé lo que quisiste decir —sonrió sin esforzarse por secar el champaña con la toalla que aún traía envuelta en sus caderas—. ¿Quieres ayudarme? —la invitó—. Tu torpeza puede estar de mi parte esta vez.

Sabía a qué se refería, ella bebía con avidez el champaña del cuerpo de Adam y probaba a éste al mismo tiempo.

—Debiéramos ordenar algo para comer —murmuró Adam— mucho tiempo después—. Necesito conservarme fuerte si vas a continuar atacándome de esta forma despiadada.

—Si voy a... —se volvió a mirarlo indignada, sólo para encontrarlo observándola, guiñándole un ojo, su boca en una mueca divertida. Se tranquilizó—. Por supuesto, si la edad va a volverte, lento —empezó a gemir—, tal vez deba buscarme un amante más joven.

—Tal vez sólo debiera besarte la espalda —refunfuñó—. Mi edad no me ha afectado hasta ahora, y... Leonie, ¿dijiste eso en serio? —le preguntó mordaz de pronto.

—¿Qué dije?

—Que soy tu amante.

—Bueno, lo eres, ¿no es verdad? —se ruborizó.

—No parecías pensar lo mismo esta mañana.

—Eso fue esta mañana —ella disimuló.

—¿Y ahora?

—Estamos en la cama juntos —declaró lo que era obvio.

—Y, ¿soy tu amante? —persistió él, su mano tomaba el rostro de ella para evitar que se alejara.

—Adam, lo que acabamos de compartir fue agradable.

—Fue embriagador —la corrigió con énfasis.

—¿Para ti también? —le preguntó avergonzada. En su inexperiencia había sido muy especial para ella, pero con seguridad para Adam, un hombre con tantas aventuras a cuestas, no podía haber significado lo mismo.

—Especialmente para mí —su dedo gordo se movía por sus labios ligeramente inflamados—. Es esto lo que siempre deseé entre nosotros, antes de que una argolla y un acta matrimonial vinieran a terminar con todo.

—No te voy a exigir nada —le dijo presurosa.

—Jamás lo hiciste —dijo él solemne—, ni siquiera sexo.

—No es ése el tipo de exigencias que prometo no hacer —le dijo.

—Gracias a Dios —le devolvió la sonrisa.

—Ahora que he descubierto las delicias de estar en la cama contigo, tal vez no desee salir de ella jamás.

—Por mí encantado —murmuró, mientras con la boca reclamaba de nuevo la de ella.

Eran después de las cuatro cuando ordenaron la comida, Leonie protestó por la cantidad que Adam había pedido.

—Voy a engordar —hizo una mueca.

—Eso espero —le dijo—. Hablo en serio cuando digo que te preferiría un poco más... rellenita.

—¿Hablas de que en serio puedo empezar a comer de nuevo?

—Por favor —le dijo él.

Los dos comieron como amantes idealistas, y cada vez que Leonie veía el anillo de diamantes relampagueando en su dedo, sentía una oleada cálida.

—¿Te gusta la argolla? —le preguntó Adam y vio la mirada admirativa de ella.

—Si me permite representar el papel de señora Smith, ¡la adoro! —le sonrió sobre la mesa.

—Puedes hacer ese papel las veces que desees, es un arreglo por ambas partes —él rió tranquilo.

—¿Hablas de que si deseo pasar otra tarde como ésta, sólo tengo que llamarte y vendrás aquí?

—Bueno, no aquí —sonrió—. Sólo podemos representar a unos recién casados una vez, pero te veré en cualquier parte que tú sugieras.

—Creo que este arreglo va a agradarme —sonrió ella.

—¿No te dije que sería así?

—No lo eches a perder al decirme eso —lo reprendió—. Me encanta la argolla, y la llevaré con orgullo, pero no te acredita sobre mí más derecho que el que yo quiera darte.

—De acuerdo —asintió Adam.

Ella lo miró con suspicacia, sin recordar que alguna vez hubiera sido tan condescendiente.

—No voy a dejar mi empleo.

—No.

—Ni me mudaré contigo.

—¿Por qué no? —la interrogó, aunque sin hacer objeciones.

—No va a funcionar, Adam. Cuando viví contigo antes de que me hundieras, me volví un manojo de nervios, horrorizada de dejar el apartamento por si había cometido algún error.

—No lo sabía.

—No —le espetó—. No hablábamos demasiado en esos días.

—Entonces nos aseguraremos de hablar ahora. ¿Te hago daño?

—No mientras tenga mi propia casa donde refugiarme cuando lo desee, simplemente no podría volver a vivir contigo, Adam.

—Está bien —se encogió de hombros—. Si eso es lo que deseas.

—A ti... ¿no te importa?

—No, porque voy a mudarme contigo —declaró con arrogancia.

—No es esa la idea, Adam —suspiró—. Sabía que esto no iba a funcionar —movió a cabeza—. Será mejor que olvidemos la idea, fue algo estúpido de todos modos.

—Si quieres que conservemos nuestras cosas separadas, entonces vamos a...

—Oh gracias, Adam —se apresuró—. Yo preferiría, yo no... por un tiempo... —terminó diciendo.

—Leonie, no podré ir de una casa a otra cuando tenga sesenta años, la tensión acabaría conmigo.

—¿Sesenta? —repitió atontada—. ¿Esperas que para entonces sigamos juntos?

—¿Por qué no? La Eternidad es mucho más que los veintiún años que me faltan para llegar a esa edad.

—Adam, si crees que una aventura entre nosotros va a durar tanto, ¿por qué nuestro matrimonio fracasó después de sólo un año?

—razonó—. Después de todo yo no me enteré de lo de Liz, sino hasta el último momento.

—No, pero yo sí —contestó impaciente—. Nuestro matrimonio jamás empezó realmente, Leonie. Yo te apresuré hasta él, seguí todas las reglas y esperé que tú las respetaras igual que lo hizo mi madre. Pero eso no es un matrimonio, Leonie, eso es sólo legalizar el acto sexual... y ni siquiera eso funcionó entre nosotros, entonces.

—¿Por eso te casaste conmigo? ¿por sexo?

—Me casé contigo porque deseaba estar contigo —gimió.

—¿Me amaste alguna vez? —preguntó dolida.

—¿Qué diferencia hay? —le dijo—. No pude hacerte feliz.

Era una amarga ironía que ambos pudieran ser ahora felices, que estuvieran más unidos, como jamás lo habían estado.

—Te amo —le dijo con suavidad.

—Lo sé —reconoció él con dificultad—. Y te hago daño. Así está mucho mejor ¿no es cierto?

Ella se había casado con Adam esperando que fuera para siempre. Lo había creído el hombre de sus sueños, sin culpas ni defectos, pero había encontrado que él no podía desaparecer todos los problemas de su vida, no podía alcanzarla físicamente. Ella había levantado una barrera de miedo entre los dos, haciéndolo sentirse como un caballero en brillante armadura. Había olvidado que se unió a un hombre simplemente, que también tenía necesidades y temores; había pensado sólo en sí misma cuando el matrimonio empezó mal y continuó empeorando cada vez más. Adam no era responsable por el fracaso de su luna de miel, y tampoco por el fin de su matrimonio. Había tomado su aventura con Liz de la forma más fácil, cuando debió darse cuenta de que Leonie era con quien se había casado, la única con quien deseaba compartir su vida.

Pobre Adam, sin duda su experiencia con el matrimonio le había resultado amarga, porque la mujer que eligió para compañera de su vida, no había sido lo suficiente mujer para intentar serlo realmente.

Pero ahora era esa mujer, podía ver hacia su matrimonio con perspectivas, creer en Adam cuando él le dijera que no había tenido que ver con Liz después de su matrimonio. Sí, ella creía en él ahora, cuando era demasiado tarde, cuando lo único que él deseaba era una aventura. Pero si eso era lo único que podía funcionar entre ellos, entonces ella también lo deseaba, quería a Adam en su vida.

—Mucho mejor —le aseguró presurosa, poniéndose de pie para

quitarse la toalla que era lo único que la cubría—. ¿Volvemos a la cama y vemos cuánto ha mejorado? —lo invitó con sensualidad.

Adam no necesitó una segunda invitación, su toalla también quedó desechada mucho antes de que llegaran a la alcoba.

Capítulo 7

—No, Adam —dijo con firmeza.

Después de pasar dos días más juntos, su relación tenía la confianza suficiente como para decir lo que le gustaba y lo que no, y no le agradaba en absoluto la idea de reunirse con el padre de Adam a comer esa tarde.

—¿Por qué no? —preguntó Adam con toda tranquilidad en el teléfono.

—¿Tú me pides eso después de la forma en que siempre me trató?

—Yo tenía tanta culpa de ello como él —recordó Adam—. Debí asegurarme de que entendía cómo iban las cosas entre tú y yo.

—¿Y cómo van? —le preguntó tensa.

—Si deseas seguir viéndome —le dijo Adam con calma—, tendrá que aceptarte.

—Adam, ningún hombre presenta a su padre con su amante —se mofó.

—Yo sí.

—¿Y qué vas a decirle respecto a nosotros?

—Nada.

—¿Nada? —ella se molestó—. Adam…

—Con que estemos juntos, basta —le explicó con arrogancia.

—Adam, yo no deseo volver a ver a tu padre —le dijo la verdad, con toda simpleza tras sus objeciones.

—Estoy seguro que él siente lo mismo —parecía divertido—. Se mostró sorprendido cuando le dije que tú ¡rías conmigo.

—¿Entonces para qué enfrentarnos los dos a lo que sólo resultará ser una amarga experiencia? —ella levantó la mano para saludar al guardia al pasar éste en una de sus rondas. Se había quedado a trabajar hasta muy tarde y sentía como si fuera la única persona en el edificio. Saber que Mick, el vigilante estaba también allí, la reconfortaba.

—Creí que habías dicho que no te mantendrías como amante oculta —le recordó con suavidad.

—Y no lo he hecho —se sentía enfadada con él por recordárselo, pero tampoco deseaba, de una manera hipócrita, sentarse a la mesa con Charles Faulkner. Ambos sabían que su antipatía era mutua—. No voy a comer con tu padre, Adam —le repitió con énfasis.

—Nos está esperando.

—Entonces ve tú solo —le dijo—, no tenías por qué aceptar la invitación sin consultarme.

—Te hubieras negado —razonó él.

—Es obvio —le espetó—. Y ahora dejemos esta conversación. Tengo algo que hacer.

—Ya pasan de las siete —señaló Adam.

—Y gracias a un hombre insaciable que conozco y que me mantuvo despierta casi toda la noche, llegué a trabajar hasta después de las diez de la mañana —le recordó con sequedad, sonriendo a Mick que pasaba frente a la puerta abierta de la oficina en su regreso a la planta baja.

—¿Te estás quejando? —la voz de Adam era baja y sensual.

—No, pero te digo que tengo que trabajar hasta tarde hoy, no espero poder salir antes de las ocho y estoy segura de que no tendré humor de ponerme a discutir con tu padre cuando lo vea.

—Está bien, voy a llamarlo y ponernos de acuerdo para mañana.

—Adam...

—Y no iré a tu apartamento hoy para que puedas dormir bien y no tengas que empezar a trabajar tarde mañana —agregó de prisa.

Decir que se sentía aliviada al pensar que no lo vería más tarde sería un eufemismo, el resto del día y de la noche se hacía más lento y la aprisionaba como en un túnel negro, pero presentía que Adam conocía sus sentimientos y no iba a darle el gusto de saber cuánto iba a extrañarlo.

—Me parece una buena idea —acordó gustosa—. Podré también hacer algunos trabajos que tengo pendientes en la casa y que he descuidado últimamente. Y estoy segura de que Harvey se sentirá feliz de que le dedique un poco de tiempo.

—Parece que estabas buscando pasar la noche sin mí.

—Bueno, habíamos acordado que gozaríamos de cierta libertad en nuestra relación, Adam —le recordó feliz—. Y la idea de ponerme una bata vieja y acurrucarme en el sofá con un buen libro me parece estupenda.

—Más bien terrible —gruñó.

—Es porque tú no tienes ni bata vieja ni un buen libro a la mano —gimió—, y jamás te relajas como para leer.

—Prefiero otros métodos de relajamiento.

Leonie podía haber grabado el gesto de su rostro, pero sintió que valdría la pena pasar la noche sin él sólo por haberlo puesto en su lugar de aquella manera.

—Date una ducha tibia y lee. Es igual de relajante.

—¡Por el diablo que lo es! —explotó él—. ¿Es así como comparas nuestra entrega, con un baño caliente y una lectura? —le dijo enfadado.

—No dije que fuera tan bueno —disfrutaba atacándolo—, sólo que es muy relajante.

—Es lo mismo, maldición —gimió.

—¿Lo es? —preguntó sin darle importancia, casi riendo en voz alta ante su indignación—. Adam, ¿es éste nuestro primer pleito de enamorados? —dio tono de despreocupación a su voz.

—Sí —le dijo con frialdad—. Te llamaré mañana —colgó bruscamente.

Leonie bajó el receptor muy despacio, sabía que ganó aquel *round*, pero a qué precio. Se había negado ella misma una noche con Adam, y con el humor en que se encontraba ahora ni siquiera estaba segura de si la llamaría mañana.

Ahora ya no tenía entusiasmo por trabajar, su poder de concentración había descendido al mínimo. Empacó después de unos minutos, decidiendo que sería mejor volver por la mañana.

—¿Suficiente por hoy? —le dijo Mick amable, cuando ella abría la puerta para salir.

—Más que suficiente —sonrió al hombre de mediana edad.

—Lo veré mañana temprano —le dijo animada, pensando que tal vez lo encontraría allí cuando volviera a su trabajo a las siete treinta. Sería una larga y aburrida noche para él. Para ella también lo había sido. El baño le resultó tranquilizante y también la decisión de Harvey de pasar la noche con ella, pero el libro pudo haber estado escrito en chino para lo que ella entendió, por lo que lo dejó a un lado después de unos minutos, su autor de romances favorito merecía un lector más ávido del que ella era aquella noche.

Había caído en la trampa muy pronto, ¿deseaba más de Adam de lo que él le quería dar? Ahora no cabía duda, el sentimiento era mutuo, pero ¿el matrimonio había marcado tal diferencia en su relación? Su acercamiento había sido diferente esta vez. ¿Una argolla matrimonial y un documento firmado habrían estropeado de veras aquella relación, como se lo había dicho Adam la última vez? ¿Estaba diciendo que deseaba estar casada con él de nuevo?

Ella sabía que había cambiado desde su separación, que se tenía más confianza ahora, tenía independencia en su carrera, aunque no en sus emociones, se sentía con más capacidad de enfrentarse a Adam en condiciones iguales, intelectual, emotiva y, por cierto,

también físicamente.

El insistente sonar del timbre la despertó cuando casi acababa de conciliar el sueño y con una mirada imprecisa al reloj vio que pasaban de las tres de la madrugada. Le había dicho a Adam que quien hacía aquellas llamadas obscenas jamás la visitaría mientras ella recibiera sus llamadas, pero de pronto ya no estaba tan segura. Y ahora se encontraba completamente sola.

¿Debía llamar a la policía antes de abrir la puerta o intentar identificar a quien llamaba, primero? La policía no iba a emocionarse, por cierto, si resultaba una falsa alarma. Decidió hacer lo segundo, dirigiéndose con cautela hasta la puerta, sabía que si alguien intentaba realmente entrar, podría romper los cerrojos con toda facilidad.

—¿Quién, quién es? —preguntó con voz apresurada, temblando de pies a cabeza.

—¿Quién demonios crees que es? —gruñó una voz muy familiar.

—¡Adam! —sus manos temblaron al abrir inmediatamente la puerta, y caer casi en sus brazos con gran alivio. Apenas notó que llevaba puestos una camisa y un pantalón vaqueros y que le urgía afeitarse—. ¡Gracias a Dios que eres tú! —gimió, su rostro oculto contra la tibia columna de la garganta masculina.

El la estrechó en sus brazos convulsivamente, mientras ella seguía temblando.

—¿Quién creíste que... ¡Oh, no! —murmuró estrechándola más —. ¿Pensaste que era él, verdad? —se dio cuenta, cerrando la puerta tras ellos.

—Sí —se estremeció.

—Lo siento, por Dios, lo siento —murmuró una y otra vez entre su cabellera, abrazándola hasta que cesó su temblor.

—Lo siento —lo miró airada—. Casi me matas del susto v todo lo que puedes decirme es "lo siento". Con eso no puedes borrar el terror que me provocaste —lo acusó—. ¿Me quieres decir qué haces aquí a las tres de la madrugada?

El suspiró y metió las manos en las bolsas posteriores de sus apretados jeans.

—No podía dormir.

—Bien, pues puedes llevarte tu maldito insomnio a otra parte — le dijo enfadada.

—No hablas en serio.

—Oh, ¿eso crees? —lo desafió sin consideración—. Será mejor que te marches ahora mismo. Y si deseas volver a verme puedes

llamar a una hora razonable.

—¿Tú sí pudiste dormir?

—Por supuesto, ¿y por qué no?

—Porque me extrañaste —le sugirió presuroso.

—No seas engreído —le dijo acalorada—. Dormía bien antes de conocerte, y lo seguiré haciendo aunque tú no estés conmigo.

—De veras deseas que me marche? —él apretó los labios.

—Claro —se indignó, aún molesta por haber imaginado que era el interlocutor obsceno—. Lo nuestro es una relación, Adam. No soy sólo un cuerpo disponible que puede ayudarte a dormir.

—No era así…

—¿No era? —lo acusó— ¿Puedes negar que viniste aquí a hacerme el amor?

—Es parte de eso.

—Empiezo a pensar que es sólo por eso —lo desdeñó—. Ahora que dejé de ser un artefacto en la cama ya no puedes prescindir de mí, ¿no es cierto? —una línea blanca de furia le circulaba la boca.

—Has mejorado en la cama —dijo él con desprecio—. Pero he tenido mejores —agregó hiriente—. Pensé que esto —le levantó la mano izquierda que lucía la argolla de la eternidad en el dedo—, significaba mucho más que una relación física. Creí que nos teníamos respeto y atracción, tal vez amor, pero obviamente me equivoqué —apartó la mano de ella—. Vine porque no podía dormir sin disculparme por la discusión sin sentido que tuvimos hace un rato —gimió—. Pero veo que tú no sentías la misma necesidad. Me marcho ahora, siento haberte molestado.

El color aparecía y huía de las mejillas mientras se lanzaban aquellas palabras terribles, sabía que ella había provocado esa escena que podría ser el fin entre ellos. Y de pronto la idea de que Adam saliera de su vida le pareció insoportable.

—Adam —corrió hacia él, que se había detenido en la puerta, le pasó los brazos alrededor de la cintura y lo abrazó por detrás mientras le descansaba la mejilla en la espalda—. Lo siento —dijo jadeante—. No debí haber dicho esas cosas.

—La cuestión es, ¿lo dices en serio? —él no se movió.

—No —lo miró—. Acabo de despertar después de estar sufriendo sin ti, sin poder dormir —admitió con tristeza—. Soy una bruja endemoniada y lo siento.

—¿Puedo quedarme? —la tensión lo dejó abatido.

—Por favor —gimió ella su necesidad.

—¿Me perdonas por haberte asustado así?

—Por supuesto —se acurrucó contra él.
—¿Te ha vuelto a llamar?
—No, sólo los viernes a las once y media.
—Quisiera saber quién es —se preocupó Adam.
—Tal vez sea la noche en que no están con él su esposa y sus hijos —respondió ella.
—¿Crees que es casado? —Adam se veía más preocupado.
—Trato de no pensar en él en absoluto —le dijo con firmeza—. Y quisiera que tampoco tú lo hicieras. Es un hombre enfermo que libera su frustración diciéndome majaderías.
—Si algún día descubro quién es, lo mataré —dijo decidido.
—Quizá jamás lo sabremos, así que mejor olvidémoslo.
—Sí —se esforzó al aceptarlo—. Vayamos a la cama.
—Creí que jamás te decidirías —ella lo miró animándolo.
Esa noche su entrega fue también diferente, tan maravillosa como nunca, pero no era menor la cercanía que compartían momentos después, el uno en brazos del otro. Al estar tendida junto a él, Leonie supo que su relación había trascendido lo físico, que aunque ella ignoraba los sentimientos de Adam, lo amaba, y dudaba haber dejado de amarlo alguna vez.

Podía sentir cómo su tensión iba en aumento al acercarse a la casa del padre de Adam, al correr de los minutos deseaba haberse mantenido firme en su decisión de no asistir a comer con él. Pero su cercanía con Adam aquella mañana la había hecho cambiar de idea, segura en aquel momento de que podría resistir la prueba de enfrentarse a Charles Faulkner de nuevo.
Pero ya se había arrepentido; levantó el teléfono muchas veces durante el día para decir a Adam que cancelara la cita, sólo para volver a soltarlo sin decir palabra, segura de que su comportamiento cobarde no le haría mucha gracia.
Tratar de arreglarse resultó un desastre, porque su esmalte de uñas no estaba seco y pudo constatarlo cuando las medias se le trabaron al tratar de vestirse. Después sucedió lo mismo con el ruedo del traje en la zapatilla y tuvo que cambiar el tono del maquillaje para que combinara con su atuendo; en el último momento se dio cuenta de que se aplicó sombra gris en un párpado y verde en el otro.
Cuando a las siete y media Adam llegó por ella, se sentía demasiado nerviosa, y le dijo que le era imposible salir, que estaba segura de que algo iba a sucederle. Su método de persuasión la dejó

aún más nerviosa, pero con un brillo decidido en los ojos.

Los sirvientes de Faulkner debieron darse cuenta de la ruptura del matrimonio de Adam, pero aun así el arrogante mayordomo ocultó sus sentimientos al ver a Adam en compañía de Leonie y la recibió correctamente al tomarle la chaqueta.

—Papá no acostumbra tomar chicas en el desayuno —murmuró Adam al ver que ella titubeaba al entrar al recibidor donde sabía que el señor Faulkner los esperaba.

—Sabe que conmigo se indigestaría —contestó tozudamente.

Adam aún reía cuando entraron al recibidor, aunque Leonie se puso seria al presentir la desaprobación del rígido caballero que se encontraba del otro lado del muro. Charles Faulkner era la versión antigua de Adam y aún se veía muy bien a pesar de rebasar los sesenta, aunque las líneas de expresión alrededor de su boca y nariz en su hijo no eran tan notorias todavía. Y si Leonie continuaba a su lado jamás aparecerían.

—Llegan tarde, —criticó Charles Faulkner sin saludarlos.

—¿De veras? —contestó Adam sin darle importancia.

—Sabes que así es —dijo su padre con aspereza—. ¿Por qué se entretuvieron? —agregó impaciente.

En otros tiempos, ella se hubiera acobardado ante aquel desprecio abierto, pero en cierto modo esa noche sabía que Adam estaba de su lado, y eso le daba confianza para sostener aquella mirada fría.

—Buenas noches, Charles —usó deliberadamente la informalidad que su nerviosismo le había impedido en otros tiempos—. Espero que se encuentre bien —agregó con cortesía.

El anciano frunció el entrecejo.

—Estoy como me ves —la forma de analizar su cuerpo rígidamente tieso era deliberada y lenta.

—Se ve bastante bien... Bueno... considerando su edad —su expresión permanecía engañosamente inocente, aunque podía sentir que Adam contenía su regocijo a duras penas.

—Y ¿qué tiene que ver la edad? —Charles mostró su desaprobación al ambiguo cumplido.

—Bueno, recuerdo que una vez me dijo que era sólo un anciano que deseaba ver a su hijo felizmente establecido antes de morir —le recordó la discusión que ambos tuvieron poco antes de que ella abandonara a Adam. No intentaba hacer del conocimiento de éste aquellas discusiones ahora, simplemente deseaba prevenir a Charles Faulkner que no estaba dispuesta a soportarlo una segunda vez. Por

la mirada del anciano, estaba funcionando

—¡Oh! —Adam se veía receloso.

—Descuida, querido —le brindó ella una sonrisa reconfortante, disfrutando que fuera Charles Faulkner quien, para variar, se sintiera descontento—. Le aseguraba a tu padre que yo también sólo deseo lo mismo.

—Parece una conversación interesante.

—Oh, tu padre y yo tenemos muchas conversaciones interesantes. Las he echado de menos todos estos meses.

—Apuesto que sí —Adam parecía enfadado.

—¿Pasarnos a la mesa? —carraspeó Su padre—. Está lista hace más de una hora.

—Entonces debe estar muy bien preparada, ¿no es cierto? —agregó su hijo con dificultad.

—Más bien estropeada —murmuró su padre, dirigiendo fieras miradas a Leonie, las que ella pasó inadvertidas.

—Jamás supe que la señora Simmonds echara a perder una comida —insistió Adam.

—Siempre hay una primera vez —espetó su padre.

La comida estaba deliciosa, como todos sabían que estaría. Emily Simmonds era tan taciturna como su empleador, pero sus platillos se antojaban y siempre los cocinaba a la perfección. El Cordero Wellington, las puntas de espárragos y las pequeñitas patatas de que estaba hecho el puré, no podrían adquirirse en ningún restaurante, pero la comida no parecía haber mejorado en nada el humor de Charles Faulkner.

—No me dijeron qué los hizo llegar tan tarde —les dijo mientras les servían el postre de merengue de chocolate.

Las mejillas de Leonie se colorearon con delicadeza al permitirle a Adam contestar, después de todo fue él quien los demoró, aunque ella también lo hubiera disfrutado.

—Llevé a Leonie a la cama e hicimos el amor —declaró muy tranquilo y siguió con el postre, en medio del furor que había creado.

—¡Adam! —Leonie carraspeó su desaliento, no esperaba que él fuera tan cándido.

La boca de su padre estaba firme.

—En mis tiempos el hombre no pregonaba llevar a la cama a su mujer.

—Sólo a otras mujeres, ¿hmm? —su hijo se burló y el anciano balbuceaba su indignación—. Pero Leonie ya no es mi esposa —él le

atrapó la mano, con una cálida sonrisa.

—Han vuelto a juntarse —señaló su padre con brusquedad.

—Y así vamos a seguir —asintió Adam—. Pero no como esposo y esposa.

—Hablan... de que... simplemente vivirán juntos?

—No todavía —replicó su hijo, feliz—. No sin que Leonie esté preparada para ello.

—Leonie —resopló su padre—. En mi tiempo ¡un hombre jamás pedía permiso a su esposa para hacer algo!

—Ya lo sé —asintió Adam—. Y por un tiempo seguí tu ejemplo, pasé por alto a Leonie como si fuera un mueble más, no le pedí su opinión para nada, n¡ siquiera me preocupé de sus necesidades como pareja. Lo hice, y eso fue suficiente para mí.

—Adam... —ella lo miraba implorante.

—No, Leonie, tengo que hacer entender a mi padre que las cosas han cambiado ahora —se volvió al anciano—. Leonie es una persona, con sentimientos y deseos. Me tomó mucho tiempo darme cuenta que un matrimonio es mucho más que una argolla en la mano de una mujer afortunada. ¡Afortunada! —se mofó—. Leonie no conoció ni un solo día de felicidad después de que me casé con ella. Estaba tan ocupado siendo el hombre fuerte que tú me enseñaste a ser que maté el amor que Leonie sentía por mí. Ahora me doy cuenta de que contigo mi madre fue tan infeliz como lo fue Leonie a mi lado.

Su padre se mostró furioso.

—Tu madre no era infeliz, yo le di todo, autos, joyas, pieles, esta hermosa casa, los sirvientes y ¡a ti!

—Tú no me diste a mi madre —lo contradijo Adam con impaciencia—. Ustedes me crearon juntos. Y en vez de dar tantas cosas materiales a mi madre debiste dedicarle más tiempo, hablarle, reír con ella.

—Tenía negocios que atender —protestó su padre—. No tenía tiempo para eso.

—Pues debiste dártelo.

—Y supongo que es lo que pretendes hacer, para así poder complacer a esta... a esta...

—A Leonie, sí —masculló Adam.

—Y tus negocios lo van a resentir.

—Los negocios irán bien —corrigió Adam—. Para eso están mis delegados.

—Me sorprende que no hayas decidido venderlo todo —comentó

Charles.

—Ya lo he pensado.

—Adam —Leonie carraspeó con desaliento.

—...Y decidido lo contrario —terminó Adam gentil, apretando la mano de ella, tranquilizador—. No hubiera tenido alternativa —se encogió de hombros—. Aún seguiría siendo el mismo hombre egoísta y muy rico pero desempleado. Así decidí ser yo quien cambiara, no mi vida.

—No has cometido ningún error —le dijo su padre muy tenso—. Al menos que no pueda corregirse en cuanto te repongas del encaprichamiento que de pronto te apareció por tu propia esposa.

—No hay nada repentino respecto a mis sentimientos por Leonie, simplemente estaba antes muy ocupado para expresárselos. Jamás mostrar algún signo de debilidad, era tu lema, ¿no es verdad, padre?

—Jamás me falló —le espetó el anciano.

—Oh, sí te ha fallado —Adam lo contradijo con sutileza—. Mi madre jamás fue feliz completamente, jamás estuvo segura de tu amor, y yo he resultado ser simplemente tu imagen.

—Eso no tiene nada de malo —declaró su padre—. Eres un hombre próspero, bien respetado en el mundo de los negocios.

—El respeto de extraños nada significa —le dijo Adam con impaciencia.

—Supongo que ahora vas a decirme que lo único que quieres es a Leonie —lo desafió su padre con frialdad.

—Sí —contestó Adam tranquilo—. Eso es exactamente lo que quiero. Quiero también tu respeto hacia ella, y mientras no puedas dárselo, no volveremos por aquí.

—Adam —ella lo miraba implorante.

—Está bien, Leonie —le aseguró con una sonrisa gentil halándola hasta situarla a su lado—. Estoy cierto de que mi padre sabe que hablo en serio —dijo con desafío.

—Estás actuando como un idiota, Adam —lo increpó su padre—. ¿Qué no ves que ella es un poco simple? Porque lo único que ha estado diciendo durante la última hora ha sido tu nombre, carraspeándolo en diferentes grados de incredulidad —agregó con desprecio.

—Buenas noches padre —le dijo Adam categórico, conduciendo a Leonie hacia la puerta.

—Adam...

Se volvió lentamente al angustiado grito.

—¿Sí? —contestó con frialdad.

—¿Qué no ves que estás comportándote como un tonto? Y lo que es peor, dejándote llevar por una chica que no te merece.

—Si esto es comportarme como un tonto, espero seguir así —abrió la puerta a Leonie, quien lo siguió fuera de la alcoba.

—Adam...

Ignoró la segunda llamada de su padre, y puso el brazo sobre la cintura de Leonie mientras juntos abandonaban la casa.

Capítulo 8

Leonie se sentó en silencio a su lado mientras él la conducía de regreso a su apartamento; habían pasado todas las noches allí y Adam era parte integral de su vida ahora.

Ella estaba aturdida por la tarde al lado de Charles Faulkner. No concebía que Adam lo hubiera desafiado así por causa de ella. Sabía que Adam había cambiado desde su separación, pero ignoraba la magnitud del cambio.

Y lo había hecho por ella. ¿Significaría aquello que la amaba? Aquél era un tema que palpablemente permanecía ausente en su relación.

Pero ella lo amaba, más que nunca después de que él se enfrentó a su padre por defenderla. Sabía que jamás había dejado de amarlo, y le creyó cuando él dijo que Liz estaba fuera de su vida para siempre. Leonie deseaba volver a ser su esposa por sobre todas las cosas, quería tener hijos con él, algo que una aventura aun eterna no podría concederle. Tal vez, a su tiempo...

—Gracias, Adam —rompió de pronto el silencio.

—¿De qué? —le lanzó una mirada rápida—. ¿Por someterte a ese aspecto desagradable de mi padre?

—Conozco cosas peores de él.

—De eso estoy seguro —recalcó—. ¿Con qué frecuencia solía comportarse de esa forma sin que yo me diera cuenta?

—Eso ya pasó, Adam...

—¿Con qué frecuencia, Leonie? —preguntó él con terquedad.

—Siempre que podía —admitió ella—. Era muy deprimente, no tenía intenciones de abrir más el abismo entre padre e hijo al decir a Adam cuántas veces Charles Faulkner la había hecho llorar.

— Debiste decirme lo que estaba pasando —le dijo.

—Jamás dijo algo que no fuera verdad. Eso ya no importa ahora —le aseguró ella.

—A mí me importa —dijo Adam—. Yo era un marido tan incompetente que ni siquiera me daba cuenta de que tenía un padre que te molestaba.

—No eras un marido incompetente —lo defendió.

—Sí lo era —asintió con severidad—. Dios, yo espero ser un mejor amante.

—Sí —le dijo con suavidad—, eres mejor como amante.

Alimentó al gato cuando entraron. Adam, mientras se sentaba en uno de los sillones, la miraba con ojos asombrados. Aún se veía muy molesto por el incidente con su padre, y ella se sentó en el piso alfombrado frente a él, al volverse a hablarle.

—Ya se le pasará —le dijo con dulzura.

El parecía sorprendido.

—¿Te refieres a papá? —su rostro se iluminó—. Sí, ya se le pasará —reconoció con dificultad—. Espero que se comporte con sensatez.

—Pero tú no estabas pensando en él. ¿0 sí? —lo sondeó.

—No —admitió sincero—. Sólo pensaba cómo pudiste quedarte conmigo tanto tiempo, y que maldita arrogancia me hizo suponer que simplemente podía volver a tu vida y hacer que me aceptaras como amante.

—Pero así es, ¿no es cierto? —ella le sonrió.

—Sí, me aceptaste —movió la cabeza maravillado—. Pero ¿qué derecho tengo de esperar que desperdicies un día de tu vida en mí, después de lo que pasaste cuando estuviste casada conmigo?

—No es un desperdicio —le aseguró presurosa.

—¿Y si vuelvo a lastimarte? —dijo con aspereza.

—No será así.

—¿Cómo puedes estar segura?

—¿Y por qué no habría de estarlo? —le imprecó—. Algo que aprendí de nuestro matrimonio, Adam, es que la vida entera es un riesgo. Y simplemente debe vivirse de la forma que mejor convenga.

La levantó para sentarla en sus rodillas.

—Y esto es lo mejor para nosotros ¿verdad Leonie? —le dijo con fiereza.

—Sí, —dijo ella suavemente—. Perdida toda esperanza, esto es lo mejor para nosotros.

Ella recibió sus besos ansiosa y, como su emoción aumentó rápidamente, ambos se pusieron de pie al unísono para dirigirse a la alcoba, necesitaban más que caricias.

Llegaban apenas al dormitorio cuando el teléfono empezó a sonar. Adam se puso muy serio mientras veía su reloj de pulsera.

—Viernes once treinta —murmuró apenas—. Es muy constante, ¿no es así? —gruñó, levantándose para tomar el teléfono.

—No, Adam, permíteme...

La hizo desistir con facilidad, escuchando al hombre en silencio por algunos segundos.

—Como ya se lo había dicho, se oye muy interesante, pero si no

deja de hacer estas llamadas voy a tener que tomar cartas en el asunto… y retorcerle el pescuezo. ¿Me ha entendido? —lo amenazó, bajando luego el receptor.

—¿Lo harías? —le preguntó, aliviada de que la llamada tuviera otra semana de tregua. Adam la miró.

—Leonie, me preocupa. Ya sé que dices que es inofensivo, pero…

—Lo es —insistió—, y tal vez ahora que sabe que tengo un amante muy agresivo dejará de llamar.

—Tal vez… —pero Adam no parecía muy convencido.

—Cariño, no pensemos en él ahora —se movió sensualmente contra él—. ¿No ves que esto es lo que él quiere? —suspiró al no recibir respuesta—. Adam, no dejemos que una persona enferma arruine lo nuestro.

El la miró con ojos compungidos.

—Si algo llega a pasarte… —sus brazos la apretaron convulsivamente, y la condujo a la cama para hacerla suya y recorrer todo el camino hacia el clímax.

Adam aún se encontraba a su lado cuando ella despertó a la mañana siguiente, y con placer recordó que ninguno de los dos tenía que ir a trabajar ese día. Ella lo miró, recordando la noche increíble que habían pasado juntos, una noche en que Adam parecía dispuesto a poseerla una y otra vez, y lo había hecho.

—¿Adam?…

El abrió los ojos al instante en que escuchó su nombre.

—¿De nuevo, Leonie? —le dijo presuroso.

—Por favor —lo animó con voz ronca.

Eran después de las once cuando volvieron a despertar. Leonie se resistía a las caricias de Adam e insistía en que necesitaban comer antes de seguir amándose. Cuando tomaban lo que Adam había preparado, ella recordó que debió visitar a Liz y a Nick esa mañana.

—¿Qué pasa? —Adam le captaba cualquier inquietud, y se sentó frente a ella completamente vestido, aunque le había dicho que traería algo de su ropa la próxima vez que viniera, ya que le molestaba ponerse la misma ropa del día anterior.

—Nada —dijo distraída, no queriendo hacer o decir algo que rompiera la armonía de aquella mañana.

—¿Leonie? —inquirió él dudando.

Ella encogió los angostos hombros.

—Debí haber ido a visitar a Liz y a Nick esta mañana, pero no

tiene importancia, los llamaré después.

—Aún hay tiempo...

—Prefiero quedarme contigo —le dijo de pronto.

—Tengo una cita a las doce Y media —se tomó de prisa el café.

—¡Oh! —se extrañó, había imaginado que pasarían el día juntos.

—Sí —no hizo ningún comentario—, y tengo que ir a casa a cambiarme —agregó con pesar—. Así que aún puedes visitar a Liz si lo deseas.

Pareció aceptarlo cuando él se lo sugirió, pero no podía evitar sentir curiosidad respecto a quién vería él a las doce y media.

—Bien, si así lo deseas —contestó ella.

—Así es, —asintió—. Volveré como a las seis, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Qué sucede? —le dirigió una mirada inquisitiva.

—Nada —contestó ella con una sonrisa amable.

—Te conozco demasiado como para saber cuándo estás enfadada...

—No lo estov —contestó indignada.

—Sí, sí lo estás —le reprochó—. El labio inferior se te pone... así —tocó sus labios sensuales con el dedo—, y los ojos te denuncian —ahondó en los enormes ojos verdes—. ¡Ah!, sí, sí estás enfadada, definitivamente. ¿Qué te pasa Leonie? —le preguntó con dulzura.

—Pensé que pasaríamos el día juntos, eso es todo —admitió ella con simpleza. El placer asomó a los ojos de Adam.

—Mañana ni siquiera saldremos de la cama —prometió—. Pero hoy tenemos algunas visitas de cortesía, tú con Liz y Nick, y yo mi cita de negocios.

—¿En sábado?

—A veces es el único día conveniente. Pero si lo prefieres no iré.

—Oh no —rechazó la sugerencia—. Hoy prepararé yo la cena, así podremos pasar más tiempo juntos.

—Ya era tiempo de que cocinaras para mí.

—No te agradaba m¡ forma de cocinar —le recordó ella sutil.

—Eso no es verdad —contestó Adam—. Tú te ponías en tal estado de nerviosismo si algo no te salía bien, que preferíamos comer con m¡ padre. A mí no me importaba si la comida se te quemaba un poco.

—Por lo general se quemaba toda —gimió.

—¿No te dabas cuenta de que a mí no me importaba que estuviera hecha carbón? —le dijo—. Ni siquiera me fijaba en lo que comía, estaba tan ocupado admirando a mi esposa.

—Oh, Adam —lo atajó—. Esta noche voy a cocinarte algo muy especial —le prometió—. Es sólo que estuve tan exhausta el fin de semana que ni siquiera podía levantarme de la cama, mucho menos ponerme a cocinar por las noches —se veía afligida.

—Mañana no tendrás que molestarte —le prometió él.

—Puedo morir de hambre —le advirtió ella.

—No lo harás —sostuvo su mirada antes de besarla.

—Ni hombres ni mujeres, pueden vivir solamente de amor.

—Podemos intentarlo —murmuró él con voz ahogada, moviendo la cabeza mientras se alejaba de ella—. Si no me marcho ahora, no tendré fuerzas para atravesar esa puerta. Te veré esta noche, cariño,

La habitación parecía vacía cuando él se marchó, ni siquiera la presencia de Harvey, que la seguía de una alcoba a otra, la ayudaba a alejar el sentimiento de soledad que la invadía a veces.

Para desaliento de Leonie, Nick no se encontraba cuando ella llegó a visitarlos y se sentía molesta de estar a solas con Liz, algo que había evitado celosamente desde el día que vio a su hermana en brazos de Adam. Pero no podía marcharse sólo porque su cuñado estaba ausente.

No sabía de qué hablar con Liz, se sentía incómoda con su hermana desde que supo que ella y Adam habían sido amantes. Por fortuna, alimentar a Emma y llevarla a su alcoba para su siesta le tomó a Liz la primera media hora aunque, sin la distracción de la pequeña, Leonie se sentía aún más incómoda.

—Es una joya preciosa —Liz le alcanzó la mano por enfrente de la mesa mientras ambas se sentaban a tomar café, y admiró el anillo cuajado de diamantes en la delgada mano de Leonie—. Es nuevo, ¿no es cierto? —la miraba inquisidora.

Leonie retiró de inmediato la mano bajo la mesa.

—Sí, es nuevo —murmuró, preguntándose cómo no se le había ocurrido quitárselo antes de ir a visitar a su hermana.

—Se ve muy caro —Liz dio unos sorbos a su café.

—Pro... probablemente lo sea —reconoció con torpeza.

—¿Te lo obsequiaron?

—Sí —admitió sin prisas.

—Vaya, no me tengas secretos, Leonie —rió Liz con reprobación —. ¿Quién es él?

—Nadie importante —Leonie se sintió desleal por subestimar a Adam de aquella manera—. No es verdad —dijo tranquila, irguiendo la cabeza con orgullo—. Adam me lo obsequió.

—¿Han vuelto a reunirse?

—En cierto modo —contestó Leonie al fin.

A Liz le extrañó la evasiva.

—¿Qué quieres decir?

Se humedeció los labios repentinamente secos.

—Estamos juntos, pero no hemos vuelto, si comprendes a lo que me refiero.

—No, no lo comprendo —Liz se veía asombrada.

—Nuestro matrimonio fue un fracaso, pero lo nuestro es muy distinto ahora.

—Pero, ¿han vuelto a... juntarse? —insistió Liz.

Leonie respiró profundo, no deseaba hacer daño a su hermana como ella se lo había ocasionado, los papeles se habían invertido ahora.

—Sí —le confirmó con brusquedad.

—No sabes cuánto me alegra escucharte —dijo Liz emocionada.

Leonie frunció el ceño.

—¿Te alegra? —eso era lo último que esperaba escuchar de su hermana respecto a su reconciliación con Adam—. ¿Te das cuenta de que sé que te involucraste con Adam antes de que él y yo nos casáramos?

—Sí —asintió Liz—. Siempre tuve el presentimiento de que en parte eso fue lo que te separó de Adam.

¡En parte! Había sido esa relación con su esposo lo que había terminado su matrimonio.

—Me alegra que al fin Adam te haya explicado lo que pasó realmente entre nosotros —dijo Liz—. ¿Lo ha hecho, verdad? —titubeó.

—Sé lo que pasó —le dijo Leonie cortante.

—Adam siempre dijo que si tú lo sabías no mejoraría en nada la situación de ustedes, que tenían otros problemas que no podían resolver.

—Sí, pero esos problemas ya se han solucionado.

—No podía imaginarme qué problemas eran —pronuncio Liz—. Y no era de mi incumbencia preguntarlo. Sé lo noble que es Adam, no puedo pensar qué podría andar mal entre ustedes, pero él insistía en que saber tú la verdad respecto a nosotros no tendría objeto, que las cosas habían terminado entre ustedes. Me alegra que se haya equivocado.

Leonie no tenía intenciones de corregir la presunción de su hermana de que Adam se lo había explicado todo. Sabía que Liz iba

a revelárselo sin darse cuenta de lo que estaba haciendo.

—Adam merece tanto la felicidad, fue tan bueno conmigo. Cuando Nick pasó por lo que yo asumo fue una crisis de la mitad de su vida hace dos años y tuvo una aventura con una chica de su oficina, yo me sentí tan... humillada, tan... tan poco femenina, sin atractivo, que lo único que deseaba era ocultarme y morir.

—¿Nick tuvo una aventura? —esto se complicaba más de lo que ella imaginaba. De su garganta brotó un ruido, animando a Liz a continuar.

—Adam me hizo sentir mujer de nuevo, una mujer hermosa —repitió Liz con emoción.

—¿Ir a la cama contigo no fue algo drástico? —había dureza en la voz de Leonie—. Ofrecerte su hombro para que llorases, ¿no hubiera sido igual de efectivo y... menos complicado?

—Fui yo quién sugirió nuestra relación —admitió Liz con dificultad—. Pudo haber sido cualquier hombre, yo sólo quería probarme que seguía siendo una mujer atractiva.

—Si podía haber sido cualquier hombre, ¿por qué elegiste a Adam?

—Porque sabía que era demasiado noble como para rechazarme. Yo no resistiría un rechazo más y él actuó como s¡ también lo deseara, pero después ambos supimos que había sido un error. Yo seguía amando a Nick, no a Adam, y la única forma de recuperar a Nick fue luchando por él, mostrándole cuán importante era para mí, no teniendo yo también una aventura.

—Obviamente ganaste —dijo Leonie con dureza, la relación que había creído una aventura no lo era en absoluto. Entonces, ¿por qué Adam no se lo había dicho?... ¿Acaso no le importaba ella lo suficiente como para explicárselo?... En cierto modo sus acciones desaprobaban aquello.

—Sí, aunque no fue fácil —Liz sonreía temblorosa—. Saber que Nick había dormido con otra mujer, y que quizá la comparaba conmigo, era algo muy difícil de vencer.

Leonie no necesitaba que le hablaran de aquel tormento, ¡ella ya lo había vivido!

—Y yo jamás hablaría con Nick de la noche que pasé con Adam —suspiró muy hondo.

—¡Pero él también había tenido una aventura!

—Sí —asintió Liz—. Pero decirle que yo había ido tranquilamente a la cama con otro hombre sólo porque él me había traicionado, era algo que jamás aceptaría. Además, Adam estaba

casado contigo en ese tiempo.

—Era una razón más para que aflorara la verdad, pienso yo.

—Y ¿cuál era la verdad? —razonó Liz—. ¿Que Adam me había prestado su cuerpo por una noche para que yo me volviera a sentir mujer de nuevo? ¿Por qué arruinar cinco vidas sólo para tranquilizar conciencias? —movió la cabeza.

Porque, para Leonie, era esa culpabilidad la que había arruinado su propio matrimonio, la conciencia culpable de Adam, que una vez había ido a la cama con su hermana.

—Jamás estuviste enamorada de Adam, ¿verdad? —la sondeó.

—No —Liz negó al instante—. Ni él de mí, pero vio a mi hermanita y se enamoró perdidamente de ella —agregó pesarosa—. Siempre le había dicho que eso le pasaría, y él se mofaba. Cuando yo volví de mi viaje con Nick y me enteré de que ustedes iban a casarse, no sabía si sentirme estática por tu bien o nerviosa por perder la felicidad que apenas había reencontrado con Nick.

—¿Por eso fue que no te entusiasmó la noticia? —ella había pensado que era por una razón totalmente diferente.

—Sí —admitió Liz—. Debí saber que Adam jamás rompería su promesa. Pero cuando supe que esperaba un bebé, en cierto modo me pareció importante asegurarme que Nick jamás se enteraría de la noche que había pasado con él.

Y ella había presenciado aquella escena, la había malinterpretado totalmente. ¿Tendría Liz razón, se habría enamorado Adam profundamente de ella la primera vez que la vio? Y si así fue, ¿la amaba aún?

—El me dijo que su matrimonio no estaba funcionando —Liz se veía triste—, que esperaba que cualquier día tú lo dejarías. Yo no podía entenderlo, los dos parecían tan enamorados, pero Adam me aseguró que mi comportamiento con él no había hecho más que adelantar la ruptura.

Y él había mentido, arriesgando su felicidad por el bien de su hermana, ella lo sabía como si Adam mismo se lo hubiera dicho, pero él jamás lo haría. Era noble, nunca dañó a nadie en su vida, ni siquiera a ella, se daba cuenta ahora. Hacía dos años ella era demasiado inmadura y cerrada como para aceptar y entender qué lo había hecho precipitarse a amar a Liz. Una madurez nueva le había dado la perspicacia de percatarse que estaba ayudando a una amiga a lidiar con su dolor. En ese momento él no había tenido la menor idea de que podría enamorarse de la hermana menor de Liz, que él desearía casarse con ella. A pesar de saberlo, como Nick, Leonie no

debía haber averiguado la verdad sobre él y Liz. Cuando ella se dio cuenta de lo que pasaba entre ellos había actuado impulsivamente, no se había preocupado de que lo que ella pensaba era una aventura que había sucedido antes de su matrimonio y que Adam le había sido fiel por completo desde aquel tiempo. Ella sólo había sacado conclusiones unilaterales: ¡Adam se había acostado con su hermana casada! Pero, en realidad, ¿ella había sacrificado su felicidad por el bien de Liz? Ocho meses después de su separación, ellos volvían a estar juntos y más felices que nunca.

Y de pronto ella necesitaba decirle que entendía el pasado, que deseaba un futuro con él, permanente, con un anillo matrimonial. No habría más evasivas de la verdad entre ellos, deseaba ser su esposa y así intentaba decírselo. ¡El tenía razón!

Se levantó a besar a su hermana calurosamente en la mejilla, y vio la sorpresa de Liz ante la primera manifestación espontánea de afecto que le daba en mucho tiempo.

—Teníamos otros problemas más serios.

—Estoy tan feliz de que estén juntos de nuevo —Liz la abrazó.

—Yo también —ella le brindó una tierna sonrisa.

—Espero que esta vez funcione. Adam te ama demasiado, tú lo sabes.

Sí, al fin confiaba en que era así. El había crecido en un hogar en el que jamás expresó el amor abiertamente, por lo que encontraba difícil demostrar amor, aun cuando sabía que eso los estaba separando. Mientras estuvieron separados él decidió cambiar toda una vida de represiones emotivas, compartir sus sentimientos y temores con otra persona. El mostró desprecio la otra noche, cuando volvían de casa de su padre, porque pensó que había fallado.

También la había hecho reflexionar sobre la aventura que vivían ahora, lo que había sido la primera noche que pasaron juntos desde su separación. ¿Había sido sugerida la aventura por ella? ¡El pensaba que era ella quien lo deseaba!

Ya era tiempo de poner en claro la situación, hablarse mutuamente de sus sentimientos, por ambos y por el pasado. Si era una aventura todo lo que él deseaba, ella lo aceptaría, pero sentía que ambos estaban viviendo una mentira. ¡Cielos, apenas podía esperar a volverlo a ver!

Capítulo 9

El teléfono sonaba cuando ella entró al apartamento, y después de caer sobre el perezoso Harvey que yacía en la cornisa, corrió a contestar segura de que se trataba de Adam.

—¿Leonie? —su mano se puso inmediatamente tensa sobre el aparato color verde.

—¿Sí? —se escuchaba fatigada.

—Parece que te acabas de levantar.

—Yo...

—¿Aún está allí, Leonie? —se interrumpió de pronto la voz burlona—. ¿Está tu amante aún en tu cama?

Esto no podía ser verdad. Era sábado, ¡jamás llamaba los sábados!

—¿Leonie? —la voz del hombre se escuchaba ruda, mientras ella permanecía en silencio.

—Sí, sí, aún estoy aquí —carraspeó, dándose cuenta de que había algo diferente en aquella llamada. El usaba su nombre, y eso jamás lo había hecho antes.

—¿Se quedó a dormir tu amante, Leonie? —preguntó.

—Escuche...

—¿Aún está contigo Faulkner? —dijo la voz con furia.

Leonie se sentía paralizada. Aquel hombre no sólo sabía su nombre, ¡sino que también sabía respecto a Adam! Sintió una desagradable sensación sobre el cuello, como si alguien la estuviera observando. ¿Cómo podía aquel hombre saber tanto sobre ella y Adam? Dios, la hacía sentirse mal... y aterrorizada. Hacía mucho tiempo que ella no se sentía amenazada físicamente por las llamadas de aquel hombre, pero hoy era diferente, no hablaba de las cosas absurdas que deseaba hacer con ella como siempre lo hacía, sonaba amenazador mientras le hacía aquellas preguntas.

— Pregunté si aún está allí, Leonie —insistió.

—Yo... eh... Sí, aquí está —inventó desesperada, sintiéndose atrapada de pronto y sin poder controlar su propia vida.

—Embustera —el hombre se rió sin gracia—. No está allí, Leonie, ¿no es cierto?

—Oh, por supuesto que está —insistió—. Se está... bañando.

—Lo vi salir, Leonie.

—¿Lo vio?... —respondió con dificultad—. ¿Dónde está usted?

—voz se escuchaba trémula.

—Quiero que te enteres de esto —siguió—. Sácalo de tu vida, Leonie, tú eres mía, ¿lo entiendes? —insistió—. Soporté que Stevenson probara su suerte contigo, pero Faulkner es otra cosa. Deshazte de él, Leonie, no va a agradarte lo que le pasará si no lo haces.

—¿Qué?

—Yo puedo amarte mucho más de lo que él te ame —le dijo muy suave.

—¿Qué va a hacerle a Adam? —le preguntó aterrorizada.

Hubo silencio del otro lado de la línea telefónica, pero ella sabía que estaba allí, que aún no colgaba, podía sentir su presencia aunque él no pronunciara una sola palabra.

—Tú estás enamorada de él —el hombre explotó de pronto.

—No —negó desesperada—. Yo sólo...

—Sí, lo estás, maldita —repitió con fiereza—. Y yo no puedo permitirlo, Leonie. Yo te lo hubiera dado todo, todo, —su voz se elevaba—. Pero a ti no te interesó, ¿no es cierto? ¡Oh, no, preferiste a Stevenson sobre mí, y ahora estás enamorada de Faulkner! No debiste hacer eso, Leonie. Jamás permitiré que seas de otro hombre. ¡Jamás!

Dejó caer el teléfono con tanta fuerza, que el golpe le lastimó los oídos a Leonie.

Ella no podía moverse, no se atrevía a hacerlo, estaba paralizada, tenía la respiración agitada y con la mirada recorría la habitación como animalillo acorralado.

Ella le había dicho a Adam que aquel hombre jamás la amenazaba, pero ahora acababa de hacerlo. Le había dicho que no lo conocía, y ahora no se explicaba cómo sabía tanto sobre ellos, Pero ¿quién podría ser? Todos los hombres que conocía se presentaban en su mente, eran muchos rostros varoniles que de pronto se habían vuelto amenazante.

Y en seguida desechaba a la mayoría de ellos por considerarlo ridículo, en su mayor parte no los veía en años, pero aún quedaban muchos hombres, muchas probabilidades. Había dos a las que podía excluir de la lista, Adam y David. Adam no podía ser, lo sabía sin lugar a dudas, y el hombre había sido tan mordaz respecto a David que era imposible que él le hubiera hablado de sí mismo.

Pero quedaba Tony, el muchacho que vio algunas veces antes de conocer a Adam y casarse con él tan rápido; algunos amigos de éste que había llegado a conocer, el del piso de arriba y el de abajo, los

hombres con quienes trabajaba y para los que trabajaba. ¡Dios!, la lista era interminable y ella no podía adivinar cuál de ellos estaría tan enfermo.

Leonie tenía que salir de allí, no podía quedarse y esperar simplemente que él llegara hasta su puerta. Tenía que llamar a Adam, eso era lo que tenía que hacer. Ya eran casi las tres, probablemente en ese momento él llegaría a verla, y no podía dejarlo que cayera en una trampa.

Dejó que el teléfono sonara y volviera a sonar, pero no recibía respuesta, y ella se agitaba más y más a cada momento. ¿Estaría aún en su reunión de negocios?

Tenía que salir de allí, no podía permanecer en su apartamento, no le importaba cuánto tendría que esperar afuera, pero no iba a quedarse allí adentro.

Se paseó por la habitación recogiendo su bolso y su chaqueta, empujando al despreocupado Harvey, que dormía echado sobre la cama de ella, y lo puso dentro de su bolso de viaje, ella no pensaba volver por allí, vendría después por todo lo demás, y Mobv Dick se quedaría solo mientras Adam pudiera llevárselo. Estaba dando una última mirada para revisar que todo estuviera desconectado, cuando el timbre sonó insistente. La respiración le congestionó la garganta y por un momento no pudo moverse. ¡Cielos! ¿Qué iba a hacer? ¿Qué podía hacer?

Pensó fingir que no se encontraba allí, pero su vuelta repentina hacia la mesa la hizo tirar al indignado Harvey, por lo que desechó esa idea. Enderezó la canasta de Harvey antes de moverse con precaución hacia la puerta y presionó su oído contra la madera pintada de blanco. No podía escuchar más de lo que había esperado, una respiración agitada.

El timbre volvió a sonar.

—Leonie ¿estas allí? —llamó una voz familiar—. Escuché un ruido, ¿te lastimaste?

Se sintió aliviada al dirigirse a abrir la puerta.

—¡Gary! —lo abrazó halándolo hacia adentro—. Gracias a Dios que estás aquí —sintió deseos de llorar al ver un rostro amigable después de sus terribles imaginaciones.

—Pensé venir a tomarme un café mientras Joan hace sus compras —dijo con voz despreocupada, extrañado de lo pálida que estaba ella—. ¿Te lastimaste?

Ella movió la cabeza.

—Sólo herí la dignidad de Harvey cuando lo dejé caer.

Gary vio al gato en la canasta de viaje.

—¿Te mudas?

—Solo... con Adam... Adam Faulkner —le explicó sonrojándose, aunque Gary debía saber tan bien, como todos los demás en las Oficinas de Interiores Stevenson, que ellos se veían—. Verás, he estado recibido esas llamadas obscenas —suspiró—. Creo que había hablado de ellas...

—Sí —asintió Gary.

—Bien, pues estaba segura de que eran inofensivas, pero ahora acaba de llamar, aunque jamás llama en sábado, y yo...

—Oye, tranquilízate —le reprendió Gary con una sonrisa amable —. ¿Por qué no te sientas?, deja prepararte una taza de café, para que me lo cuentes todo.

—No, no podemos quedarnos aquí —movió la cabeza frenética —. Sabes... cuando llamó hace un momento me... amenazó. Estoy segura de que vendrá aquí —tembló.

—¿Conmigo aquí? —gritó Gary—. Lo dudo.

Era un amor, pero con su estatura de cinco pies ocho pulgadas no podía confiar en que con él estaría a salvo del tipo de las llamadas obscenas. Pero eso no podía decírselo sin lastimarlo.

—En realidad no creo que debamos quedarnos aquí, Gary —intentó parecer tranquila—. Escucha, ¿por qué no me acompañas a casa de Adam?, de seguro cuando lleguemos allá él habrá regresado.

—¿No está en su casa?

—Tuvo que asistir a una reunión, y parece que no ha regresado —hablaba demasiado aprisa por su agitación. El no se daba cuenta de lo peligrosa que era la situación—. Por favor, Gary, tenemos que marcharnos —lo urgía desesperada.

—Yo no lo creo.

—Pero él puede llegar en cualquier momento. El... —su voz se apagó al verlo caminar hacia la puerta, revisar si estaba cerrada y poner luego la llave en su bolsillo.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó, pero en ese momento tuvo un presentimiento espantoso.

—Evito que te marches —él la miró muy tranquilo.

Ella respiró con dificultad.

—Gary, no es el momento de hacer bromas. Puede venir en cualquier momento, y...

—El ya está aquí.

Leonie lo había supuesto en el momento en que él guardó la

llave, y en realidad ella lo había dejado entrar. Gary era el hombre que la llamaba todos los viernes por la noche, que le murmuraba todo lo obsceno que quería hacer con ella. No podía creer aquella pesadilla, siempre creyó que ambos eran amigos.

—¿Por qué, Gary? —le preguntó casi desmayada, sintiéndose débil, con náuseas al saber que era él quien le decía tantas cosas desagradables cada semana, durante los últimos seis meses, y que continuaba siendo tan amigable en su trabajo. ¡Dios!, y hasta le había comentado a él aquellas llamadas.

—¿Qué es lo que piensas? —le preguntó, tenía los ojos empequeñecidos de forma desagradable.

—Yo... no lo sé... —ella lo miró recelosa, pero él parecía no tener intenciones de atravesar la habitación hasta donde ella se aprestaba para salir.

—Porque te quiero, pequeña tonta —le dijo burlón—. Siempre te quise, desde el momento en que aquella mañana llegaste a mi oficina con David y tropezaste con el cesto de basura. Me hiciste sentir protector, demasiado hombre cuando ayudé a ponerte de pie. Te vi tan delicada e indefensa, que quise cuidar de ti —había una sonrisa en sus labios mientras recordaba la mañana en que la había conocido—. El mes que trabajé muy cerca de ti fue el que más he disfrutado en mi vida —añadió sin prisa.

—Yo también lo disfruté —infundió Leonie entusiasmo a su voz.

Los ojos de Gary se endurecieron con furia.

—Tú apenas si me notaste —le reprochó.

—Estabas casado...

—Sí —reconoció a duras penas—. Pero también lo estabas tú.

—Vivía separada de mi esposo.

—Lo recuerdo, sentía celos del hombre que te tuvo y que no fue capaz de retenerte. Odié a tu esposo —declaró con frialdad—. Y te quise, no podías ser de nadie más.

—De nadie más fui —le aseguró presurosa.

—David...

—Siempre hemos sido sólo amigos.

—¿Y Faulkner?

Leonie respiró hondo, poniéndose aún más pálida sabiendo, por lo que él acababa de decir de Adam, que ella no se había atrevido a decirle que era su esposo.

—Adam y yo somos también amigos —le dijo sin darle importancia.

—Y muy buenos, por la cantidad de noches que ha pasado aquí

contigo —se mofó Gary.

—Cómo has podido… ¿Me has estado espiando? —le preguntó dolida.

—No era necesario —le dijo—. Durante toda esta semana, al llegar a la oficina tu rostro ha sido suficiente revelador de lo bien que se han llevado tú y Adam Faulkner.

—Gary, tú no entiendes…

—Oh, sí entiendo —se burló—. Como cualquier mujer necesitas un hombre, cualquier hombre, para que te haga el amor y te diga lo hermosa que eres a cada momento.

—No ha sido así…

—Eso es lo que me dijo Joan cuando supe de su aventura con ese doctor que ve en el hospital —la atajó con dureza—. Yo había estado trabajando mucho, sólo deseaba dormir cuando llegaba a mi cama cada noche, pero la maldita no podía entenderlo. ¡Oh, no!, tuvo que buscarse un amante para que le diera lo que yo no le daba.

Ella había conocido a la esposa de Gary en una cena de Navidad y observó que Joan era atractiva y muy coqueta. Se sorprendió al saber que era enfermera, porque el licor que bebió con la cena la había puesto demasiado alegre y sonriente y pedía besos de todos los hombres que había en la fiesta. Su gran belleza hacía que ellos no lo pensaran para complacerla.

—Pudiste haberla dejado —le dijo con determinación.

—Se hubiera llevado a Timmy —se veía triste al hablar de su hijo.

—Gary, ¿no te das cuenta de que lo que tú… estas haciendo ahora… no es correcto? —le suplicaba con todo su sentido común, si aún le quedaba algo.

—Nada he hecho… todavía.

Ella tembló preocupada por la amenaza que encerraban sus palabras.

—Tú hiciste esas llamadas —le recordó.

—No al principio —movió la cabeza.

—¿De qué hablas? —ella se extrañó.

—No hice las dos primeras —dijo con desprecio—. Y no hubiera hecho ninguna si tú no hubieras empezado a salir con David. Estabas muy molesta cuando recibiste la primera llamada ¿te acuerdas?, me lo contaste. Pero fue a David a quien dejaste consolarte —añadió con pesar—. El te tomó en sus brazos y te dijo que no te pasaría nada, y por un par de semanas las llamadas cesaron, ¿no es cierto, Leonie? —se burló.

—Y entonces empezaste a hacerlas tú —se dio cuenta de pronto. No había notado el cambio en la voz, quedó tan preocupada por las primeras llamadas que no pudo siquiera fijarse en ella.

—Sí —admitió satisfecho—. Al principio me parecía extraño, ni siquiera sabía qué decir. Pero después de un tiempo todo salía con naturalidad —sonrió con sarcasmo.

Mientras él se veía más y más perturbado, era su estado mental distorsionado lo que lo hacía tan imprevisible, ella no sabía qué hacer, ni qué pensaba hacer él.

—Tú siempre bromeabas cuando me pedías salir, Gary —trataba de sonreír, aunque sentía el rostro tieso—. No me di cuenta de que hablabas en serio.

—Y si lo hubieras hecho, ¿me habrías aceptado?, ¿hmm? —se mofó de su intento por calmarlo.

—Tal vez —contestó ella mordaz.

—Quizá lo hubieras hecho —repitió retador, su mirada dura—. No me mientas, Leonie —sus ojos se endurecieron como piedras azules—. Joan siempre me está mintiendo —tenía los puños apretados—, y eso no me gusta.

Ella podía notarlo, la ponía nerviosa la inquietud que él emanaba.

—Estoy segura de que te ama, Gary —lo animó—. Todos los matrimonios tienen problemas, estoy segura que Joan se arrepiente de su aventura con el doctor.

—Sigue viéndolo.

—¡Oh! — Leonie se mordió el labio inferior.

—Una vez a la semana —hablaba él casi para sí, pareciendo no ver a Leonie en aquel instante—. Me dice que va a trabajar esa noche en el hospital, pero yo he preguntado y está con él.

—Los viernes —Leonie se dio cuenta apenas.

—Sí —masculló, enfocando de nuevo su atención en ella.

—El no debe interesarle, Gary, de otro modo te hubiera dejado por él —le dijo con desesperación.

—También está casado —se mofó Gary—. Así es como los dos obtienen lo mejor de la vida.

Los celos y el dolor de Gary se habían convertido en enfermedad, aumentando, extendiéndose, hasta que él se aferró con su amor despreciado a otra mujer... que tampoco lo aceptaba.

—Por un tiempo quise matar a los dos —continuó diciendo—, pero entonces te conocí y pensé que podía tener el mismo arreglo que vive Joan. Debiste salir conmigo, Leonie, pude haber sido tan

bueno contigo. Ahora sólo tendremos esta noche juntos.

—¿De... qué hablas?

—Bueno, ahora sabes quién soy —disimuló.

—¿Vas... vas a salir de Londres?

Parecía divertido con la idea.

—No —contestó.

Leonie se sentía desmayar al entender sus pretensiones. No podía creer que esto le estuviera sucediendo... ocurría sólo en televisión, en películas, no en la vida real.

—Gary, estás cometiendo un error —le dijo casi sin respiración —. Yo, olvidaré todo esto s¡ tú... si tú te marchas ahora —le pidió desesperada.

El movió la cabeza.

—Tan pronto como yo llegara a la puerta llamarías a la policía.

Lo haría, sabía que tendría que hacerlo. Gary representaba un peligro para los demás tanto como para él mismo. Pero como se presentaba el panorama ella no podría llamar a nadie.

—Sería tu palabra contra la mía —razonó ella.

—Y la de Faulkner —le aseguró—. Fue él quien contestó las dos últimas llamadas, ¿no es cierto?

Ella se sintió culpable.

—Gary...

—Ya hemos hablado demasiado. No vine aquí a hablar.

Ella sabía perfectamente a qué había ido, y el sólo pensarlo la aterrorizaba.

—Gary, ¿no te das cuenta de que esto no debe ser? —le suplicó —. ¿En verdad deseas hacer tuya a una mujer que no te ama?

—¿Por qué no? —se mofó—. Eso es lo que hago en casa.

—Pero eso es con Joan, Gary —le dijo con suavidad—. Las cosas podrían ser diferentes entre nosotros. Nosotros...

—No te vayas por el lado psicológico, Leonie —le espetó—. También yo he visto ese tipo de filmes.

—Tú siempre me has simpatizado, Gary —insistió.

—Entonces tendrás oportunidad de probarlo ¿no crees? —la sondeó—. Y por el amor de Dios, calla a ese gato —gritó mientras Harvey rascaba con frenesí la canasta tratando de salir.

Leonie consideró la posibilidad de poder luchar contra Gary, pero de inmediato supo que no podría, ni siquiera por la desesperación que la embargaba. Gary podía ser bajo de estatura, pero tenía unos brazos y piernas musculosos. La vencería en unos minutos.

Se humedeció los labios resecos.

—Si lo dejo salir se calmará —sugirió desesperada—. El... seguirá rascando si lo dejo dentro de la canasta.

La boca de Gary se frunció.

—Saca a ese gato de aquí cuanto antes. Pero no vayas a gritar —le advirtió—. No va a gustarte la forma en que te haría callar —juró.

Leonie presintió que lo disfrutaría inmensamente, le temblaban las manos mientras levantaba la canasta por sobre la ventana y, siempre midiendo la distancia entre ella y Gary, formulaba un plan mentalmente. El estaba muy cerca, aunque mientras Harvey salía agradecido hacia afuera de la ventana, la canasta vacía en su mano le dio una idea.

—Eh, Gary —lo llamó al mismo tiempo que le lanzaba la canasta, haciéndolo perder el equilibrio momentáneamente, pero su lenguaje era impreciso al salir de allí y subir por el madero que Harvey solía trepar para recorrer los edificios del vecindario.

Sólo que para ella no era tan fácil guardar el equilibrio como Harvey. La madera de nueve pulgadas de ancho, que, resultaba más que adecuada para su peluda figura, parecía demasiado angosta para Leonie y ponía en peligro su seguridad.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo? —el rostro furioso de Gary se dejó ver tras la ventana abierta y su mano trataba de alcanzarla.

Ella había visto en películas cómo alguien se escapaba por una madera, y vio con alivio que se ponía fuera del alcance de Gary, inclinándose contra la fuerte pared de ladrillos detrás de ella, mientras oscilaba tambaleante y el piso se veía demasiado lejos.

—Estúpida —el rostro de Gary estaba desfigurado por la ira—. Vuelve acá.

—¿Estás bromeando? —se rió nerviosa, tenía los ojos cerrados mientras luchaba por no marearse—. Debes estar bromeando, Gary.

—Vas a caer y a romperte la cabeza.

Ella se volvió a mirarlo, respirando con dificultad en su desesperación.

—Muy sorprendente —había sarcasmo en su voz—, sería eso para mí infinitamente preferible a ser atacada por ti. ¿No te parece extraño? —le espetó con ironía.

El valor de que hizo gala parecía abandonarlo al darse cuenta de que ella hablaba en serio y tomó la actitud de un hombre que ignora lo que va a pasar.

—Leonie, por favor, vuelve acá —le pedía suavemente.

—¡No!

—Te prometo no tocarte, ¡maldición!

—¿Piensas que voy a creerte? —se mofaba nerviosa—. No confío en ti... ¡Oh! —carraspeó mientras le volvía la sensación de náuseas.

—¿Te sientes bien? —Gary se veía desesperado—. Leonie, por amor de Dios, vuelve aquí.

—No puedo —movió la cabeza, empujándose hacia el muro tras ella, mientras se mordía los labios ante el temor de ver hacia cualquier parte que no fuera adelante.

—No te haré daño —le prometía vehemente.

—¿No lo entiendes? —gritaba entre dientes—. No puedo moverme.

—¿Qué pasa? ¿Tienes los pies atorados? Tal vez si...

—¡No! —gritó ella con pánico al escuchar que él intentaba saltar sobre la madera—. No te me acerques —le advirtió desesperada.

—Pero si estás atorada...

—No lo estoy —temblaba—. Yo... tengo vértigo —dos pisos, arriba, y ella se sentía aterrorizada. Las alturas jamás la habían molestado, aunque reconocía que la circunstancia de estar sobre un madero de nueve pulgadas debía contribuir al hecho de que ahora no podía volver a la ventana y tampoco podía alcanzar el edificio vecino. El sólo pensar en moverse la atemorizaba, la tenía paralizada.

—Entonces déjame ayudarte...

—No te me acerques —le advirtió al ver que Gary iba a reunírsele afuera sobre el madero—. Si vienes hasta aquí, ¡te juro que saltaré!

—Pero no puedes quedarte allí.

—¿Por qué no? —estaba a un paso de la histeria.

—Leonie, tendrás que bajar aunque no quieras —la animó.

—¿Y enfrentar a un maniático sexual? —movió la cabeza con vehemencia—. No, gracias.

—Sólo estaba jugando...

—No te olvides Gary , también yo he visto esos filmes asquerosos.

—No puedes quedarte allí, puedes caerte, ¿lo prefieres a venir conmigo? —parecía desesperado.

—En una palabra: ¡Sí!

—Eres una estúpida.

—Mujerzuela —terminó ella cortante—. He notado que esa es tu

palabra favorita para las mujeres que no te siguen el juego —se mofó—. Con razón Joan se buscó otro hombre.

—Tú no sabes nada de mi matrimonio con Joan —contestó.

—Sé que tu fracaso me ha involucrado —le espetó—. Y yo... —se interrumpió mientras su teléfono empezó a sonar—. Es Adam —suspiró—. Tiene que ser Adam. Si yo no contesto, Gary, sabrá que algo está pasando.

—¿Por qué? —contestó—. Pensará que tú aún no llegas.

Tenía razón, desde luego, pero ella tenía que intentarlo.

—No —insistió—. Dijo que me llamaría. Si... si yo no contesto, va a pensar que algo me ha sucedido.

—Entonces ven a contestar —la invitó Gary con suavidad.

—Dios, el teléfono dejará de sonar en un minuto y, quien llama... probablemente Adam, pensará que no estoy en casa.

—¡No te creí capaz! —dijo Gary furioso.

—Tú... estás loco —le dijo enfadada mientras el teléfono dejaba de sonar. El silencio que siguió era enervante.

—Pensé que eso ya había quedado aclarado —disimuló—. Voy a esperar adentro por si cambias de idea respecto a entrar —le dijo tratando de convencerla.

Cuando al fin ella se atrevió a voltear, encontró que él ya había desaparecido de la ventana.

—¿Gary? —lo llamó con voz apagada—. ¿Gary?

No hubo respuesta. ¿Quería hacerle un juego y esperar en silencio dentro del apartamento? Si pensó que le había mentido respecto al vértigo, bien podía dejar de creerlo; si pensaba que ella iba a entrar, estaba equivocado. ¡No podía moverse en realidad!

—Gary —lo volvió a llamar—. Gary, por favor, contéstame.

Se había ido, estaba segura de ello. Dios, ¿qué hora sería?, como las tres. Eso significaba que pasarían otras tres horas antes de que llegara Adam. No estaba segura de poder guardar el equilibrio durante todo ese tiempo, pero si no podía hacerlo, sólo le quedaba una alternativa: bajar.

Capítulo 10

Era asombroso cómo seguía pasando el tráfico y ni siquiera podía percatarse alguien de que había una joven balanceándose peligrosamente en un segundo piso. Era una calle que tenia pocos o ningún peatón, y la gente en sus autos estaba tan absorta en su propia vida que no podía mirar hacia arriba y ver a Leonie.

Un momento difícil de veras fue cuando Harvey decidió volver por sobre la madera y se le frotó contra las piernas como saludo, sin entender que ella no podía moverse para dejarlo pasar y entrar a su casa.

Se puso muy molesto porque ella rehusaba moverse, y con su acostumbrada necedad se negó a volver por donde llegó. Leonie pensó con vehemencia que sus días terminarían si no lograba bajar de aquel madero.

Y también los de alguien más si lograba sobrevivir a lo que le ocurría. Su furia se volvió contra Adam. Si hubieran estado viviendo juntos como esposos en vez de protagonizar aquella ridícula aventura, esto no le hubiera sucedido. Y si una aventura era todo lo que él quería, bien podía vivirla con otra mujer, ella podía ser su esposa, nada más.

¿Qué hora era ya? Leonie sintió como si hubiera permanecido en aquel madero por horas y seguramente ahora serían las seis. ¡Tenía tanto miedo de mover siquiera el brazo y ver su reloj! Pero como una respuesta a su pregunta pudo escuchar unas campanadas que daban la hora, una, dos, tres, cuatro, cinco... esperó la número seis, pero nada pasó. Eran las cinco, ¡apenas las cinco! No estaba segura de poder seguir allí durante otra hora.

De pronto, paralizada, casi con miedo de respirar, escuchó un ruido en el piso detrás de ella. Gary le había estado haciendo el juego, aún se encontraba adentro aguardándola.

—¿Pero qué... qué diablos estás haciendo allí afuera?

Ella se volvió enseguida al escuchar aquella voz y recuperó el equilibrio con esfuerzos; se sentía temblorosa, como si el mundo se izara para alcanzarla.

—Ten cuidado, maldición —Adam gruñó—. Por poco te caes.

—No me digas —dijo temblando—. Tú no soportarías estar aquí durante otra hora —lo acusó.

—¿Qué? —expresó su desconfianza, al tiempo que salía de la

ventana.

—Son sólo las cinco, dijiste que vendrías hasta las seis —le recordó tontamente —¿había perdido el juicio? ¿Qué importaba el tiempo que fuera?, ¡él estaba allí!

—Bien, si eso es lo que te inspira ser rescatada —le reprochó empezando a bajar—. Volveré en una hora.

—¡Adaml —gritó ella con horror al pensar que realmente iba a volver a dejarla sola allí—. Oh, Adam —su voz se rompió en un sollozo—. ¡No me dejes, por favor, no me dejes!

—Está bien, Leonie —la apaciguó, sintiéndose más cerca ahora —. Estaré contigo en un minuto y entraremos juntos.

—Podemos caer —lloró.

—No caeremos —le dijo tranquilo.

Sintió los dedos de él en su brazo, y cómo le transmitía su fuerza.

—Adam —sollozó sin volverse—. Oh, Adam —las lágrimas le sacudían el cuerpo.

—¡Ese bastardo! —dijo maldiciendo—. No nos dijo que te había dejado aquí afuera.

—¿Gary? ¿Te refieres a Gary? —preguntó presurosa—. ¿Lo atrapaste?

—Lo atrapamos...

—¿Cómo? —su respiración era agitada—. No tenía idea de que fuera él, hasta lo invité a pasar creyendo que podía protegerme si el hombre volvía a llamar. ¡Oh Dios, Adam, jamás había sentido tanto miedo en mi vida!

—Me lo imagino —la atajó con aspereza—. Y una vez que te tenga adentro y segura, podrás decirme qué fue exactamente lo que pasó aquí esta tarde. Pero ahora tengo que llevarte adentro.

—No puedo moverme —ella sacudió la cabeza.

—Por supuesto que puedes —la tranquilizó.

—No.

—Leonie, tienes moverte —le indicó con frialdad—. ¿Me has entendido?

Su labio inferior temblaba por la emoción.

—No es necesario que me grites.

—Voy a gritarte más fuerte si no empiezas a moverte ahora mismo —dijo sin ninguna atención—. Hay un viento endemoniado aquí afuera.

—¿Crees que no me he dado cuenta? —contestó ella con furia—. Hace unas horas era un día cálido, pero el viento empezó a soplar

después y aumentó su intensidad hace unos diez minutos. He estado aquí durante horas —le dijo con enfado—. Tal vez haya pescado una neumonía.

—Tal vez te la merezcas —dijo Adam con enfado—. Nadie en su sano juicio se equilibra en un madero como éste durante horas.

—Ese es el comentario que debí esperar de ti —Leonie descendía por el madero detrás de él, mirándolo mientras él la tomaba en sus brazos y la conducía adentro.

—Tú no... ¡Oh! —las piernas le temblaron al darse cuenta dónde estaba, Adam la atrapó con destreza para evitar que cayera.

—Ya está bien, Leonie —la calmó, acariciándole el pelo mientras la abrazaba—. Ya estás segura.

Ella se estremeció al percatarse de que ya estaba fuera del madero.

—Deliberadamente me hiciste enojar para que no supiera lo que hacía —lo acusó entre lágrimas.

—Mientras haya funcionado no me importa lo que hice —Adam estaba temblando—. Jamás en mi vida he tenido más miedo como cuando llegué, vi la ventana abierta y me di cuenta de que tú estabas allá afuera.

—Traté de usar la sicología con Gary —recordó temblando—, pero no funcionó.

Los brazos de Adam la rodeaban con fuerza.

—Ya está custodiado por la policía.

—¿Cuándo? ¿Cómo? —se extrañó.

Adam la condujo hasta el sofá, la sentó cómodamente antes de servirle una bebida, él de pie frente a ella mientras se bebía el brandy. Le tomó el vaso de los dedos, y se sentó a un lado de ella para poder abrazarla.

—¿Te hizo daño? —le preguntó con voz ronca.

Ella sabía perfectamente a lo que se refería.

—No —le aseguró con suavidad—. Ahora cuéntame cómo lo supiste. ¿Fue Gary? ¿Está realmente bajo cuidado de la policía?

—Si —Adam suspiró aliviado—. La policía lo arrestó cuando llegó a su casa dos horas después. Yo estaba con ellos, llamaron y cuando él abrió su puerta, se desplomó, y confesó todo cuando lo llevaron a la comandancia. Pero no nos dijo que te había dejado afuera sobre un madero —reprimió su ansiedad.

—Ya pasó todo, Adam —le tocó el muslo.

—Gracias a Dios —respiró—. Hacer que te siguieran no nos avisó de nada...

—¿Sigues buscando motivos para divorciarme? —se apartó de él, su expresión era dolorosa—. Espero que tu investigador te haya dicho que tú eres mi único visitante. ¿Pueden nombrarte a ti mismo en tu divorcio? —su voz se elevó chillona.

—Leonie...

—No creo que puedas, Adam —se puso de pie apartándose de él —. Así que es mejor que terminemos nuestra aventura para que yo me encuentre un amante a quien puedas nombrar. Tal vez debí dejar a Gary que hiciera lo que deseaba, después de todo —su voz se rompió—. Así podrías haberlo acusado.

—Leonie...

—Tonta de mí, al pensar que subir a ese madero era mejor que ser violada —dijo mofándose de sí misma—. Si se lo hubiera permitido nos hubiéramos ahorrado todos estos problemas. Debiste habérmelo dicho.

—Leonie, si dices una palabra más, una sola palabra más — repitió fríamente—, voy a acomodarte en mis rodillas y darte la paliza que te mereces.

—No sé por qué no me había dado cuenta de lo galante que eres —sus ojos brillaron—. Acabo de escapar del ataque de un maniático sexual al quedar suspendida en un madero por más de dos horas y tú pretendes darme una paliza —se rió de buena gana—. Y pensar que había decidido, si es que bajaba con vida de ese madero, que iba a hablarte sobre lo que no funcionó en nuestro matrimonio. Parece que no necesito molestarme, aunque tu tendrás que presentar la evidencia para el divorcio. El sólo pensar en tener un amante me provoca náuseas.

—Leonie...

—Aunque sé que no será Liz —lo miró acusadora—. Todo este tiempo me has dejado creer que ustedes eran amantes, y tú estabas mintiendo. Liz me confesó hoy la verdad.

—Si ella te dijo que no nos acostamos juntos, te mintió.

—Sé lo que antes de que nos casáramos pasó entre ustedes. Ahora sé también que sólo sucedió una vez. Y Liz me confesó que no hubo amor por parte de ninguno.

—Aun así dormí con tu hermana —le dijo Adam sin rodeos.

—Ayudaste a una amiga cuanto te necesitó —lo corrigió Leonie con brusquedad.

—Haciéndole el amor,

—¿Quieres un látigo para que te azotes? —Leonie se mofó—. Lo que hiciste no fue un error —movió la cabeza—. Pervertido, tal vez,

pero no un error. Todo este tiempo he creído que estabas enamorado de Liz.

—Jamás lo estuve —lo negó con suavidad.

—Ahora lo sé.

—La noche en que dormimos juntos jamás debió pasar, lo sé. Y mucho menos cuando te conocí —suspiró—. Creo que me enamoré de ti desde que te vi, pero aun así mi culpabilidad por Liz se interpuso entre nosotros.

—Tú me amaste —Leonie se humedeció los labios.

—Sí.

—Jamás me lo dijiste.

—¿No te lo dije? Pero debe haber sido obvio —dijo él con impaciencia.

—Debería golpearte la cabeza con algo —lo amenazó ella.

—¿Por qué? —parecía asombrado.

—Porque yo también te amé desde el momento en que nos conocimos —lo miró—. Pero mi inexperiencia, mis boberías, mi candidez, parecían estarte alejando.

—Tu inexperiencia me encantaba, tus boberías me divertían, y tu candidez me esclavizaba.

—Entonces, ¿por qué no soportabas estar cerca de mí?

—Por Liz —lo admitió muy a su pesar—. Tenía pavor a que un día te dieras cuenta de la noche que pasé con ella, y me odiaras.

—¿Por qué no me hablaste de eso antes de casarnos? —suspiro.

—Se lo había prometido a Liz. Aunque, puedes creerme, si hubiera sabido que aceptarías lo que había pasado, hubiera roto mi promesa —agregó inflexible.

—Me creíste muy inmadura para entenderlo —inclinó la cabeza —. Creo que lo era —reconoció pesarosa—. Pero ahora lo entiendo.

Sus ojos se habían empequeñecido.

—¿En serio?

—Liz me contó sobre Nick, de su aventura y cómo tú intentaste ayudarla a sobrellevarlo.

—Me gustaría decir que todo fue por ayudar a Liz, pero no fue así. No pude haberle hecho el amor si no la deseaba.

—Eso también lo entiendo —Leonie suspiró—. Pero tú no la amabas, ni deseabas hacerla tu esposa.

—¡Dios, no!

—Yo creí que era así, ¿entiendes? Ese día que los vi en tu oficina juntos, pensé que te habías casado conmigo porque Liz había decidido reconciliarse con Nick en lugar de casarse contigo, que

ambos se habían dado cuenta de su error, pero que era muy tarde ya para pretender seguir juntos, porque Liz estaba esperando un hijo de Nick. Y yo me consideré una segunda parte —admitió al fin a punto de llorar.

—Jamás lo fuiste —Adam sacudió la cabeza—. La noche que te conocí pasé por casa de Liz y vi las luces encendidas. Lo primero que pensé fue que serían ladrones. Entonces tú abriste la puerta —sonrió forzado—. Caí, por Dios que me enamoré. Pero Liz estaba entre nosotros. Te precipité en nuestro matrimonio antes de que yo mismo pudiera arrepentirme, sabía que debía tenerte aunque después te perdiera. Pero nuestros problemas empezaron de inmediato,

—Yo era un fracaso en la cama —suspiró.

—No eras ningún fracaso —la reprobó enfadado—. Eras una jovencita con un problema que te afectaba tanto como para discutirlo siquiera. Y el tiempo que compartimos ese problema tus barreras fueron cediendo, estabas tan consciente de tu entrega hasta el punto que ni siquiera me permitías tocarte. No sabes lo que eso significó para mi. Pero mi propia culpabilidad respecto a Liz me hacía imposible alcanzarte. Sé que te estaba alejando más y más de mí, pero no sabía cómo actuar. Cuando tú decidiste terminar con el matrimonio, yo sabía que no podría detenerte.

—Y ¿ahora?

—Ahora te estoy dando lo que deseas —se encogió de hombros —. Una aventura.

—Mientras te divorcias de mí —le dijo con amargura.

—Por Dios, no te hacía seguir para poder divorciarme de ti —Adam se veía molesto—. Te estaba protegiendo, por esas llamadas telefónicas.

—Me hiciste mucho bien —se mofó sin creerle.

Adam se sonrojó por el reproche.

—Hubo una falla en el plan. Los sábados me encontraba con el investigador para que me diera su reporte. Hoy fuimos a comer.

—Así que era esa la cita que tenías.

—Sí —le confesó—. Y cuando me dijo que había hecho investigaciones acerca de los dos hombres que viven aquí, la gente con la que yo trabajo, y las personas con las que trabajas tú, descubrió a Gary Kingsfield como el individuo que llamaba. El estaba aquí amenazándote, y nadie estaba aquí contigo, ¡maldición!

Leonie podía ver la verdad de la situación ahora que sabía que Adam no estaba tratando de divorciarse de ella.

—¿Fue esa la falla? —ella no podía contener más la risa.

—No es algo gracioso —Adam se enfadó—. El pudo...

—Pero no lo hizo —lo tranquilizó—. Y a menos que me equivoque, me hizo un gran favor.

—Yo no pienso lo mismo —Adam frunció el entrecejo.

Ella entró a su alcoba sin contestarle y volvió segundos después, abrió la mano enfrente de él mostrándole una fina argolla de oro, y otra más con una esmeralda.

—¿Quieres casarte conmigo? —lo invitó con suavidad.

—¿La aventura? —él la miró sorprendido.

—No es lo que deseo —dijo con énfasis—. Lo dije en aquel momento porque me sentía lastimada. Te aseguro que las dos últimas semanas han sido excitantes, aquella primera noche, la tarde en el hotel, la rosa diariamente. Pero... ¿no podemos tener todo eso y también estar casados?

Adam se veía confuso.

—No entiendo.

—¿Aún me amas?

—Sí —respondió Adam con énfasis.

Ella sintió que se encendía una luz dentro de su ser.

—Y ¿es una aventura todo lo que deseas? —él se sonrojó al escucharla.

—Pensé que después de un tiempo prudente, cuando tú te acostumbraras a mí presencia, todo el tiempo, podría pedirte que fueras mi esposa de nuevo.

Era lo que ella había pensado, al fin se enteraba de los recónditos pensamientos de su esposo.

—Quiero ser tu esposa ahora —le dijo con dulzura—. Y deseo que tú seas mi esposo.

—¿Estás segura?

—Tan cierta como la primera vez que me pediste fuera tu esposa —sonrió—. Hemos cometido errores, Adam, equivocaciones terribles, destructivas, pero aún nos queda mucho, aún nos amamos uno al otro, ¿no opinas igual? —ella lo miraba con ansiedad.

—Gary Kingsfield no volverá a molestarte, sabes. Irá a prisión por algún tiempo cuando la policía sepa cómo te amenazó hoy.

—A mí no me importa Gary —dijo con impaciencia—. Estoy hablando sobre nosotros. ¿Quieres casarte conmigo?

—Date tiempo para superar la impresión de esta tarde...

—Está bien — lo miró, puso las dos argollas en su dedo junto a la de la eternidad que ella llevaba—. Ahora estamos oficialmente

casados otra vez —le dijo con enfado—. Y tú serás un excelente y siempre fiel esposo —le previno.

El levantó las oscuras cejas.

—¿Lo seré?

—Lo serás —le dijo ella con firmeza—. Yo continuaré trabajando, comeremos juntos cuando yo pueda, tú llegarás a casa a las cinco treinta todas las tardes y viviremos en tu apartamento. En el nuevo digo, no creo que seríamos bienvenidos en el de tu padre otra vez —suspiro.

—Llamó esta tarde y nos invitó a comer la semana próxima —apuntó Adam con suavidad.

Leonie se quedó muy quieta.

—¿Aceptaste?

—Pensé preguntártelo primero.

Estaba aprendiendo este arrogante esposo suyo.

—Acepta entonces —le indicó—. No he terminado con el bosquejo de nuestro futuro —lo reprobó severamente.

—Lo siento —dijo él pero había un destello travieso en sus ojos.

—Disculpa aceptada —dijo ella sonriente—. Y ahora voy a decorar tu apartamento como alguna vez sugeriste que lo hiciera, y una de esas alcobas será para niños.

—¿Niños? —dijo suavemente—. ¿Vamos a tener niños?

—Tres —asintió ella.

—¿Por qué tres? —se extrañó del número impar.

—¿Por qué no? —preguntó Leonie.

Adam se encogió de hombros.

—¿Por que no? ¿Y cuándo planeas tener al primero de la progenie?

—Bueno, creo que primero necesito obtener algo de práctica —le dijo pensativa.

—Puedes creerlo —dijo él despacio—. No necesitas tener más práctica.

Ella sonrió.

—Pero puede ser divertido, ¿no crees?

—De eso estoy seguro —asintió, tomándola en sus brazos—. Oh, Leonie, te amo. Lamento haber sido tan tonto cuando vivimos juntos.

—Y yo haber sido tan estúpida de dejarte —suspiró.

—Yo no —movió la cabeza—. Necesitábamos la separación —se explicó ante su extrañeza—. De otra manera tal vez jamás habríamos sabido lo mucho que nos amamos.

Ella le recargó la cabeza contra el pecho y se abrazaron ambos en silencio durante largo tiempo, acariciando la idea de que al fin habían alcanzado la felicidad juntos.

—Oh Adam —Leonie lo saludó desde la puerta, su rostro resplandecía—. ¡Son triates!

El cartapacio cayó de su mano, palideciendo.

—¿Estás segura?

—Por supuesto que lo estoy —dijo con impaciencia, halándolo hacia la casa que compartían con su padre hacía cuatro meses, desde que Leonie estaba embarazada y Charles Faulkner se los había pedido humildemente.

—Ya los vi.

Adam respiró con dificultad.

—¿De veras?

—Sí —ella rió con regocijo—. Tu padre está fascinado.

—¿En serio?

—Te diré que tú no pareces muy complacido —le dijo enfadada.

El parecía sorprendido.

—Es sólo que jamás pensé... Uno parecía perfecto para empezar —terminó al fin.

—¿Uno? —se extrañó ella—. No creo que eso sea muy común, por lo general nacen cuatro o cinco.

Adam se sorprendió.

—Leonie, pero, ¿de qué estás hablando? —parecía asombrado.

—Suki tuvo a sus gatitos —suspiró con impaciencia—. Harvey está muy orgulloso sentado a un lado de la canasta, como si él lo hubiera hecho todo, y tu padre le dio un puro a Chambers —se rió al recordar la cara del mayordomo cuando Charles Faulkner se lo puso en la bolsa de la chamarra.

—¿Papá está emocionado porque su preciada siamesa le obsequió crías a Harvey? —Adam parecía no poder creerlo.

Leonie asintió.

—Dice que se va a quedar con uno —anunció triunfante—. Adam, ¿de qué creíste que estaba yo hablando cuando entraste?

Se volvió a admirar su apenas redondo estómago.

—Bueno...

—Adam —rió ella de buena gana—. Me he llevado un susto, sólo hay uno aquí dentro.

El la tomó en sus brazos.

—Contigo nunca puede saberse —frotó su nariz en la cabellera

femenina—. Esta ha sido una verdadera sorpresa.

—Creo que practicamos mucho —gimió ella.

—Y ahora, ¿qué podemos hacer? —le dijo mientras la conducía a la planta alta, hacia su alcoba.

—Bueno, no podemos permitir que toda esta práctica se desperdicie —bromeó mientras empezaba a desvestirlo.

—No —acordó él mientras también la desvestía.

—Podemos decir que estamos practicando para el siguiente —murmuró ella mientras ambos se hundían juntos en la cama.

—Para cuando tengamos noventa seremos perfectos —gimió Adam.

Leonie sonrió.

—Ya somos perfectos, pero entonces...

Todo era perfecto, el amor que ellos se profesaban, el hecho de que Charles Faulkner parecía haberla aceptado como miembro de su familia desde que llevaba en el vientre a su nieto.

—A propósito —le acarició ella el pecho—. Reservé una habitación para el señor y la señora Smith en el Savoy para mañana por la tarde.

Adam se rió divertido.

—Creo que pronto tendremos que dejar de ser amantes por las tardes —se volvió a verle los ojos tiernos y una de sus manos le acariciaban el vientre redondo—. Nuestro bebé fue concebido en la alcoba de un hotel.

—Lo recuerdo —sonrió ella—. Recuerdo cada minuto que pasamos juntos.

—Yo también —le dijo emocionado—. Yo también... Y le doy gracias a Dios por todos ellos, me siento tan orgulloso de que seas mi esposa, querida.

Y aquel orgullo y amor por ella era todo lo que importaba.